Mons. MIGUEL DE ANDREA

Obispo de Temnos

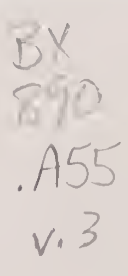
La perturbación social contemporánea

OBRAS COMPLETAS

TOMO III

EDITORIAL DIFUSION S. A.

BUENOS AIRES


BX
890
.A55
v.3

SUMARIO DE LOS OTROS VOLUMENES

I

El Evangelio y la Actualidad. Primera Parte. (Editado).

II

El Evangelio y la Actualidad. Segunda Parte. (Editado).

IV

Catolicismo Social.

La Encíclica "Rerum Novarum" y la realidad argentina. — La libertad frente a la autoridad. — Justicia social. — ¿Estado corporativo o democracia corporativa? — El Capital y el Trabajo. — Sindicalismo. — Mujeres que trabajan. — La Casa de la Empleada. — Hacia un Mundo Nuevo. — Viajes a EE. UU. — Declaración de Principios del Seminario Interamericano de Estudios Sociales promovida por la Conferencia Nacional del Bienestar.

V

Reinado de Cristo.

Samaritanas. — En el Día de Nuestra Señora de los Remedios. — La Estigmatizada de Baviera. — Teresa Neumann. — Sus estigmas. — La ciencia ante sus extraordinarias victorias eucarísticas. — La Pasión en Oberammergau. — La Hora de la Caridad (Congreso Eucarístico de 1934). — Sermones de Soledad y Resurrección. — La libertad esencial.

Monseñor Dr. Miguel de Andrea
Obispo de Temnos

OBRAS COMPLETAS

Tomo III

EDITORIAL DIFUSION
Tucumán 1859.
Buenos Aires

Con las debidas licencias

IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINE

LA PERTURBACION SOCIAL CONTEMPORANEA

I

LA PERTURBACION SOCIAL CONTEMPORANEA

Conferencias pronunciadas en la Catedral de Buenos Aires en el mes de agosto de 1919

1

LAS CAUSAS

I

Egoísmo, rebelión, anarquía

La falta de solidaridad y cohesión entre los diversos núcleos sociales y hasta entre los elementos de un mismo grupo, aparece como característica del estado social contemporáneo. Adivínase que los individuos todos, que las entidades naturales o jurídicas califican sus actividades, sosteniendo el lema: "cada cual para sí".

Esto se ha observado también en otras muchas épocas de la historia: el egoísmo es tan antiguo como la humanidad.

Si se estudia la vida de las naciones y se escrutan los factores que determinan su ruina, se verá que la hora inicial de la decadencia se presenta siempre señalada por el predominio del hábito particularista, que aniquila el espíritu de solidaridad. No perecen los pueblos por la violencia de agentes exteriores, sino por la acción disolvente de causas internas. Por muy pujante que se manifieste el sistema de la fuerza, resulta impotente para destruir a una nación, y si provoca

desfallecimientos, éstos serán ciertamente transitorios. Ahí están Polonia e Irlanda, firmes y eficaces, por la sólida confraternidad de sus hijos, a pesar de una larga dependencia. En cambio cuando el móvil particularista inaugura su reinado, y se quebrantan los vínculos de la solidaridad, los organismos sociales, —aun aquellos que se consideran inconmovibles por su grandeza y poderío—, fatalmente se derrumban y deshacen. ¡Ejemplos recientes lo comprueban!

Es la realización constante de la palabra de Jesús: "todo reino dividido dentro de sí mismo, perecerá".

Lo que alarma, al revelarse como propiedad de la época, y que jamás se viera en otros períodos de la historia, es que ese egoísmo funesto sea considerado como la más autorizada teoría y solemnemente pregonado por una escuela social. Antes, el individualismo, vale decir el egoísmo, era una pasión; en los tiempos actuales ha logrado los honores y el renombre de un sistema doctrinario.

El verdadero concepto del egoísmo desde el punto de vista social y prescindiendo de la aplicación que de este vocablo se ha hecho a una teoría particular, se expresa fielmente con la palabra: anarquía.

De ahí arrancan todos los males: las crisis múltiples que presenciamos en los diversos órdenes de la vida; el espíritu de rebelión que subleva los individuos, que desune las familias y perturba las instituciones; el desequilibrio en la producción y la lucha habitual que lamentamos entre las diversas clases de la sociedad.

Y desde el momento que ese egoísmo es implantado dentro del orden social, en nombre de una filosofía, comienza por residir en la inteligencia antes que en los hechos, y por lo tanto sus efectos no serán suprimidos, mientras no se verifique la transformación de las mentalidades.

Vano es por consiguiente, y constituye un gravísimo error,

el intento de combatir y curar la enfermedad que nos aflige, con remedios estrictamente económicos, de orden material. Por la misma razón, es imposible efectuar un estudio metódico sobre la perturbación social contemporánea, sin inquirir primero las causas remotas que formaron la mentalidad perjudicial, y sin investigar su acción, productora de los motivos materiales, más directamente palpables, a que suelen atribuir, muchos, las conmociones que la sociedad viene padeciendo. Hacer alto en las causas segundas, y no llegar a la razón originaria, nos induciría en errores de importancia, falseando todas nuestras deducciones. Por eso descubriré en esta conferencia, el principio y motivo de esa anarquía que observamos; su influjo sobre la sociedad, y las circunstancias que han favorecido y extendido su acción eficaz.

II

De la Reforma a la Anarquía doctrinaria

Para poner en claro las causas primeras, generadoras de la perturbación social contemporánea, es indispensable remontarse hasta los tiempos de la Reforma. Allí se inicia doctrinariamente la predicación del individualismo al mundo. La herejía de Lutero presenta un carácter profundamente original. Hasta entonces habíanse visto surgir múltiples doctrinas religiosas en disidencia con la católica. Pero todas esas sectas contenían un principio ordenador: sus afiliados se organizaban en torno de teorías y preceptos comunes, creían que les era necesario profesar un credo concreto y que su abandono significaba apartarse de la comunión herética. De ahí surge en una u otra forma, la jerarquía, asentada sobre una solidaridad religiosa o, si se quiere, filosófica. Por eso todos los errores dogmáticos anteriores al luteranismo, coinciden en mantener un carácter social. La Reforma con su

enseña del libre examen, rompe esa norma e introduce en el mundo el principio anárquico en el orden de las creencias.

Mientras las demás sectas que se han sucedido en el decurso de la historia, admiten la existencia y la necesidad de un magisterio autorizado, con la misión de explicar el dogma y la moral, aunque distinto del pontificado romano, el luteranismo sostiene por primera vez, el principio de que el hombre, individualmente, puede fijarse las normas de creer y de obrar, es decir, puede promulgarse a sí mismo un dogma y una moral, mediante el libre examen de las Escrituras. El magisterio docente desaparece. Cada individuo, se convierte en el único maestro de sí mismo. Es la anarquía doctrinariamente introducida en los ámbitos de la conciencia humana. La religión había sido hasta entonces un fenómeno social; para el luteranismo se reduce a los límites de un acaecimiento exclusivamente individual. Es la exaltación soberana del individuo por encima y fuera de toda solidaridad. Cierta princesa alemana, llevada a la corte de Luis XIV, con exactitud pudo exclamar, cuando se le hacía notar su protestantismo: "yo también tengo mi pequeña religión". Y decía bien: su doctrina, como la de todos los de su secta, era fabricada por ella misma para su uso personal. Era un sistema egoísta, del cual quedaba eliminado hasta el último vestigio de idea social. Y es esto tan notable y al propio tiempo tan funesto, que no pocos protestantes luteranos han intentado, durante el siglo XIX, crear una especie de sentimiento religioso social.

III

El individualismo: Rousseau

Era inevitable que el concepto individualista, introducido en la zona de la conciencia, invadiera otros campos, se-

guidamente. Ello se produciría por el desconocimiento de la noción de jerarquía. Prácticamente, el "Contrato social" de Rousseau, es acabada expresión de tal tendencia.

Rousseau no reconoce como base de su constitución social, a la familia, que es comunidad y por ende sociedad, sino al individuo. A las personas todas, que supone iguales, las sitúa, suprimido el natural intermediario, frente al estado. Un individuo que en su orden privado lo es todo, absolutamente autónomo y un estado del que brotan todos los derechos sociales, son los dos elementos de su construcción social. No hay intereses comunes fuera de aquellos que el estado establece. Si éste llegara a desaparecer, el hombre tornaría por ese solo hecho a su completo aislamiento primitivo; no formaría parte naturalmente de ningún grupo. La comunidad es, por ende, creación puramente artificial, nacida de una forma particular de civilización, más o menos permanente, según coincida con las tendencias instintivas del hombre. Dentro del estado, nada significan las agrupaciones que el hombre forma; sólo tienen voz los individuos aislados. El estado únicamente valora y cotiza el dictamen de los mismos, pues la mitad de éstos más uno constituye la "voluntad general" que, según Rousseau, es infalible.

IV

La autonomía de la moral: Kant

La doctrina individualista casi contemporáneamente con Rousseau cuenta con otros dos heraldos que la extienden a nuevas zonas. En la esfera de las costumbres, de las acciones humanas, Kant con su sistema de la autonomía de la moral, instituye en realidad y en el plano filosófico puro, como formulador supremo de la ley, la conciencia del individuo. Ésta se erige en dictador, en juez, en verdugo, con prescindencia

absoluta del régimen social y aún del orden divino, afectando así, no sólo la vida personal, sino también la moralidad de las relaciones con los demás hombres: lo cual es consecuencia inevitable del primero de los principios establecidos. Argúyase como se quiera, siempre se deberá reconocer que si soy juez supremo de mis propios deberes, si las nociones del bien y del mal son trazadas por mí mismo, deducidas de la idea que me he formado de la dignidad humana, este concepto influirá decisivamente sobre lo que creo obligatorio en la vida social para con mis semejantes. Los deberes que la sociedad trata de imponerme, si contrarían los dictados de mi discernimiento autónomo, no tendrán sobre mí otra influencia que la que puede provenir de la coacción exterior; en conciencia no me obligan, porque según el principio kantiano del imperativo categórico, es el individuo el único juez, no sólo de sus propios actos, sino también de la regla a que deben conformar sus acciones los demás. La ley moral de Kant es profundamente individualista.

No debemos olvidar la influencia enorme de Kant sobre la filosofía del siglo XIX. Más o menos inmediatamente la invade e impregna toda. Esa doctrina salvó muy pronto las fronteras de su patria originaria, llegando a ser oficialmente enseñada en muchas de las universidades europeas. Y las filosofías subsiguientes, como los sistemas trascendentalistas alemanes y el neocriticismo de Renouvier y tantos otros, llevan, aunque no lo declaren, profundamente impreso, el sello del pensamiento kantiano.

V

La economía liberal: Adam Smith

El individualismo estaba destinado a pasar bien pronto a la órbita económica, propiamente dicha. Un sociólogo de

indiscutible talento, Adam Smith, dió forma concreta a las ideas que se agitaban en el ambiente. Con su obra quedó instituída la escuela económica liberal, que durante un siglo ha ejercido un influjo decisivo, siendo denominada por antonomasia: *la economía clásica, la economía ortodoxa,* revelando con tales calificaciones que las demás escuelas románticas, irregulares, heterodoxas, carecían de valor positivo.

Uno de los grandes maestros de esta doctrina, Alfredo Neymarck, define muy bien el individualismo, diciendo que "es el espíritu del sistema que tiende a considerar la acción de la sociedad como la simple resultante de las fuerzas individuales, fuera de toda preocupación por un bien o un interés común". El interés personal, móvil único de la actividad económica; la libre competencia, principio fecundo de prosperidad y de civilización; las leyes naturales, productoras infalibles de la prosperidad social, he aquí, en sentir de Antoine, los tres artículos fundamentales de la doctrina individualista en el terreno económico-social.

Esta doctrina ha sido llamada, la escuela de la libertad o la escuela liberal. La denominación está bien puesta, porque ese sistema proclama la liberación del individuo de todas las trabas constituídas por la clase social, por el gremio profesional o por cualquiera de las diversas entidades que no sean el estado. La revolución francesa, respondiendo a esa tendencia, suprime los gremios. Y Bastiat, a pesar de su catolicismo, afirma que el principio de amplia libertad en el desarrollo de la actividad económica, de cada individuo, es lo único que puede asegurar la armonía colectiva, por el equilibrio de las fuerzas. La escuela Manchesteriana concreta sus enseñanzas en la célebre fórmula: "dejar hacer, dejar pasar". Y a fines del siglo XVIII ya expresaba d'Argenson, "no hay que gobernar demasiado", esto es: no hay que impedir el libre ejercicio de las actividades individuales, sometiendo los

intereses personales al bien colectivo. Cada cual para sí "y de ello vendrá mecánicamente el bienestar para todos": he aquí el ideal de la escuela que venimos examinando. Dentro de tal sistema, el hombre es dueño indiscutido de determinar lo lícito y lo ilícito, en materia de actividad económica. La moral no ejerce influencia, ni tiene nada que ver en el asunto. Prohibe, es cierto, el robo; pero esta doctrina económica permite la percepción, sin que deba inquietarse la conciencia, de fabulosas ganancias y precios excesivos. La moral reprueba la mentira; pero el interés individual encuentra la manera de violar sin escrúpulos la palabra empeñada o de burlar, sin remordimientos, los contratos establecidos. La moral condena el homicidio; pero, según el criterio individualista que nos ocupa, esa censura debe aplicarse al uso del revólver o del estilete, mas no al procedimiento que mata con gradual lentitud, mediante las penurias del salario insuficiente o del trabajo agobiador.

VI

Descristianización de las masas

Con el desenvolvimiento del individualismo y su extensión a todos los órdenes de la humana actividad, preséntanse dos factores sociales, dignos de ser tenidos en cuenta, porque precisamente su concurrencia con el predominio individualista, ha determinado la perturbación social, que por todas partes advertimos y lamentamos. La difusión del anticristianismo materialista en el orden religioso y el desarrollo del impulso democrático en el orden puramente político, son los fenómenos a que nos referimos.

La descristianización comienza a vislumbrarse en la última mitad del siglo XVII. Se inicia en las esferas intelec-

tuales, surgiendo de la anarquía filosófica, de la crítica bíblica heterodoxa, de la duda, de la vacilación y en último término, del escepticismo, que es consecuencia natural de las guerras religiosas.

A la sombra de tal incredulidad, originada en los círculos intelectuales, principia a desarrollarse también en las alturas sociales, el desorden de las costumbres. No tengo para qué insistir en el recuerdo de las cortes, a la manera de la de Luis XIV. Los escritores coetáneos, casi todos a sueldo de los grandes aristócratas, se empeñan naturalmente por complacerlos. Poco a poco el libertinaje invade la literatura y ésta, a su vez, es alimento de la licencia pública y ya se sabe que nada facilita tanto el tránsito de la fe a la incredulidad en los individuos y en las sociedades como la corrupción de las costumbres. Los "filósofos", los enciclopedistas del siglo XVIII, hallan, pues, el terreno preparado. Voltaire, Holbach, Helvecio, tienen asegurado el éxito, al ser objeto de los halagos cortesanos. Y a un mismo tiempo en Rusia, Federico el Grande; en Inglaterra hombres influyentes como Walpole; en España, Floridablanca y sus satélites; en Nápoles, Tanucci y sus amigos; en Portugal, Pombal y sus secuaces; ministros, políticos, economistas, escritores, todos de consuno actúan en la tarea de la descristianización. Las sectas secretas adquieren una expansión formidable. Al lado de la masonería "para aficionados", trabaja otra, fundamentalmente anticatólica. La sociedad de los iluminados, fundada en Alemania por Weishanpt, extiende sus ramificaciones por Europa y procede con el espíritu revolucionario, que documenta el abate Barruel en su libro "Memorias secretas para servir a la historia del jacobinismo". Y se dan casos, en que gracias al favor regio, la incredulidad puede escalar hasta las sedes episcopales. En 1789, en vísperas del estallido de la revolución francesa, el ambiente estaba ya preparado. La convulsión misma,

no podía ofrecer al mundo otra novedad, que la de su estallido en los hechos, puesto que ya estaba completamente realizada en las ideas y consumada en las costumbres.

Las guerras de la revolución, y después las prolongadas luchas napoleónicas, llevan la incredulidad al pueblo. La clase media, ansiosa de imitar a la nobleza, experimenta el contagio con sus funestas consecuencias; quiere vivir a la moda y hace jactanciosos alardes de impiedad grosera. Por lo que se refiere a la masa popular, es sabido que las guerras apartan, con frecuencia, al clero de las parroquias y que las conscripciones llevan a los campamentos, a casi todos los hombres válidos, haciéndoles olvidar sus prácticas religiosas. Añádanse a esto las verdaderas persecuciones que por doquier estallan. Finalmente, el mismo Papa se ve prisionero y, sobre todo desprestigiado por la acción de sus enemigos. Cuando después de 1815, caído Napoleón, renace la calma, el mal está hecho; las ruinas religiosas cubren hasta los últimos confines de Europa.

Entonces, precisamente, la filosofía materialista alcanza un auge asombroso, propalada por la prensa que cobra una soberana influencia sobre las masas. La filosofía alemana ha dejado esfumarse el espiritualismo. En Francia se prepara el advenimiento de las enseñanzas positivistas. Comte puede disponerse a reinar durante cincuenta años, sobre innumerables mentalidades. Esa doctrina incrédula procura buscar en las ciencias, que tratan de la naturaleza, una confirmación de su tendencia; el materialismo absoluto ve llegar la hora de sus triunfos. Buchner, Malescott, cien otros vulgarizan sus dictados. Cuando Drapper escribe su libro "Conflictos entre la religión y la ciencia", pone al alcance de la muchedumbre, lo que durante veinticinco años ha venido enseñándose desde las cátedras universitarias. Hacia 1865, el mal ha hecho increíbles progresos; los eruditos a la violeta,. los ansiosos de

sentar plaza de sabios, los que aspiran a baratos prestigios de intelectualidad, los politiqueros ganosos de conquistar a la muchedumbre halagándola, los comediógrafos, los novelistas, creerían disminuirse, si no proclamaran con énfasis solemne su materialismo. Y el pueblo que escucha estas voces, no puede sustraerse a su influencia. El contagio consiguientemente se extiende hasta las últimas capas sociales.

Desde 1870 hasta 1900 el mal parece destinado a progresar indefinidamente. Las obras teatrales que no sólo adulteran la fe, sino que además vilipendian la moral, vense coronadas de éxitos fáciles y ruidosos. Los libros más reciamente antirreligiosos, ven multiplicarse sus ediciones. Los parlamentos pueden votar las leyes más atentatorias a los derechos de la conciencia religiosa, sin despertar más que protestas aisladas. Los gobiernos pueden consumar atentados de diversa índole, y lejos de verse debilitados por el retiro de la confianza de los pueblos, siguen sostenidos por el sufragio de las multitudes. Parece como que el grito de Gambetta "el clericalismo, he aquí el enemigo", fuera una consigna universal. La reacción comienza a producirse desde 1900, pero a ella nos referiremos en la última conferencia, al hablar de los remedios del malestar social. El fenómeno indiscutible es que el espíritu religioso se halla deprimido durante la segunda mitad del siglo XIX.

Es un hecho que sólo el freno interior de una moral eficaz, puede impedir los estallidos del egoísmo. Si se prescinde de él, no hay más recurso que la coacción exterior: la fuerza. Pero la moral sin religión resulta *prácticamente* ineficaz. No se trata de discutir aquí sobre la posibilidad de una moral no religiosa, que llegue a ser eficaz, en el orden abstracto, considerando a los hombres como elementos ideales, entes de razón y no de instintos, seres racionales, hasta el punto de que siempre la razón prevalezca sobre el egoísmo. Afirmamos,

en cambio, que no se ha logrado realizar una tarea semejante para la humanidad real, tal cual es, con su egoísmo innato, con sus instintos vehementes y sus poderosas pasiones. Y especialmente podemos proclamar que para los pueblos que han sentido una vez la influencia del cristianismo; que para las sociedades de civilización occidental, que es la superior, fuera de la religión no existe nada que logre imponerles de verdad una moral eficaz. Por lo tanto, la declinación del espíritu religioso debía traer como consecuencia inevitable una depresión de la moralidad y por contraposición un incremento del egoísmo con todos sus excesos. Para sofocarlo, no quedaba más recurso, una vez eliminado el cristianismo, que el empleo de la fuerza. Pero la violencia resultó inútil e ineficaz por el impetuoso avance democrático.

VII

Decadencia de la aristocracia: lucha de clases

La excitación de la democracia en el orden político, es más vieja de lo que se cree. En realidad sus causas no se hallan tanto en las filas del pueblo, cuanto en los círculos de la aristocracia. Esta aparente paradoja es la experiencia real de los hechos. Mientras la aristocracia de la inteligencia, del nacimiento o de la fortuna cumple ejemplarmente con sus deberes sociales, conquista el respeto de la plebe, que a cambio de los servicios recibidos de la nobleza, le presta obsecuente acatamiento. Pero llega un día en que los grandes comienzan a transformarse en cortesanos. Se ausentan de sus tierras hereditarias y esquilman implacablemente a sus subordinados para satisfacer las exigencias del lujo en la vida de la corte. La aristocracia olvida sus *deberes,* para no acordarse más que de sus *derechos* y exigir su respeto hasta realizar el

summum jus; summa injuria. Ese día el pueblo humilde empieza a ceder a las tentaciones de romper sus vínculos con la nobleza. Sus reclamaciones aparecen en un principio, moderadas, y los mismos "cuadernos" de los representantes del tercer estado en 1879 reclaman concesiones perfectamente justificables en su mayoría. Pero al lado de esos "demócratas" moderados, hay otros, que habiendo encontrado en ciertos filósofos, una teoría sumamente seductora, la de la igualdad absoluta, van mucho más allá. Son los discípulos de Rousseau, cuya influencia sobre la revolución francesa no necesita comentarios. Y esa tendencia igualitaria se torna bien pronto irresistible. El ejemplo de la República Norteamericana, entusiasma demasiado a los que no comprenden que el régimen social de un pueblo, no puede transformarse en un momento. Las guerras napoleónicas, con el desorden que es su inevitable consecuencia, extienden estas ideas por doquiera. Cuando después, en 1815, se intenta por parte de los monarcas y de las clases nobiliarias, volver al régimen antiguo, se comprueba que ello es imposible. Otórganse constituciones más democráticas, proclámase la igualdad en los códigos, pero las revueltas igualitaristas no cesan y casi toda Europa en 1848 y en los años siguientes se ve sacudida por las convulsiones y las crisis. Se habla ya resueltamente de los derechos del pueblo a gobernarse por sí mismo, y el mundo se orienta hacia la democracia política en una marcha cada vez más rápida e incoercible.

Hemos enumerado tres factores de orden moral, que son capaces por sí solos de engendrar una perturbación social, y que en efecto han actuado pujantemente a mediados del pasado siglo. Contemplemos ahora la situación material de Europa.

VIII

Aparición del capitalismo

El abrirse de nuevas comarcas como las de América y de ciertas zonas del Asia, al comercio europeo y la internacionalización de los mercados, gracias a la mayor facilidad de las comunicaciones, produce una actividad cada vez más intensa en la producción general. Por otra parte los descubrimientos de orden científico y especialmente de la máquina de vapor, contribuyen a la desaparición del antiguo y pequeño taller doméstico, y a la concentración de los obreros, en fábricas cada vez mayores. El resultado inmediato es que las relaciones de orden económico pierden su carácter de "amistad", de patriarcalidad, de familiaridad, para tornarse escuetamente frías o ásperas. El consumidor ya no conoce al productor. El accionista de la empresa productora ignora quiénes son los obreros que hacen fructificar el capital. La rivalidad por la posesión de los mercados internacionales, da origen a una competencia cruel. Hay que aumentar la elaboración y colocarla a bajo precio, y como es difícil obtener esta baratura en la parte técnica de la fabricación, pues las mejoras peculiares de un industrial son aplicadas bien pronto por los demás, y como también es difícil conseguirla sobre la materia prima, pues ésta cuesta igualmente para todas las fábricas de una misma comarca, se siente la tentación de alcanzarla disminuyendo el jornal del obrero, o aumentando sus horas de trabajo.

Como la producción en gran escala es la más económica, se apela al crédito a fin de asegurar los capitales necesarios. Créase así, o multiplícase un nuevo tipo de reproductor: el capitalista que ni pone el trabajo de su brazo, ni el de su inteligencia en la producción, que se contenta con proporcionar el dinero, pero que siendo el hombre indispensable ob-

tiene los mayores beneficios. Compárese lo que gana, no ya el mejor de los obreros sino el más talentoso de los técnicos, con lo que percibe un gran capitalista, y se verá cómo a éste corresponden las mayores utilidades. Surgió así una nueva clase social, no creada por las leyes, ni por las tradiciones, ni por la sangre, sino por los hechos económicos; una categoría privilegiada que maneja a su antojo la producción y a la cual está supeditada, no sólo la masa trabajadora sino también el grupo de los técnicos, que se ven reducidos a la clasificación de simples asalariados. Este nuevo fenómeno social fué denunciado ante el mundo por la autoridad de León XIII desde las primeras palabras de su magna encíclica "Rerum Novarum".

La división que se marcaba por la fuerza de los hechos económicos, entre los capitalistas y los obreros, se presentaba más profunda que la diferencia que antaño crearan las legislaciones entre los plebeyos y los nobles.

IX

Explotación del trabajo: miseria proletaria

La doctrina individualista en el terreno económico social justifica tales procedimientos, y la materialización de la vida, suprime el freno que podría contener en parte, los excesos que provoca. La economía política, según la definición clásica, es la ciencia que tiene por objeto la producción, circulación, distribución y consumo de la riqueza. Como muy bien observa el profesor Brantds de la Universidad de Lovaina, aquí para nada se tiene en cuenta el bienestar material y moral del hombre, que debería sin embargo constituir el objeto primario de toda ciencia social del orden práctico. Según esa teoría demasiado generalizada que comentamos, la riqueza es un fin en sí. La nación que la produce en mayor can-

tidad y que la posee más cuantiosa, marcha a la vanguardia del progreso. Los medios son indiferentes. El divorcio de la economía política con la moral, es un dogma para la escuela clásica. Los más grandes hombres de estado, por lo menos hasta hace muy poco tiempo, no pensaban de otra manera. Cuando se pregunta a Pitt, en Inglaterra, cómo se puede producir más barato, responde: "si el trabajo de los hombres es caro, utilizad mujeres". Y éste no es un caso accidental. Hacia 1860 la jornada media de trabajo en las fábricas de tejidos de toda Europa, es de quince a diez y seis horas para los hombres, de doce a catorce para las mujeres, de diez para los niños. Y los hay entre éstos, que deben someterse a esa inhumana tarea a los nueve años de edad. Un escritor de aquella época recuerda que los niños de las clases pobres en las grandes ciudades fabriles, no saben reírse. No se crea que ese horror haya desaparecido. El ilustre orador P. Vaugham en un discurso bellísimo sobre la explotación del sudor humano, cita haber encontrado a una pobre obrera moribunda que le decía: "Padre, rece usted mucho por mí, porque estoy tan cansada de trabajar, que me parece que cuando vaya al cielo, mi fatiga será demasiado grande para que me permita gozar de la bienaventuranza". El trabajo del hombre es un valor, cotizable en bolsa, como cualquier otro. Se habla corrientemente del *"mercado de brazos"*. El salario justo es determinado *"por la oferta y la demanda"*. Y todo esto, nótese bien, no sólo se reconoce como *un hecho,* sino que se admite como *justo* y como *condición de progreso.*

X

Reacciones: el colectivismo

Si tales fenómenos hubiesen acontecido en momentos en que los sentimientos religiosos palpitasen en el corazón del

pueblo, encontrando a la familia fuertemente constituída, a los cuadros sociales firmes por la cohesión de sus elementos, las tendencias igualitarias no habrían convulsionado a la masa, y la reacción, inevitable y ruda, se habría producido dentro de ciertos límites de moderación y de justicia. Pero las circunstancias anteriormente enumeradas, hacían pensar que a los abusos del capitalismo, responderían los excesos del trabajador. Contra el individualismo desenfrenado, debía levantarse la tendencia social excesiva: el colectivismo. Como lógica consecuencia de la aspiración igualitarista en el orden político, había de producirse un impulso incontenible hacia la igualdad económica. Y como se había propagado la irreligión en las filas del pueblo, éste que ya no debía creer en una vida futura, exigía realizaciones inmediatas. Y como última y fatal consecuencia, había de predicarse la revolución social. Y a eso vino el socialismo. El socialismo es el fruto legítimo de las tres causas morales que antes señalamos: el individualismo, el materialismo y la tendencia ultrademocrática.

He aquí, cómo todos los gérmenes doctrinarios que fueron difundidos durante tres siglos, individualismo, materialismo e igualitarismo, se vuelven ahora contra sus maestros y propagandistas. Sembraron vientos, y no deben extrañarse, si llegada la hora, se ven arrollados por la tempestad.

XI

Los económicos, agentes secundarios del malestar social

La perturbación social contemporánea, que no se circunscribe, por cierto, a los límites del régimen económico, sino que ha invadido todos los órdenes de la vida, es pues, ante todo, un problema de ideas. Pretender cegar la fuente del mal y remediar la crisis, nada más que con medidas de orden

material, significa desconocer la verdadera naturaleza y principio de los acontecimientos. Los agentes exclusivamente económicos que concurren y determinan la explosión del malestar social, son secundarios, principalmente entre nosotros; y jamás habrían provocado las enormes consecuencias de toda clase, que vemos y que presentimos, si no hubiesen contado con la complicidad de las ideas disolventes. En un pueblo cristiano, constituído sobre bases orgánicas, y que desconociendo los abusos del individualismo, no hubiera sido mareado por promesas de una irrealizable igualdad, los factores materiales habrían tenido un influjo muy subalterno, porque ahogados por el ambiente adverso, no habrían logrado desarrollar su acción.

No achiquemos, por lo tanto, la cuestión. Veámosla en sú verdadera grandeza. Cuidemos de los cuerpos, pero antes llevemos la salud a las inteligencias y a los corazones, porque no sólo de pan vive el hombre. Remediemos las consecuencias inmediatas del malestar; pero sin detenernos ahí, para que no retoñe con mayor empuje. ¡Inquiramos su causa y preparémonos a salvar a la patria, organizando la sociedad, sobre bases más humanas, más sociales, más argentinas y más cristianas!

2

SU ESTADO ACTUAL

I

De la descristianización al socialismo

Hemos enumerado anteriormente algunas de las causas generadoras de la perturbación social contemporánea. Todas ellas han venido fermentando hasta provocar una verdadera explosión del viejo egoísmo humano, que durante muchos siglos había moderado su efervescencia gracias al freno interior de la moral religiosa.

El individualismo, según hemos visto, proclamado doctrinariamente a las gentes, por la herejía de Lutero, introduce el principio anárquico en el orden religioso.

Aceptado luego por Rousseau, como base de su "Contrato social", desprestigia la familia y descalifica toda comunidad, relegándolas a la categoría de creaciones del hombre puramente artificiales. De donde se sigue que el estado no debe preocuparse del pensamiento de las agrupaciones, sino sólo de la opinión de los individuos aislados, pues la mitad de éstos más uno constituye "la voluntad general", que según él es infalible. Y de esta manera introduce el principio anárquico en el orden social.

Casi contemporáneamente se presenta Kant y con su doctrina de la autonomía de la moral, expresada por su "imperativo categórico", establece que el formulador supremo y

único de la ley, es la conciencia individual. Ésta se erige en dictador, con total independencia del régimen social y hasta del orden divino. Y así queda también entronizado, en la órbita de la conciencia humana, el principio de anarquía.

En la misma época, Adam Smith fundando la economía denominada clásica de la escuela liberal, proclama como esencial condición de progreso, que el individuo sea libertado, para el pleno desarrollo de su actividad, de toda traba moral o social. Bajo el patrocinio de esa teoría, queda lógicamente admitido el principio anárquico en el plano económico.

De diversos puntos surgían elementos conspiradores, tendientes a establecer sobre todas las manifestaciones de la vida humana, la soberanía del individualismo que es en su concepto y definición, egoísta y anárquico.

Habríanse podido contener sus estallidos, mediante la autoridad interior de una moral eficaz, pero ese freno había sido suprimido por los propagandistas que venían empeñándose con éxito, por el advenimiento del anticristianismo materialista. Y no era posible pensar en reemplazarlo con la coacción exterior, porque ya se agitaba en el mundo, con rapidez extraordinaria e incontenible fuerza, la tendencia ultrademocrática en el orden político.

Si no se hubiese dedicado tanta actividad y celo a la tarea de sembrar la impiedad en la multitud, sugestionada, luego, por las utópicas aspiraciones igualitarias, la reacción provocada en el pueblo por los excesos del individualismo especialmente en el orden económico social, habría alcanzado manifestaciones más o menos ásperas, pero es evidente que no habría salvado ciertos límites de moderación y de justicia.

Pero las circunstancias a que nos hemos referido anteriormente y recapituladas ahora en forma sumaria, fijaban como natural consecuencia el exceso popular, respondiendo a los abusos de las altas clases. Y por eso según queda consig-

nado, contra el individualismo desenfrenado debía surgir la tendencia social opuesta hasta el exceso: el colectivismo. Como lógica consecuencia de la corriente igualitarista en el orden político, había de producirse un impulso incontenible hacia la igualdad social. Y difundida la irreligión en el pueblo, éste reclamaba realizaciones inmediatas, ya que no debía confiar en una vida futura. Y como los poseedores del bienestar, no lo renunciarían espontáneamente en manos del pueblo, habría de predicarse como conclusión última e inevitable la revolución social. Esa es la misión del socialismo. Sepamos hacer con toda justicia la distribución de las responsabilidades. El socialismo cuyo estudio nos hace entrar de lleno en la observación del estado actual de la crisis social, es consecuencia legítima de los tres grandes factores morales antes señalados: el individualismo, en el régimen económico, el materialismo en el campo religioso y el impulso ultrademocrático en el orden político.

Para convencernos de ello, basta realizar un estudio metódico de los argumentos que los fundadores del socialismo científico aducen, en favor de su tesis.

II

Técnica de la revolución social: Carlos Marx

Carlos Marx examina la teoría del valor de los objetos manufacturados, y basándose en el dictamen de la escuela económico-liberal, llega a la conclusión de que *el valor en cambio* de dichos objetos, proviene íntegramente del trabajo del obrero. Deduce por ende, que todo lo que el capital se apropia en concepto de legítima ganancia, es hurto. Y la última consecuencia de todo esto, es perfectamente lógica. Para restablecer el dominio de la justicia y lograr que el obrero

sea poseedor de todo lo suyo, no hay más que un recurso: la socialización de los bienes, la supresión de la propiedad privada. Y de esta manera, la economía individualista proporciona una base científica al socialismo.

La economía liberal niega asimismo, los deberes sociales del capital. De ello se deduce claramente que cada cual puede acaparar la más crecida suma de caudales y esto para exclusivo provecho propio, sin preocuparse ni del bienestar, ni del derecho y ni siquiera del hambre de los demás. Y Carlos Marx fundándose en estadísticas, mal aplicadas a su propósito en realidad, llega a la conclusión de que los bienes irán concentrándose en un número de manos, cada vez más reducido, y que, por lo tanto, la revolución social se tornará facilísima y estallará, como expresión de la justicia conculcada a los ojos de la inmensa mayoría, pues las víctimas serán los pocos privilegiados del grupo capitalista. Y éstos no tendrán derecho de protestar, porque según las enseñanzas de Rousseau, en su contrato social, que ha estado tan de moda en nuestras universidades, la opinión general de los individuos, esto es, la voluntad de la mitad más uno es dictamen y fuente suprema de la justicia colectiva. De ahí que la actitud del proletariado al despojar a la minoría de ricos acaparadores, como les llama, será justa y consecuente aun dentro del mismo criterio liberal. ¡Véase cómo las consecuencias de ciertas doctrinas, se están volviendo contra sus propugnadores!

III

Su filosofía: materialismo histórico

Finalmente, la filosofía heterodoxa de mitad del siglo pasado, es materialista. Y el socialismo científico deduce de ella, con muy buena lógica, que si no existen ni Dios ni el alma,

el único motor de los acontecimientos, no sólo individuales, sino también colectivos, debe ser de orden puramente económico. Por lo tanto, nada de justicia, ni de derecho, ni de patriotismo; abolición de la virtud, del honor y de la moral. Es la tesis del *materialismo* o del *determinismo histórico,* pues ambas calificaciones ha recibido, siendo más significativa la primera. Todo esto quería expresar un socialista alemán, al condensar sus doctrinas y aspiraciones, diciendo: "Somos colectivistas en el orden económico, demócratas en el orden político y ateos en el orden filosófico-religioso".

Tales son las teorías que están recitando de memoria y las convicciones profundas que vienen adquiriendo las masas proletarias. Es el nuevo catecismo del pueblo.

He aquí en su verdadero estado, la perturbación social contemporánea de que es principal autor el socialismo.

Mas no vayamos a creer que la crisis originada por la difusión de tales ideas, queda limitada al círculo de sus partidarios. La perturbación social ha saltado toda valla y ha cundido por el mundo, evidenciándose en cada una de las diversas manifestaciones de la vida humana.

IV

Anarquía interior y exterior

Si quisiéramos caracterizar el estado de la perturbación social por que atraviesa el mundo, con una palabra que sintetizara sus diversos aspectos, habríamos de emplear el vocablo "anarquía". Anarquía significa, no solamente falta de gobierno en el orden civil, sino también privación de principios conductores que den unidad a la vida, tanto individual como colectiva. La anarquía se distingue más aún que por la carencia de un poder exterior, por la falta de una autori-

dad interna que hable con toda claridad a la inteligencia y determine con eficacia la decisión de la voluntad. La anarquía es desorientación intelectual y moral, y por consiguiente supremacía de los instintos, es decir, de lo menos racional que hay en el hombre. La anarquía exterior, que se traduce en convulsiones, atentados, incendios, asolamientos, es resultado de la anarquía de las conciencias. Por esto para acabar con la anarquía exterior, de manera definitiva, no son suficientes las bayonetas, porque sólo alcanzan a los cuerpos, y porque a un instinto de ataque la concupiscencia opone otro instinto de retraimiento: el temor. El equilibrio, hijo de la fuerza, es por naturaleza transitorio e inestable. Para destruir de manera irrevocable la anarquía, es preciso restablecer el culto, el respeto omnímodo de los grandes principios conductores que dan unidad al organismo individual y colectivo, en el ejercicio de sus primordiales funciones.

Hemos dicho que la situación actual del mundo no puede traducirse con ninguna palabra más exacta, que la de "anarquía".

V

Egoísmo de grupos: acaparamiento, huelgas, piraterías

Comencemos por un examen del estado material. Una mirada superficial nos permite abarcar el espectáculo de multitudes obreras que se agitan y se organizan y se disciplinan, en una constante gimnasia revolucionaria, como si se estuviesen entrenando en el mundo entero para presentar la gran batalla. Policías de reputación legendaria que se declaran en huelga y hasta se rebelan a mano armada, contra las autoridades constituídas; soldados que ceden a las tentaciones de apoyar a los huelguistas; convenios realizados entre organiza-

ciones internacionales para suspender conjuntamente el trabajo, y no ya con fines *profesionales,* sino con *propósitos políticos;* finalmente tráficos paralizados a cada momento, en la hora en que esto significa hambre para poblaciones enteras tan sólo por lograr una falaz mejora de salario, que en seguida se traduce en un aumento correspondiente de gasto, o para obtener una nueva disminución en la ya reducida jornada de trabajo. Y lo grave es que al lado de ciertas reivindicaciones justas, se hallan casi siempre egoísmos criminales. Cada grupo sólo piensa en sus pequeños intereses, descuidando completamente y hasta perjudicando el bienestar general, lo que constituye una característica inconfundible de anarquía. Y el síntoma se observa en las diversas clases sociales. Los obreros prosiguen en sus agitaciones continuas, como si la economía de los pueblos no quedara profundamente perturbada con ellas. Pero a su vez los capitalistas únicamente piensan en enriquecerse a cualquier costo.

Todas las naciones, sin excepción, han debido adoptar medidas contra los acaparadores, los explotadores de todo género, y la multiplicidad de los reglamentos ideados, denuncian los mil fraudes excogitados para burlar las restricciones de la ley. Esto ha producido un encarecimiento formidable de la vida, que en algunos países ha aumentado en un trescientos por ciento desde 1914, y que a su vez engendra huelgas, protestas, reivindicaciones, levantamientos, saqueos, piraterías; un ambiente en definitiva revolucionario, que los agitadores aprovechan para arrastrar a las muchedumbres a la consumación de todos los excesos.

Y por encima de la crisis angustiosa, cuando la hora es de abnegación, los políticos profesionales en casi todo el mundo, lejos de olvidar sus rencillas, anteponen sus éxitos egoístas al supremo interés de la patria. Luchan los partidos con encono, se deshonran mutuamente y el hambre de poder satis-

fecho a cualquier costa, sustrae un factor poderoso al alivio de la perturbación social y añade un nuevo elemento a la anarquía general.

Desde el punto de vista material podríamos afirmar que la anarquía de 1919 es más extensa y profunda que la del año pasado, y que lejos de triunfar con la paz, hemos perdido. No era en efecto mal profeta, aquel hombre de estado, que dirigiéndose al parlamento en una de las naciones victoriosas, exclamaba: "hemos ganado la guerra, ahora debemos conquistar la paz, y esto será mucho más difícil y costoso que aquello".

Fuera ilusorio suponer que semejantes males no nos alcanzan. En primer lugar, nuestra vida es en buena parte un reflejo de la de Europa. Las vinculaciones comerciales, la corriente inmigratoria, la comunión intelectual, crean entre nosotros y las naciones del antiguo continente, una especie de solidaridad, por cuya virtud, si allí asumiera la anarquía caracteres más graves, la perturbación desbordaría, sin duda alguna, en nuestras playas. Pero fuera de esto, observamos aquí directamente, fenómenos de índole parecida a los que se desarrollan allende los mares, obligándonos a pensar que somos como un miembro del organismo mundial enfermo. Aquí también hemos sufrido huelgas arbitrarias, llegando las exigencias a la imposición audaz de una mordaza que apagara las voces de la prensa. Aquí también se ha suspendido el tráfico público para provecho de unos pocos y con perjuicio de centenares de miles de empleados y de obreros. Se han aumentado asimismo artificialmente los precios de los artículos de consumo, lográndose ganancias superiores a toda justicia, mediante sufrimientos generales. También se han perpetrado asaltos y han fulgurado siniestramente las llamaradas de los incendios. ¡Aquí también, finalmente, ha corrido la sangre por las calles! Y, ¿por qué no decirlo?, aquí también la polí-

tica pone, a veces, los fines subalternos de bandería por encima de los intereses nacionales. Desde el punto de vista material, la quietud en nuestra República no es más que aparente, por desgracia, y juzgarían mal quienes creyeran que disminuídas las huelgas, todo ha terminado. La calma aparente, es cuestión de táctica. Un examen prolijo de la situación permite constatar que en el período actual se incuban nuevas agitaciones.

VI

Anarquía en el orden intelectual

Pasemos ahora a la comprobación de la anarquía en el estado intelectual. No nos referiremos a las divergencias de escuelas, a los diferentes pareceres de los estudiosos acerca de cuestiones en mayor o menor grado fundamentales. Aludimos especialmente al extravío del criterio popular, que ya no sabe hacia dónde volverse y que precisamente en virtud de esta confusión, escucha sin extrañeza la prédica de las doctrinas más peligrosas, que jamás hayan sido expuestas a la humanidad.

Compárese la más funesta teoría de los pasados siglos, con los principios hoy preconizados, y su perversidad resultará pálida ante las depravaciones del maximalismo. Las más avanzadas formas de la doctrina albigense negaban el matrimonio, pero respetaban la propiedad y admitían una cierta jerarquía. Los sustentadores de las "jacquevies", en Francia, sustraían la propiedad de los grandes feudales y asesinaban a sus deudos, pero consideraban legítima la existencia de la familia. Durante la peor época de la revolución francesa, se implantó el divorcio, destructor del hogar, pero nadie soñó en la "socialización de las mujeres". Los comunistas más rabiosos de pasadas edades gritaron la igualdad absoluta, pero

nunca lo que se entiende hoy por "dictadura del proletariado" o sea la supresión de la burguesía por medio del hambre y de un terrorismo, a cuyo lado parece de opereta el de Robespierre y sus *a lateres.*

Y no se diga que tales excesos son emanaciones de la guerra. Ésta habrá podido precipitarlos, pero sus gérmenes reales venían siendo cultivados con anterioridad a su estallido. Como muy bien lo demostró Grasset en su última obra, escrita poco antes de morir, "Le dogme evolutioniste": la escuela materialista enseñaba que todo era lucha y por lo tanto cuestión de fuerza en la vida, que la lucha era condición de progreso, y que la responsabilidad moral no existía, ya que la libertad era un mito. Esto equivalía a elevar el egoísmo a la categoría de ley fundamental de la vida en la humanidad. Y, repitámoslo una vez más, el egoísmo es el manantial incoercible de la anarquía.

Se llegaba a afirmar en esta escuela que la palabra *moral,* en cuanto significa una ley que intenta regir las humanas acciones, era un absurdo, pues la conciencia, simple armonía de fenómenos del orden fisiológico, era incapaz de sustraerse a un impulso, aun en el caso de que lo imaginara malo, si era suficientemente poderoso para constreñirla.

La fuerza, he ahí la única virtud que de hecho rige al mundo, tanto interior como exterior y la que en definitiva está destinada a imponerse. ¿Qué tiene, pues, de particular que semejantes doctrinas enseñadas desde cátedras altísimas, por profesores condecorados con títulos universitarios, vulgarizadas en revistas que se precian de intelectuales, publicadas en volúmenes que editan las "bibliotecas científicas o filosóficas" hayan sido recogidas por los agitadores de la muchedumbre, por los teorizadores de la anarquía social y les den aplicaciones que, aunque no hayan sido previstas por sus autores, son en realidad inexorablemente lógicas?

En verdad, no hay uno solo de los excesos bolcheviques, que no tenga su origen o por lo menos encuentre su justificación en las doctrinas de algún profesor aplaudido. Se ha enseñado por innumerables maestros de instituciones jurídicas, que la familia es una creación artificial; se ha pregonado el amor libre como forma suprema de la unión propagadora de la especie: es lógico que los socialistas-maximalistas crean poder y deber suprimir la institución de la familia. Se ha proclamado que la propiedad es un hecho social, que reconoce su principio en usurpaciones de los más fuertes; es lógico que aspiren a destruir el capital y la propiedad que consagra y prolonga el imperio de esa fuerza. Se ha predicado que las naciones y el patriotismo encierran un concepto antihumanitario: es lógico que agoten su propia patria y destruyan su bandera, sus características, sus glorias, sus tradiciones y su honor.

La anarquía de los hechos, es fruto de la anarquía de las inteligencias. Y francamente, no vemos cómo pueda ser más grande la responsabilidad de los brazos que ejecutan que la de la razón que los impulsa.

Por el contrario, es mucho menor la culpabilidad moral de las multitudes ignorantes que, embriagadas por ideas perturbadoras, se lanzan a todos los excesos, que la de aquellos que reflexivamente elaboran las malignas enseñanzas y se las inoculan de palabra o por escrito.

VII

Anarquía en las costumbres

Verifiquemos la acción de la anarquía en las costumbres. Constituye un problema muy interesante, pero que queda fuera de nuestro propósito, el averiguar si son las ideas al di-

vorciarse con la conciencia, las que han engendrado las prácticas a espaldas de la moral, o si éstas han creado teorías para justificarse. El hecho es que la anarquía de las costumbres llega a un extremo, cuya gravedad nadie puede desconocer.

El criterio con que se juzga la moralidad de las prácticas sociales, está anarquizado. Los bailes, los trajes, los espectáculos, las actitudes, las costumbres, las verdaderas excentricidades a que se otorga carta de ciudadanía en sociedades consideradas cristianas, no están sometidos al previo visto bueno del principio inmutable de la moral. Para ser introducidos es suficiente que vengan patentados por los caprichos lucrativos, y por lo tanto variables, de los llamados "creadores de la moda", quienes no tienen para qué preocuparse del grado mayor o menor de bondad o malicia de sus creaciones, porque de antemano cuentan con la debilidad de una resistencia que desea sucumbir. Y así acontece que como no impera la moral austera del cristianismo, comienza a renacer el concepto pagano. "En todas partes, como dice un célebre maestro, ha retrocedido éste en presencia de aquél; mas dondequiera que se hace retroceder al cristianismo, en la misma proporción vuelve y avanza el paganismo, como el reflujo del mar, con todas las ignominias del sensualismo. Véase la generación que se levanta, cómo trae no sólo en su frente sino en todo su ser, el signo auténtico de la vida y de las costumbres paganas, que muestra a los ojos de todo el mundo eso que la Escritura, con la energía divina de su lenguaje, llama "signum bestiæ", la señal de la animalidad, es decir: ¡el sensualismo!"

El teatro y la literatura han conspirado con una eficacia terrible en la tarea de anarquizar el sentido moral. En sus producciones se ha sustentado sistemáticamente la teoría del "derecho a la vida", que entendida como en ellas se expone,

significa sencillamente la legitimidad del placer, con prescindencia de toda traba moral. Es la soberbia preponderancia del egoísmo puro, que constituye la forma primera y fundamental del anarquismo. Y lo peor es que tal grado de perversión contaba con la simpatía de las multitudes. En un drama, la protagonista, considerada como la expresión de la honradez, ante la falta de su hermana, afirma: "has hecho bien, tienes derecho a gozar de la vida"; y la frase es recibida entre los aplausos entusiastas de los espectadores. En fin, lo más extravagante, lo más antisocial conquistaba las más decididas aprobaciones. En virtud de un diletantismo enfermizo, las clases altas cultivaban con fervor las doctrinas más peligrosas. Así como el cubismo sustituía en pintura y escultura al arte sano; así también el revolucionarismo moral, el predominio de los sentidos se sobreponía a la glorificación del deber, que nadie quería aceptar so pretexto de que eran anacrónicas las doctrinas que lo defendían.

Somos inconsecuentes e injustos, cuando nos alarmamos al ver que ese criterio, —pregonado por Nietzsche, profesado en numerosas universidades y difundido por la literatura y el teatro—, al descender a las multitudes haya dado margen a que los maximalistas, que se estiman superhombres, practiquen la denominada "moral de los jefes", contradictoria con la llamada "moral de los esclavos" y en su nombre hurten, degüellen y prostituyan, cubriendo de ruinas, de sangre y de vergüenza a toda una generación.

VIII

Declinación del principio de autoridad

Debemos añadir algunas palabras, respecto de la anarquía, con relación al principio de autoridad. La conocida

fórmula "ni Dios ni amo" proclamada por el partido revolucionario, es por doquier difundida, con todas sus pavorosas consecuencias. No hay autoridad que no sufra los dardos del ultraje. Se confunde libertad con licencia, democracia con demagogia. Por todas partes y de mil maneras se combate al "dogma de la obediencia" y se considera muestra de inferioridad sujetarse a los mandatos de un hombre, representante de la autoridad, o a un principio proclamado por alguien que no sea el mismo que ha de acatarlo.

Los alumnos, en las universidades primero, en las escuelas de segunda enseñanza después y bien pronto en las de primeras letras, quieren discernir acerca de la aptitud y del valor docente de sus profesores y de la superioridad de los sistemas. Los obreros exigen tomar a su cargo el gobierno de la producción y relegar las competencias técnicas, a la categoría de simples subordinados suyos. El concepto fundamental de la democracia, que implica un gobierno racional y por esto mismo enérgico, pues nada hay más fuerte que la razón, se ha falseado, pues se lo supone equivalente a la negación de normas directrices y a la destrucción del principio de obediencia.

El soplo devastador de la anarquía enloquece todas las cabezas, y ha llegado la hora de podernos preguntar, con el alma llena de dolor, si existe en el mundo una autoridad constituída, de cualquier orden que ella sea: doméstica, científica, política o religiosa, capaz de contar, no ya con la sumisión, pero ni siquiera con el respeto. ¡Cada uno profesa el culto de sí mismo, y no quiere aceptar otra dependencia que la de su sola voluntad! ¡Síntoma terrible, porque la civilización estriba en el principio de autoridad, como un templo sobre sus pilares, y el pueblo, a quien se ha logrado pervertir, está como nuevo Sansón, sacudiendo esas columnas, sin recapacitar probablemente, en que no ha de desplomarse el

edificio, sin que él también sucumba aplastado por los escombros!

Tal situación debe provocar, forzosamente, sus consecuencias. ¿Cuáles serán, si dicho estado continúa, obrando libremente con intensidad y extensión cada vez mayores?

La humanidad no es autómata, pero marcha desorbitada. Inteligente y libre, puede y debe reaccionar. Al dominio del individualismo, que es egoísta y por lo tanto, anarquizador, opongamos el de la voluntad de Dios. Realizaremos el propósito, si suprimimos la contradicción que puede existir entre los actos de nuestra vida y las palabras de nuestros labios, cuando dicen "hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo". Y cesará entonces la anarquía, porque comenzará la soberanía de los grandes principios conductores, que imponen la unidad a la existencia individual y colectiva.

3

FATALES CONSECUENCIAS

I

En marcha a la revolución social

Hemos visto en la anterior conferencia que la doctrina individualista de la economía liberal, ha ofrecido al socialismo científico una firme base para poder establecer que el valor en cambio de los objetos manufacturados, proviene íntegramente del trabajo del obrero, de donde ha sacado como consecuencia que lo que el capital se apropia en concepto de legítima ganancia, es un hurto y que la única manera de restablecer la justicia consiste en la socialización de los bienes y la supresión del capital.

Hemos señalado asimismo cómo la economía liberal, negando los deberes sociales del capital, justifica su acumulación ilimitada, con absoluta prescindencia del derecho, del bienestar y hasta del hambre de los demás; y cómo basándose en tales fundamentos, el socialismo científico llega a la conclusión de que los capitales irán concentrándose en un número cada vez más reducido, lo que tornará facilísima la revolución social, presentándola como justa, ante la inmensa mayoría, pues las víctimas, que serán pocas, no tendrán derecho de quejarse, porque según el contrato social de Rousseau, la opinión general de los individuos, es decir, la voluntad de la mitad más uno, es siempre infalible y fuente suprema y única de justicia colectiva .

Finalmente, hemos recordado cómo el socialismo científico funda sobre las doctrinas anticristianas, la tesis del materialismo histórico.

Porque en realidad, si no existen ni Dios, ni el alma, el motor de los acontecimientos no sólo individuales sino también colectivos, es de orden estrictamente económico. Ningún valor representan por lo tanto ni los deberes, ni la virtud, ni el honor, ni la moral como reguladores de la actividad humana. La única razón es de orden puramente económico: la constituye el interés material. Por consiguiente sólo es necesario preocuparse de la fuerza, para poderlo imponer. Y la fuerza dará la unión.

Siendo tales las ideas que fundamentan las convicciones profundas de las masas proletarias, indaguemos cuáles serán las consecuencias, si aquellas se generalizan y arraigan. Desde luego afirmamos que no pueden ser otras sino las que apresten la revolución social.

II

El sentimiento motor del caos

El socialismo podrá ser inofensivo, y aun ello es problemático, en labios de un profesor bien rentado o de un economista que vive rodeado de fáciles comodidades. Pero para el pobre pueblo, debe ser forzosamente revolucionario.

Lo será, en primer lugar, porque el proletariado no puede esperar. Se ha extirpado en su alma la raíz misma de la paciencia al arrancársele la fe. Se le ha convencido de que todo terminará para él con la muerte, y que si quiere ser dichoso, es necesario que consiga a cualquier medio la felicidad, antes que aquélla sobrevenga. Y como cifra toda la ventura en la materia, porque se le ha enseñado que el hombre no es otra

cosa, nada más lógico que principie por la conquista del bienestar material. Pero la llamada *ley de bronce,* le demuestra que la empresa será imposible, dentro del actual régimen capitalista que no permite el mejoramiento de su suerte, porque si los salarios suben, inmediatamente habrá más brazos disponibles y los salarios decrecerán, y si esto último no aconteciere, se elevará el costo de la producción, dejando absolutamente frustrada la buena perspectiva basada en el aumento del salario, con el inmediato y desproporcionado reencarecimiento de la vida. Necesario es entonces romper el círculo de hierro, llegar a la supresión del salariado, eliminando a los patrones, es decir, mediante la extinción del capital privado. Esto solamente se logrará por la violencia, ya que los poseedores no consentirán su despojo. Y no se aduzca al obrero que la revolución es inmoral, pues él coincide en negar toda regla de solidaridad social, con los economistas liberales. No se le hable tampoco de los derechos patronales, pues, siendo sus dueños una minoría, carecen de ellos; sólo la mayoría es fuente de justicia, y los proletarios son quienes la forman.

El socialismo será fatalmente revolucionario en el pueblo, porque las multitudes en sus agitaciones, anteponen los impulsos al razonamiento. Lo saben bien los profesionales de la revuelta, y por eso para conmover y decidir al pueblo, no apelan a su razón, sino a su emotividad. Los programas van formulados a base de promesas, las ideas son presentadas en fórmulas impresionantes y generalmente exhibidas en imágenes. "Gracias a su sensibilidad, dice un profundo observador (1), se conmueve fácilmente a las multitudes y merced a su movilidad ingénita, se las disuade con la misma prontitud. El héroe llevado con entusiasmo al Capitolio, será precipitado con el mismo entusiasmo desde la roca Tarpeya. Robes-

(1) Le Bon.

pierre, la víspera de su caída, era el ídolo de la plebe parisiense, que al día siguiente le llenaba de improperios, caminando detrás de la carreta que conducía al dios caído, a la guillotina. Llevado al Panteón entre las aclamaciones de la multitud el cuerpo de Marat, algunos años más tarde era arrojado por la misma plebe al muladar".

Esa sustitución del poder sugestivo de la razón, por el de la emotividad, explica la excesiva credulidad de las multitudes. El hombre que reflexiona y calcula demasiado, se vuelve un tanto egoísta y escéptico. Analizando la naturaleza humana, encontramos en sus más recónditos secretos, la propensión instintiva a la confianza, a la credulidad. Por eso la juventud que obedece más al corazón que al cálculo, y la muchedumbre que se guía más que por el criterio por la emotividad, fácilmente se enfervorizan con las causas que se les presenten timbradas de nobleza y magnanimidad, llegando en la vehemente defensa de sus ideales al heroico sacrificio de la propia vida.

No lo ignoran los agitadores. De ahí su método de seducir con promesas inmediatas a las turbas para lanzarlas a la conquista de ensueños imposibles. No importa que las promesas sean utópicas; su ilimitada confianza no deja lugar al raciocinio. Tampoco importa que para alcanzarlas deban llegar necesariamente al desconocimiento de los derechos de los demás y a la consumación de los crímenes más abominables. Ellos saben que las multitudes no se detienen. El individuo podría moderarse ante el grito de la conciencia, pero la multitud no experimenta la impresión de la culpabilidad. El remordimiento, si surge, es una gota de acíbar caída en el océano. Y así acontece que la responsabilidad en los atropellos, los despojos, los incendios, los asolamientos colectivos, por lo mismo que es de todos, resulta en realidad no ser de nadie.

La propaganda socialista será inexorablemente revolucionaria, además, porque el pueblo se ha persuadido de la necesidad de vengar agravios, recibidos durante siglos por su clase, y porque, descristianizado, desprecia la norma moral que pudiera refrenarlo en su vindicta. El pueblo será cruel, porque se le ha enseñado que las clases acomodadas lo han tratado con saña implacable. ¡Si, pues, tales ideas se siguen difundiendo hasta volver más generales y profundas semejantes convicciones, en las masas proletarias, no puede esperarse otro resultado que la revolución social!

En la conferencia anterior advertimos que la influencia de las causas generadoras de la perturbación social contemporánea, no queda circunscripta al proletariado, enardecido por el socialismo, sino que saltando toda valla de contención ha invadido el mundo de tal manera, que al querer sintetizar su situación actual, con una palabra que la abarque en sus múltiples aspectos, nos vemos precisados a emplear justicieramente el vocablo, *"anarquía"*. Y dejamos comprobada su existencia en el estado intelectual, moral y material del mundo.

Seguimos el mismo procedimiento y afirmamos que no es únicamente la doctrina socialista, con la aplicación de su programa mínimo o máximo, quien prepara el advenimiento más o menos inmediato de la revolución. Lo combinan y aprestan, conjuntamente, con advertencia deliberada o sin ella, con idéntica eficacia que el proletariado, el grupo dirigente; la clase trabajadora y la capitalista; los revolucionarios y los pseudo-conservadores.

Si las causas que han originado la anarquía reinante en las diversas clases sociales y en los diferentes órdenes de la vida, continúan influyendo con plena libertad y con intensidad y extensión cada vez mayores, ¿cuáles serán las consecuencias?

III

Carencia de frenos morales

Hace ya muchos años, Renán, a quien citamos porque no puede ser tachado de parcialidad, manifestó: "Vivimos de una sombra; nuestros hijos vivirán del perfume de un vaso roto; temo que sea muy poco para sustentar la vida". Aludía al cristianismo y consignaba una verdad al afirmar que la vida espiritual se sostiene todavía y a pesar de todo, de sus restos. A fuerza de habernos connaturalizado con él, no nos damos cabal cuenta de lo que significa, para el ambiente contemporáneo, el influjo cristiano. El profesar el culto del honor, el sublimar la dignidad de la mujer, el descubrirse ante el cadáver de un mendigo, el considerar al último de los pobres, como igual al más rico entre los hombres; todos esos gestos que hoy nos parecen espontáneos, nacen del cristianismo. Antes del Evangelio eran completamente desconocidos, y hoy en las naciones no suficientemente civilizadas, nada de esto se encuentra, sino a base de infiltraciones cristianas. Nuestro pensamiento está impregnado de cristianismo. Somos espiritualistas, aun sin advertirlo. La serie de nociones relativas a la responsabilidad, a la justicia, a la dignidad humana, a la libertad, a la igualdad, a la fraternidad, están directa o indirectamente vinculadas al cristianismo.

Pero imaginemos que el materialismo prosiga conquistando terreno en el pensamiento humano; que paulatinamente se aminore la influencia de las ideas cristianas, en la inteligencia de las diversas clases, hasta perderse por completo. Admitamos que el pueblo llegue a la convicción de que no hay sombra siquiera de probabilidad de una vida y una justicia de ultratumba, no existiendo más dichas ni más dolores, que los que se hallan sobre la tierra. Supongamos tam-

bién, que la teoría negadora del libre albedrío, corolario lógico del materialismo, penetre de manera más profunda en la conciencia popular, ¿qué elementos fuera de la coacción física, podrán contener el estallido de las pasiones?

Ya hemos encontrado, en la historia del siglo XIX, teorías filosóficas brutalmente egoístas, la de Nietzsche entre otras, que no sólo justifican sino que además consagran el desenfreno de las pasiones. Esas doctrinas enseñan que los seres verdaderamente superiores, deben desligarse de las viejas trabas morales, persiguiendo "la plenitud de la vida", esto es: la satisfacción de sus instintos, a costa de los seres inferiores, los dotados de "alma de esclavo" que no tienen más misión que la de servir a los amos

Renovóse así en nuestros tiempos el vergonzoso principio, sentado por un viejo materialista de la Roma imperial, "humanum paucis vivit genus", el género humano vive para unos pocos. ¡Ah, sería de desear que las inteligencias ateas no pusieran tanto ahinco en llevar a las multitudes las teorías materialistas, que, según el principio indiscutido de que todo pensamiento tiende a transformarse en acto, se traducirán fatalmente a la realidad, resolviendo los problemas de la vida en forma inmoral, antihumana y anárquica! [1].

---

(1) Los movimientos totalitarios que años después se impusieron en algunos pueblos del Viejo Mundo, justifican estos temores del autor. (N. del E.)

IV

Escepticismo, envidia, odios

Los fenómenos que observamos en el orden moral, son correlativos con los manifestados en el campo de las ideas. Cualesquiera que sea la forma que se le dé, el materialismo torna egoístas a los hombres. Desde el momento que la abnegación es ridícula, pues representa un sacrificio estéril, ya que nunca será recompensado, se vuelve cada vez más rara. "Es necesario pasarlo bien y para ello hay que pensar en sí mismo", tal la norma moral que fluye del materialismo. Entonces la pobreza significa inferioridad y el sufrimiento representa un mal absoluto. ¿Cuáles son los hombres que se proponen hoy a la admiración de las gentes como prototipos de la humanidad? ¿Los que se desprenden de sus riquezas y se consagran a la abnegación? ¿Los que se asemejan a San Vicente de Paul o al P. Damián, el apóstol de los leprosos? ¡No, absolutamente! Merecen la calificación de superiores, los que salieron de la inopia para llegar a la máxima riqueza. El ideal no es ya el santo, sino el millonario. Ved ahí una consecuencia lógica de la materialización de las ideas, que a su vez destruye y suprime los valores morales, en la vida.

Pero al lado del egoísmo material, se desarrolla la duda sistemática. ¿Para qué? es la pregunta que oímos de los labios de una buena parte de escépticos, de individuos cansados, que no creen en la posibilidad de ninguna reacción, porque como el egoísmo ha aniquilado en ellos hasta los vestigios de la generosidad, ya no ven en qué apoyarla.

Es un tipo que surge en momentos de disolución social, y la historia nos lo muestra en los últimos días de la libertad de Grecia, cerca de su rendición por Alejandro, y en Roma, en vísperas de disolverse el imperio, y en Constantinopla poco antes de caer en manos de los turcos y en Francia y en

Europa entera en el período que antecedió al derrumbe del viejo régimen. Es un ejemplar que llega a considerar inútil la distinción entre el bien y el mal, que conceptúa al mundo, como una gran farsa que no merece la pena de ser tomada en serio. Es un elemento que no aporta al triunfo del bien o a la derrota del mal, ni el concurso de su brazo, ni el esfuerzo de su inteligencia, ni el influjo de su dinero: que vive *de* la sociedad, mas no *para* la sociedad. Es un original de la inercia frente a los más grandes peligros, que por otra parte ni siquiera advierte. Es un derrotista que con su palabra saturada de pesimismo y su ejemplo enervante, resta a las huestes de la defensa social, un número crecido de soldados. Esa figura no llega a ser hombre, en el verdadero sentido de la palabra; se contenta, y así lo dice él mismo, reeditando en pleno siglo XX la frase de Horacio, se contenta con ser uno de la grey de Epicuro. El escepticismo moral es la forma suprema del egoísmo. Y mientras el escepticismo moral desarrolla en las altas clases ese sentimiento desorganizador, en las capas inferiores de la sociedad germina otro sentimiento igualmente antisocial: "la envidia", con su infaltable corolario: "el odio". El pueblo, a quien se ha inoculado el materialismo, desea gozar y como nada entiende ni de las dichas ni de las torturas del espíritu, anhela la posesión del goce con la misma plenitud material que supone en los ricos. Advierte y compara su inferioridad, en el orden de las satisfacciones físicas y reivindica para sí el derecho de conquistarlas. Es muy de notar cómo, gracias al materialismo, la envidia ha llegado a confundirse, en la conciencia popular, con la justicia, y el afán de igualarse, con el derecho. Las aspiraciones populares se han venido concretando a la materia, porque siempre se le está hablando de reivindicaciones económicas y casi nunca se le inculca el anhelo de mejoramiento en el orden intelectual o moral. Ni en esta época que los

revolucionarios llaman de transición, ni en el período del nuevo régimen, la era colectivista, se le enseña que debe esperar bienes para el espíritu. Todas las promesas de felicidad se circunscriben a la vida física. Pero los bienes materiales no los podrá conseguir sino arrebatándolos a sus actuales poseedores, la clase rica de los llamados "burgueses", pues a diferencia de los dones del espíritu, no pueden ser disfrutados simultáneamente por todos, sin que nadie sufra merma. De ahí que el proletariado al envidiar a los poderosos, se considere dentro de la justicia y al preparar el asalto, con el propósito de apoderarse con violencia de sus caudales, estableciendo la igualdad absoluta mediante el comunismo, se crea dentro del más estricto derecho. En todas las épocas han existido hombres que envidiaban y odiaban, pero lo que asume proporciones nuevas y alarmantes en nuestros días es que estos sentimientos se presenten con dos características, hasta ahora desconocidas: la primera de ellas consiste en que no son individuales, sino colectivos, no apareciendo como manifestaciones de elementos perversos sino como fenómenos propios de colectividades enfermizas; no como pasiones personales, sino como vicios de clase, es decir, bajo un aspecto y con un alcance netamente social; y la segunda estriba en que lejos de ser considerados como instintos criminales, alcanzan los honores de sentimientos justos. Tales son sus pavorosos caracteres, y así los calificamos porque nos revelan con profunda elocuencia que nos aproximamos a la disolución social.

V

Debilidad de los conductores

La difusión de estas ideas y la preponderancia del egoísmo dan prontamente sus frutos en el orden material. Elimi-

nada la noción cristiana del trabajo, éste, ya no es ante los ojos del pueblo, la ley divina impuesta a la humanidad para que con el sudor de su propia frente, fortifique su cuerpo y redima su alma, cooperando a la prosperidad general, con el aliciente del progreso propio. Mirado desde el punto de vista anti-cristiano, es sólo un yugo que humilla y una dura consecuencia de la inferioridad social. Por lo tanto, cada vez se trabaja menos y peor; el trabajo disminuye en cantidad y calidad. ¿No es esto lo que está aconteciendo en el mundo, precisamente en una hora en que debiera esperarse todo lo contrario, para no extremar siquiera el hambre general?

En España, que se había librado de la guerra, los patrones llegan a proclamar que la producción se torna imposible totalmente, por causa del egoísmo de ciertos sindicatos obreros, que ponen sus utilidades particulares y pseudo-profesionales, por encima de los intereses de la justicia y del bienestar común.

No hace aún dos meses, el presidente de la República Alemana declaró, que si no concluía el sistema de requerir siempre menos horas de trabajo y mayor retribución, se llegaría inevitablemente a un desastre, pues no alcanzaría la producción para alimentar a los habitantes, ni se podría obtener el capital indispensable para costear los alimentos que fuese necesario importar. Y pocos días ha, el jefe del gabinete de Inglaterra, ante la cámara de los comunes, expresó: "En todos sentidos estamos gastando más y ganamos menos; estamos consumiendo más y produciendo menos. Estos son hechos que no deben existir". Y agregó las siguientes palabras, que no necesitan comentario: "Nosotros jamás lograremos mejorar los asuntos, hasta que consigamos aumentar la producción, pues de lo contrario nos veremos obligados a reducir, aún a términos más inferiores, las condiciones de vida en este país, y podría llegar el caso de no quedar otra alternativa, que la

de abandonar esta tierra por la que hemos luchado durante cuatro años..."

Y al siguiente día de pronunciadas las anteriores palabras y otras quizás más alarmantes, que suprimimos, obtuvo como respuesta del "leader" de los mineros, que todos los jefes de la Federación, antes de las declaraciones del gobierno cooperaban con él, pero que después de tener conocimiento de sus propósitos, ellos no moverían un solo dedo para aumentar la producción, sino que por el contrario, harían cuanto estuviese en su poder para derrocar a la autoridad lo más pronto posible, y todo eso, por la razón de que el primer ministro se había rendido completamente a las fuerzas reaccionarias.

Nótese cómo en la mayor parte de esas reivindicaciones se olvida lo espiritual, prescindiéndose al mismo tiempo, de la ciencia y de la moral. La ciencia enseña que a menor producción, corresponde mayor encarecimiento de la misma; la moral predica que el hombre no debe concentrarlo todo en sí mismo, sino que debe tener en cuenta a la sociedad de que forma parte. Pero la moral ha sido debilitada, cuando no destruída del todo, por el materialismo. Quedaban únicamente los postulados de la ciencia; mas ésta, aparte de que no alcanza a la muchedumbre, resulta ineficaz, cosa que por otra parte no debe extrañar, pues desde el poeta pagano que dijo "video meliora, proboque, deteriora sequor" hasta Herberto Spencer que en su libro "Faets and conments" constata que uno es el orden intelectual y otro el volitivo, y que no basta conocer que una cosa es buena, para hacerla; siempre se ha reconocido que la eficacia de las enseñanzas científicas sobre nuestra conducta práctica es muy pequeña. Y así, mientras en el pueblo la acción de la envidia y el odio, se viene haciendo formidable, arriba el influjo del egoísmo y del escepticismo viene disminuyendo la capacidad social de resistencia.

VI

Las sociedades no se matan: mueren solas

Los hombres egoístas y escépticos, se obstinan en negar la realidad y abandonar la tarea de conjurar la crisis. Parece que reeditan la conocida frase de Luis XV "después de mí el diluvio". El afán de enriquecerse no reconoce vallas. En uno solo de los países beligerantes, se ha podido constatar, por la tasa del impuesto sobre la renta, que en dos años de guerra han surgido quince mil nuevos millonarios a costa del hambre general. Y en nuestro país, doloroso es confesarlo, no han faltado tristes ejemplares. Los gastos improductivos no disminuyen ni en vísperas de las más formidables convulsiones; el lujo sigue siendo el mismo, la frivolidad, es decir: "la atención de las cosas grandes, substituída por la preocupación de las pequeñas", va en aumento. Se baila, se bebe y se ríe sobre el volcán. Cada cual subordina los bienes sociales a su exclusiva felicidad. Y los que enseñan y proclaman la necesidad de la reflexión, ni siquiera son comprendidos; en cuanto a los que predican el sacrificio, son considerados alarmistas y anacrónicos. Las doctrinas ambientes impiden que se puedan penetrar las razones que ellos aducen: éstas pertenecen al ámbito de la conciencia, y la moral es negada, ya sea en sí misma o en sus fundamentos doctrinarios.

Mientras por una parte, se plantean desde abajo agitaciones, a las cuales la sociedad no puede resistir, sino en virtud de una extraordinaria robustez, a base de severos principios de orden y de una regla moral, amada y practicada, por otra parte, con una extraña inconsciencia, se destruyen desde arriba, sistemáticamente, en la sociedad, todos los elementos de consolidación. Es un verdadero caso de "manía del suicidio" y una triste comprobación de la gran verdad ence-

rrada en esta frase: ¡a las sociedades no se les mata; ellas solas mueren!

Por estos caminos, las sociedades marchan espontáneamente a pasos agigantados hacia la crisis definitiva.

VII

Neutralización de los apóstoles cristianos

Es un hecho, que la muchedumbre entregada al impulso de sus instintos, no reacciona jamás elevándose, hacia el orden; se inclina siempre a la izquierda, a la revolución.

Diariamente estamos comprobando que las fracciones menos revoltosas se dirigen al campo de las más avanzadas. Las fusiones que se realizan, aquí como en otras partes, se operan por la absorción que los más exaltados realizan de los menos audaces.

Y la explicación del fenómeno consiste en que la pasión es más poderosa que el discernimiento en las multitudes. Añádase que los falsos moralistas de las altas esferas y los agitadores en el pueblo, las empujan siempre fatalmente hacia la izquierda, porque hablan en nombre de su propio egoísmo, a la pasión popular. Unicamente los apóstoles han sido capaces de llevar las muchedumbres hacia el orden, hacia la moral, hacia el sacrificio. No hablaban inspirados por el egoísmo, no predicaban en nombre de la sola razón, no invocaban las conveniencias generales abstractas; adoctrinaban en nombre de la abnegación, base de la moral. El agitador se dirige a la pasión y el sabio a la mente; pero aquélla es lo menos racional que hay en el hombre, y ésta una de sus facultades, pero no constituye todo el hombre. El ser humano no es solamente luz; es además, fuerza. Tiene inteligencia y posee voluntad, y por eso, para llevarlo a la virtud, es ne-

cesario ilustrar a la primera y determinar la otra; es lo que ya expresaba Platón, en aquella frase: "hay que ir a la verdad, con toda el alma".

Ved ahí el secreto que explica la eficacia de los apóstoles. Ellos no eran agitadores de la muchedumbre, ni poseían títulos universitarios; eran abnegados confesores de la fe, que con su predicación se dirigían al hombre integral, y con su virtud edificaban, porque la palabra seduce pero el ejemplo arrastra. Ellos no eran filósofos en el concepto vulgar de la palabra, pero eran pobres voluntarios, verdaderos santos, futuros mártires. Ahora bien; el materialismo no puede tener propagadores exclusivamente consagrados a su doctrina, con voluntaria renuncia de sus pasiones, por motivos obvios, y en cuanto a los apóstoles del cristianismo, en virtud de la manía suicida a que antes hemos hecho referencia, se los procura exhibir ante la muchedumbre, a través de un cristal de desdén y menosprecio; se los quiere neutralizar, y lo más grave consiste en que aquellos mismos que tienen el deber de comprenderlos y que debieran alentarlos, suelen ser precisamente quienes les imputen móviles subalternos y tortuosas intenciones, amargándoles el alma con inoculaciones de acíbar; siendo lo más doloroso verlos combatidos, por aquellos a quienes pretenden salvar aun a costa de grandes sacrificios. De modo que inconscientemente se facilita la marcha de la multitud hacia la izquierda. Todo la impulsa, nada la detiene. No hay un solo elemento, dentro de la corriente materialista, que sugiera una esperanza de reacción. Unicamente podría invocarse la fuerza, pero más adelante expondremos lo que debe opinarse de su eficacia. Por ahora bástenos decir que la violencia fácilmente se torna contra la misma sociedad, y entonces se transforma en el factor decisivo, no del advenimiento, sino del tiempo de la revolución social.

VIII

Derrumbamiento de las instituciones

Supongamos que los elementos indicados continúen su acción perturbadora; que el egoísmo materialista y el escepticismo moral sigan desarrollándose en las altas esferas; y que se intensifiquen la reacción colectivista y la pasión igualitaria, igualmente incrédulas y materialistas del pueblo: llegará fatalmente un momento, en que el equilibrio social se rompa. Es una consecuencia de absoluta exactitud matemática. A fuerza de materializarse una sociedad, se esfuma el espíritu que daba vitalidad a su organismo, quedando, entonces, sólo la riqueza, según frase de un escritor, como "la armadura" del esqueleto sustentador. En tal momento las pasiones que se entrechocan provocan una conmoción tan intensa que el equilibrio se rompe, y como están carcomidos los cimientos, las instituciones se derrumban. ¡Esa ruptura de equilibrio es la revolución social!

IX

Los tristes ejemplos europeos

Hoy ya no es necesario profetizar. Antes, y nos referimos al último lustro, se podía discutir acerca de las consecuencias posibles de las sociedades en que actuasen libremente, factores como los anteriormente mencionados, y hasta se podía tachar de exagerado al heraldo que pronosticara catástrofes espantosas, dolores sin cuento, destrucciones y pérdidas, irreparables durante décadas enteras. Hoy resulta inoficioso hablar en "futuro"; es preciso usar el "pretérito": ya hemos constatado en la realidad hasta dónde se puede llegar.

La revolución social en Rusia, Hungría y Baviera, ha

dado los frutos que era lógico esperar. Y si se tiene en cuenta que la doctrina predicada en nuestro país, es exactamente la misma que sirvió de base a la constitución comunista de las citadas comarcas; si se recuerda que Rusia es un país fertilísimo, y que Baviera es un pueblo instruído y culto y que ninguna de esas dos ventajas les impidió sucumbir por un tiempo, y caer en terribles excesos, todavía no suficientemente conocidos; parécenos que no resultará exagerada nuestra voz al pedir empeñosamente un esfuerzo de calurosa solidaridad para asegurar la paz y salvar la patria.

X

La realidad más potente que el relato

Necesitamos desvirtuar, previniéndola, una posible observación. Algunos, quizá, de los que han escuchado nuestra palabra al notar la insistencia con que, cumpliendo un penoso deber de apostolado, demostrábamos la posibilidad de próximas convulsiones, hayan sentido la tentación de reprocharnos la rigurosa claridad de la exposición, al anunciar, si los acontecimientos no tuercen el rumbo, con certeza, el hecho de la revolución social. Si así fuera, rogámosles que mediten sobre la interpretación del siguiente relato histórico. Amonestó un día el rey Luis Felipe de Francia, a Monseñor Affre, Arzobispo de París, porque el clero se mostraba demasiado independiente del poder civil y quería establecer doctrinariamente límites a su alcance, que el rey consideraba ilimitado, y agregó: "Ustedes cantan demasiado alto el *"deposuit potentes de sede"*, versículo del *Magnificat* que traducido, dice: "los poderosos fueron derribados de su trono". Y el prelado le respondió: "Sí, pero tenga en cuenta Vuestra Majestad, que realizan esa tarea los que no lo cantan".

XI

Exhortación

No queremos descender de la sagrada cátedra, ni abandonar este recinto, sin que nuestras almas se reanimen al sentirse tocadas por el rayo de luz, que horada la densa oscuridad del horizonte.

De la misma manera que el organismo humano postrado por la enfermedad, tendido en el lecho del dolor y llegado al borde de la tumba, puede recobrar la vida, gracias al estímulo que provoca la reacción de sus últimas reservas; el organismo social, a pesar de la gravedad extrema de su crisis, tiene recursos para salvarse de la muerte, si reaccionan a tiempo las reservas providenciales, en que ocultamente se concentra la vida, que parecía definitivamente alejada de sus miembros.

He ahí, el rayo de luz en medio de la oscuridad ambiente. El iluminará del todo nuestra última conferencia. Por ahora limitémonos a expresar que debemos formar parte de esas providenciales reservas que Dios utiliza para salvar a los pueblos. No nos volvamos indignos de ser participantes de la omnipotencia de la fe, de la esperanza y de la caridad de Cristo, que despertó la vida en el sepulcro de Lázaro, su amigo muerto; y veremos cómo, aún cuando la sociedad a quien amamos, estuviese deshauciada por los que anhelan su extinción y también por los pesimistas y los falsos redentores, encontraremos dentro de nosotros mismos, energías bastantes para poderle decir con eficacia: levántate de tu postración, corta las ligaduras de los que te agobian y marcha resueltamente a la realización de tu destino, por la senda de la libertad, del progreso y de la gloria.

4

MEDIOS DE EVITARLAS

I

Los contraproducentes, los incompletos, los eficaces

En presencia de la terrible conmoción social a que estamos abocados y de cuya gravedad nos advierte constantemente el telégrafo, no hay sino dos actitudes posibles: o cruzarse de brazos y aguardar atemorizados la catástrofe, con la remota esperanza de que el exceso mismo de los males, producirá la reacción en el pueblo, o buscar los medios de evitarla y aplicarlos con decisión. El desaliento procede de la cobardía moral, de la voluntad quebrantada, de un estado enfermizo del alma. Proviene a un mismo tiempo del escepticismo moral y del egoísmo material, que engendran aquel tipo, conocido en la decadencia de las sociedades y que se caracteriza por su actitud negativa, de no aportar al triunfo del bien o a la derrota del mal, el esfuerzo de su brazo, ni el trabajo de su inteligencia, ni la eficacia de su dinero, viviendo siempre, a expensas de la sociedad sin contribuir jamás a su consolidación. Pero esa actitud indigna, descalifica a los que se glorían de ser, como ellos mismos lo dicen, "de la grey de Epicuro".

Debemos, pues, optar resueltamente por la resolución de buscar los medios de conjurar la crisis, aplicándolos con generosa decisión.

Múltiples son y de índole diversa, los recursos que se proponen, pudiendo ser clasificados, para proceder con método, de la manera siguiente: medios contraproducentes, medios incompletos, y medios eficaces.

II

Contraproducentes: el colectivismo

Merecen la calificación de contraproducentes, los medios indicados por los socialistas y colectivistas de toda especie, adversarios del régimen actual. Aseguran ellos que si se quiere evitar la caída en las garras del anarquismo, que sería la destrucción total, es necesario admitir franca y paladinamente su sistema: socialización de la tierra, de las grandes industrias, del transporte y reconocimiento de la supremacía política de los sindicatos obreros, y privación al mismo tiempo de toda su autoridad, a los grupos patronales. Y como perfeccionamiento complementario, resoluciones tan importantes, como las siguientes: disolución del vínculo matrimonial, mediante el divorcio, no sólo por consentimiento mutuo, sino también por la voluntad de una sola de las partes; supresión absoluta del derecho de testar y monopolio total de la enseñanza, en manos del estado. No agregan, pero ello es evidente, que tal estado de cosas no podría subsistir largo tiempo, siendo por lo tanto una transición al colectivismo absoluto. Tales condiciones han sido propuestas, últimamente, en varios documentos de importantes agrupaciones obreras europeas y norteamericanas, y muchas de las huelgas "políticas" que estallan sucesivamente del otro lado de los mares, no tienen otro fin, que el de imponer su aceptación. ¿Qué resultado se obtendría con la elección de tales medidas?

Vivimos en una época que nos permite apelar no sólo a

la razón íntima de las cosas, sino también a la comprobación de los hechos, para constatar que entregada a la colectividad la riqueza particular, se torna de inmediato, menos productiva. Ahora, merced a los lamentables y a veces criminales excesos de los que abusan del régimen actual, el costo de la vida es caro; pero si el cuasi-colectivismo llegara a implantarse, los recursos indispensables para vivir se tornarían inaccesibles, porque desaparecerían sencillamente. Por lo que respecta a los bienes del estado, confiados a la muchedumbre, la experiencia de los hechos establece que corren la misma triste suerte de los bienes particulares. Al llamar la atención sobre aquella cualidad psicológica de las muchedumbres, por la cual prepondera en ellas la pasión sobre el raciocinio, dijimos que ese fenómeno originaba en ellas una credulidad excesiva, punto de apoyo utilizado por los agitadores, para lanzarlas a la conquista de sus promesas, sin preocuparse de las transgresiones que debieran perpetrar, ya que la sensación de la culpabilidad queda como diluída en la multitud; y que por lo tanto la responsabilidad de los atentados colectivos, por lo mismo que es de todos, aparece como obligación de nadie. Debemos en esta oportunidad agregar que lo propio acontece en la muchedumbre, con respecto al manejo de los bienes, que pasan a su dominio.

Tal desempeño siempre resulta funesto por la razón de que, su responsabilidad, al distribuirse entre todos, resulta en la práctica que no recae sobre ninguno. Por lo demás, no es preciso insistir sobre estos puntos. El proceso del colectivismo mitigado, preconizado por ciertos conductores de la multitud impaciente, ha sido hecho reiteradas veces. Y si se observa que no satisface los apetitos encendidos, que no es más que una prolongación, empeorada, de la situación actual, se comprenderá que su adopción significaría de hecho un salto dado hacia la crisis social, dentro de las peores condiciones ima-

ginables. El pueblo habría dejado de serlo en el verdadero sentido del vocablo, para transformarse en una multitud de individuos disgregados. ¡Y rotos los vínculos de la sangre que los enlazaban a una misma familia, y los de la creencia que los ataban a una misma religión y los de la propiedad que los sujetaban a un mismo suelo y los de la tradición que los aseguraban a una misma patria, figuran almacenados, pero desunidos; yuxtapuestos, mas disgregados como el polvo del desierto, inestable para la edificación, y siempre dispuestos a levantarse con los remolinos sociales que engendra la pasión, sin otra acción en perspectiva, que la de unirse para caer amasados en un mismo fango o coagulados en una misma sangre!

III

El salariado inseguro, la insuficiencia del jornal

Consideremos ahora los medios incompletos. Es indiscutible que la suerte del asalariado es precaria y que se imponen numerosas mejoras de orden económico. El trabajador no tiene asegurado el presente, ni garantizado el futuro, ni salvaguardada su dignidad de hombre. No tiene asegurado el presente en primer lugar porque merced a las deficiencias del régimen económico actual, los precios de la mano de obra cambian bruscamente. A un período de producción intensa, durante el cual los salarios son buenos, suceden épocas de estancamiento, en las cuales no hay trabajo, produciéndose el paro forzoso. En segundo lugar, porque los precios de los artículos de consumo, gracias al agio, a la especulación, a los acaparamientos y a los trusts varían tan violentamente como los salarios. En tales condiciones si es difícil de establecer el presupuesto del rico, la operación tórnase imposible para fi-

jar el del obrero. Y en tercer lugar porque está casi siempre en la imposibilidad de hacer economías, pues el salario no le alcanza de ordinario para sustentar a su familia. La mejor demostración de ello la presenta la cantidad crecidísima de mujeres solteras y de madres, que se ven obligadas a trabajar, para sumar su estipendio al de sus padres o maridos: mujeres todas ellas, que teniendo también un corazón, no desoirían jamás los sentimientos de su dignidad y sus afectos, para arrancarse del hogar y concurrir a una fábrica, a no sentirse empujadas por la cruel necesidad. Y en esta situación, un accidente cualquiera que impida la labor, deja en la miseria, al hombre asalariado con toda su familia.

No tiene garantizado el futuro. La ancianidad es para el obrero una formidable amenaza. Se nos refieren historias edificantes de simples trabajadores que llegaron a enriquecerse y cuyos descendientes figuran entre los principales acaudalados del país. Pero no se tiene en cuenta que ello depende o de especialísimas y nada vulgares condiciones de inteligencia, o de circunstancias que en raras ocasiones se presentan reunidas. Es un hecho indiscutible que la inmensa mayoría de los asalariados, aun los más honorables y económicos, envejecen sin mejorar la condición. ¿Y qué es del obrero anciano, obligado a vivir de la ayuda de sus hijos, obreros ellos mismos y por lo tanto escasos de recursos?

El trabajador, en fin, no tiene asegurada su dignidad de hombre. Ha escrito Santo Tomás de Aquino y es frase repetida por León XIII, que para la práctica de la virtud se necesita un mínimum de comodidad en la vida. Ya los antiguos decían "el hambre es mala consejera y torpe la miseria". Una pobreza, rayana en la miseria, doblega de ordinario los caracteres. Concentra toda la actividad sobre la conquista del mendrugo cotidiano e impide o coarta el desarrollo intelectual, lo que equivale a decir que excita los instintos, lo menos no-

ble que tiene el hombre, y atrofia sus más altas calidades. De hecho vemos que ninguna muchedumbre es más propensa a las sugestiones del sentimentalismo, a las incitaciones irrazonadas, que la multitud obrera. La causa de ello estriba en lo que acabamos de indicar. Y esto marca naturalmente una disminución de la dignidad humana. De ahí que el obrero pierda tan a menudo su independencia, dejándose dominar por los agitadores y que se transforme en una amenaza formidable y permanente para el orden social.

IV

Necesidades de conciencia

Es evidente que ciertas medidas de orden económico, están llamadas a conjurar no pocos de estos males. Organícese por lo tanto la producción y el consumo en forma tal, que la especulación tenga sobre la una y el otro una acción cada vez menor. Establézcase el seguro contra el paro forzoso. Créense y ayúdense las cooperativas de consumo. Facilítese al asalariado la obtención de una casa higiénica y barata, donde pueda vivir independiente y feliz con su familia. Unase la iniciativa privada a la pública, para constituir las pensiones a los inválidos por enfermedad o vejez. Adóptense otras medidas del mismo orden y en algo se habrá remediado el mal.

Hemos dicho en algo, porque debemos formular una observación fundamental. No vaya a pensarse, como suele acontecer, que los medios indicados son suficientes para remediar el mal y mucho menos para prevenir la catástrofe, que mediante su adopción se desea evitar. Tales recursos por sí solos resultan incompletos. Al lado de las necesidades puramente naturales, existen las artificiales que suelen ser más difíciles de satisfacer que las primeras. El alcohol por ejemplo y el

lujo son exigencias artificiales. Y hay hombres que dejan el alimento por aquietar la necesidad del alcohol. Y los hay que buscan la muerte por no poder saciar la exigencia del lujo. Y las necesidades artificiales no son hijas tan sólo del grado de civilización sino también, y sobre todo, del desarrollo de las pasiones. La depravación multiplica las exigencias artificiales. Y el hombre que no puede alimentarlas, se considerará desdichado y estudiará la manera de poderlas aplacar.

Si, pues, una constante prédica doctrinaria ha infundido en la conciencia del pueblo, la convicción de que tiene derecho a la totalidad de los bienes económicos, de que los ricos son sus injustos detentadores y de que el colectivismo, en cualesquiera de sus formas, mediante la revolución social, es el medio necesario para obtenerlos; se ha creado en las masas proletarias una necesidad artificial violenta, que no se aquietará con mejoras económicas parciales, incapaces por ende de contentar a quienes se sienten con derecho a todo. Precisamente el desconocimiento, bastante generalizado, de esa verdad fundamental y primaria, condenará por siempre al fracaso a cuantos intenten con medidas exclusivamente económicas, detener el estallido de la crisis social. Esos recursos serán vanos, si no van acompañados de la acción transformadora no sólo de las necesidades puramente naturales, sino también de las artificiales, más imperiosas a veces, provocadas en la conciencia popular. De ahí, la ineficacia de los sistemas doctrinariamente neutros, en la beneficencia económico-social. Grave error pensar que sólo los cuerpos están necesitados; hambrientas están además y en manera extraordinaria, las conciencias. No se detendrá la revolución social, únicamente con oro o con pan. Si su motivo originario radica en gran parte en las inteligencias y las voluntades, ilusorio resulta imaginar que se la impedirá, actuando únicamente sobre la vida física.

V

Insuficiencia del Estado

Analicemos, ahora, otros de los medios preconizados, tanto para remediar el mal cuanto para contener su desenlace. Ante los grandes conflictos, es frecuentísimo el recurso al estado. Ello nace muchas veces de errados conceptos doctrinarios, pero surge también con demasiada frecuencia, de la falta de iniciativas particulares y de la debilidad de los caracteres. La apelación al estado en estos casos, es una manera de desviar las responsabilidades para descargarlas sobre una entidad anónima e impalpable, de quien se esperan procedimientos maravillosos y a quien si éstos no se producen, se criticará enérgica e impunemente. En realidad, si es cierto que el estado es poderoso y tiene obligaciones grandes, también lo es que ni puede ni debe hacerlo todo. Pasemos a demostrarlo.

El estado dispone de la ley y de la fuerza. Ahora bien; ni la una ni la otra alcanzan hasta las raíces del mal.

Admitimos que la ley es necesaria; más aún que es indispensable. Santo Tomás de Aquino la define sabiamente diciendo que es una ordenada disposición, tendiente al bien común, y promulgada por la autoridad del estado. La finalidad misma de la ley, el bien común, demuestra desde luego, que ella es protectora del orden social. Una disposición injusta, que va contra el interés general, repugna a la definición misma de la ley. Y el estado que tiene por fin el bienestar social posee el derecho y tiene el deber de dictar las condiciones conducentes al mismo. La acción legislativa abarca una inmensa órbita, y León XIII en su encíclica "Rerum Novarum" señaló su vastísimo programa, en el terreno de las reformas sociales, en una época en que la mayor parte de los maestros de la economía política negaban o reducían a un límite estrechísimo la intervención del estado.

Reconocemos, pues, la misión grandiosa de la ley y lamentamos el olvido culpable de este medio, que tanto podría contribuir a la pacificación y al progreso de la sociedad. Pero no debemos esperar de la ley, más de lo que ella pueda efectuar. En primer término la ley sólo está en condiciones de reglamentar las necesidades realmente sentidas. Si así no procede, resulta ineficaz. De ahí la esterilidad y el fracaso de tantas disposiciones legislativas, porque el pueblo al no sentir la necesidad que la ley intenta remediar, la infringe y desacata. Síguese de ello, que a la sanción de la ley debe preceder un trabajo de preparación del alma popular. Si un proyecto repugna profundamente a la mentalidad colectiva, será resistido y rechazado; la iniciativa vivirá sólo en el papel. Dedúzcase, por esto, la importancia que tienen las ideas en boga, las doctrinas que saturan el ambiente. Un pueblo impregnado de socialismo revolucionario, anulará las leyes de tendencia moderadora. Y sobre esto, el estado no podrá absolutamente nada, porque la ley no alcanza hasta las conciencias; se impone exteriormente pero no es capaz de modificarlas fundamentalmente. En realidad, la ley sube primero del alma popular al gobierno y, después, desciende sobre el pueblo. Cada nación tiene forzosamente las leyes que corresponden a su mentalidad y rechaza las que a ella se oponen. De ahí también, que sea inútil el intento de la reforma social, por el medio único y exclusivo de la ley, desde el momento que el mal social, según se demostró anteriormente, radica en las inteligencias enfermas.

VI

La fuerza menos eficiente que la ley

La fuerza es menos eficiente que la ley: "En este mundo, decía Napoleón, hay dos fuerzas: la de la espada y la de la

idea. A la larga, la espada es vencida por la idea". En efecto. La fuerza es una acción pura y absolutamente externa, que despierta resistencia en quien la padece. El hombre que es objeto de coacción exterior, no se aproxima a las ideas de quien la ejerce; se aleja de ellas, por natural reacción. Tan es así, que el propósito de quien emplea la fuerza, no es lograr la aceptación de sus ideas, sino obligar a los que militan en contrario campo a permanecer en quietud sin propagar sus teorías. La fuerza no transforma a un pueblo, no cambia a una clase social, ya que toda evolución se inicia en el pensamiento, y éste ni se borra ni se graba en las almas, con la punta de la espada. Suele olvidarse por otra parte, con demasiada frecuencia, que el ejército y la policía se constituyen de elementos humanos, por consiguiente impresionables, y que el servicio militar obligatorio, al incorporar a las filas a todos los proletarios, los inicia en el ejercicio de la fuerza disciplinaria. Las legiones rojas, por lo tanto, como lo demuestran los hechos contemporáneos, no son imposibles. Vemos que los propósitos subversivos penetran en los encargados de custodiar el orden social y de sostener el principio de autoridad. En todas partes se comienza por los "consejos de obreros y soldados", término muy significativo, que revela con evidencia, que, al sobrevenir el momento de crisis, aquellos mismos en quienes confiaban los partidarios del régimen social materialista, llevarán a cabo la tarea de la destrucción (1).

(1) En su libro "La greve generale", de 1913, describe Van Overbergh una entrevista con Liebknecht (padre) en la que el "leader" maximalista pronuncia palabras, de un sentido profético extraordinario, que hoy, después de seis lustros, adquieren gran valor.

En la redacción del "Worwarts" de Berlín, dice, hará como veinte años, tuve ocasión de conversar con Liebknecht, acerca del "estado futuro" y de la manera de implantarlo. "¿Qué sabemos nosotros de la forma en que surgirá la sociedad futura? ¿Será con ocasión de una guerra europea, del mismo modo que la comuna de París? Esta hipótesis no tiene

Las colectividades no se fundan, ni prosperan, ni mueren, por la acción de agentes materiales, sino en virtud de factores morales. Es una bella aplicación del enunciado bíblico: "Si Dios no defiende la ciudad, en vano vela por ella el que la cuida".

Es sin embargo la fuerza indispensable, en ciertas circunstancias y, ¡ay de la política social inspirada en la debilidad que cede ante cada amenaza, porque se manifiesta de antemano, condenada a muerte! Las multitudes ceden a la fascinación del misterio y de la fuerza. Experimentan la necesidad de soportar siempre alguna tiranía. No sacuden la dominación de arriba sino para sucumbir a la dictadura de los demagogos. Así la realidad de las cosas, las vacilaciones de la fuerza. constituyen el mayor peligro para el orden social. Y bueno es que todos los magistrados tengan presente la advertencia que un célebre publicista hacía al gobierno de Francia, poco tiempo ha: "Entre gobernantes tímidos inclinados ante todas las amenazas y un poder autocrático, como el de la confederación del trabajo, la multitud no duda". Con todo, se debe reconocer que la espada protege, pero no cura. La fuerza destruye ciertas dificultades que impiden iniciar la resolución acertada del malestar social; pero aún carece de eficacia para remediarlo por sí misma.

nada de imposible, en nuestros países de servicio militar obligatorio; todos nuestros socialistas han sido soldados y saben utilizar las armas modernas, como sus hermanos de conscripción; nosotros contamos dentro de la organización socialista con oficiales de reserva y antiguos jefes, en número considerable. Si nosotros llegamos a conquistar algunos arsenales, en el momento favorable, las grandes ciudades y las concentraciones industriales serán nuestras con toda certeza. ¿Qué podrá hacer contra los socialistas armados, un ejército desmoralizado por la derrota y cuya mayoría participa de nuestras ideas?

VII

Totalitarismo

Encomendar al estado la totalidad de la tarea, es ir directamente al cesarismo, bajo una cualquiera de sus formas. El cesarismo no es solamente el imperio de una individualidad absolutista que resume en sí y ejerce todos los poderes; es también el gobierno de una burocracia impersonal y absorbente, por una parte armada de la ley, de facultades omnímodas y por otra, perezosa e incapaz de pensamientos coordinados y metódicos. Nada más tiránico en este mundo que la burocracia, porque nada hay más irresponsable. La responsabilidad que carga íntegramente sobre el tirano, cuando éste es único, se subdivide en dosis homeopáticas cuando se compone de millares de individuos. Se refiere de un mártir, San Casiano, que murió torturado a alfilerazos por la multitud. Imaginamos que esta muerte es incomparablemente peor, que la de otro mártir cualquiera que sucumbiese degollado. De todas maneras, el cesarismo es propio de las sociedades enfermas que van por el camino de su disolución, pues revela que los individuos y las asociaciones naturales que las forman, ya no se sienten capaces de resistir y evitar los males que padecen y que, debilitadas, exhaustas, rotos los organismos sociales, inician con la propia, la decadencia general.

Por fin, sería bueno que los que pretenden confiar exclusivamente al estado, toda la tarea de la curación del malestar, recordaran que, sin darse cuenta de ello, coinciden con los más exagerados comunistas. Éstos, en efecto, sobre todo los colectivistas, aspiran a entregar al estado la suma de todas las potestades, convirtiéndolo en representante de la sociedad y delegado suyo, en propietario, administrador, industrial, patrón y maestro único. Y es esto mismo lo que realizan prác-

ticamente los que reclaman del estado y únicamente de él, la solución del problema social. Quieren que el estado tome las iniciativas, indique los caminos y señale las normas, absorbiendo así todas las actividades. Se proponen un fin distinto del que persigue el socialismo colectivista, pero poseen el mismo espíritu e idéntica mentalidad. Y no podrán evitar que siendo para la muchedumbre la doctrina colectivista más seductora que la que ellos pregonan, se incline el pueblo hacia la doctrina revolucionaria. Los cesaristas de todo género, están condenados al fracaso, porque manifiestan tener, de la sociedad, un concepto errado, al hipertrofiar su autoridad, tornándosela monstruosa, hasta lograr que absorba la vitalidad toda del organismo social.

VIII

El Problema Social, Problema Moral

Dentro, pues, de las teorías materialistas, no se halla solución posible para el problema social, ni medio alguno eficiente para contener su desenlace, que es la revolución. Ni las mejoras económicas solas, ni el Estado con las facultades de la ley o el ejercicio de la fuerza, resultan eficaces. Es preciso, por lo tanto, requerir en otra parte el medio perfecto de evitar la consecuencia funesta de la perturbación social. No olvidemos que según se ha demostrado abundantemente en la primera de estas conferencias, el problema social tiene su razón originaria en un movimiento intelectual que se aparta del cristianismo. Parece, pues, lógico que el remedio no debe hallarse más que en un acercamiento de las inteligencias al cristianismo. Es un error bastante generalizado todavía, si bien menos que hace veinte años, el atribuir al problema social origen y naturaleza exclusivamente económicos. Este

juicio equivocado ha nacido de una impregnación más o menos consciente de materialismo. Nosotros en cambio estamos firmemente persuadidos, —y con nosotros defienden el mismo concepto los que se van acercando a la verdad—, de que el problema social es una cuestión intelectual y moral en primer término, y económica en segundo lugar. Si las inteligencias no hubieran sido falseadas, ni las voluntades pervertidas, los hechos económicos que tantas perturbaciones han determinado no habrían existido.

Hoy a ningún observador es lícito ignorar lo que acontece en el fondo de las cosas. La antigua frase del poeta puede repetirse, con una aplicación trascendental, cual nunca la soñara: "mens agitat molem". La inmensa mole del mundo social está trabajada por hondos conceptos que se combaten: la idea revolucionaria y el pensamiento cristiano. He ahí la verdadera y en definitiva, la única cuestión. Ya no puede haber vacilaciones; es preciso optar y pronto con valentía por uno de los dos extremos.

Los que sincera y eficientemente anhelen cooperar a la paz social, deberán aproximarse al cristianismo. Fuera de él no se vislumbra salvación posible para el mundo.

IX

El catolicismo social, antídoto contra la revolución y la tiranía

El cristianismo, y concretando más, el catolicismo, no es un código de vida religiosa que se refiera simplemente a las relaciones individuales entre Dios y la conciencia; también establece las relaciones de los individuos y de las sociedades entre sí. Por eso, el hombre que posee un cristianismo estrictamente individual, lo practica de manera imperfecta; es in-

dispensable la profesión del catolicismo social, es decir, integral. No sólo debemos amar a Dios; debemos también amar a nuestros hermanos. A Dios damos el nombre de "Padre" y le llamamos "nuestro", haciendo con ello una declaración de fe en la fraternidad humana y estableciendo el dogma de la solidaridad social. De hecho, el catolicismo ha ejercido en las diversas razas y en las diferentes épocas, en el tiempo y en el espacio, una acción social de eficacia indiscutible. Y hoy, hablando con toda sinceridad, deben reconocer los adversarios mismos de la Iglesia, como en efecto lo confiesan, que fuera de ella no existe una doctrina seria y orgánica, que se oponga con resultado positivo a la revolución. Y si pudiera dudarse de ello, bastaría el empeño y encono de los colectivistas de toda especie en atacar al catolicismo, tomando los mismos argumentos de los odiados burgueses, a fin de agregarlos a los de índole propiamente revolucionaria, para demostrar, cuán formidable barrera ven en la Iglesia contra sus demoledores propósitos.

Fáltanos tiempo para exponer aquí, la doctrina social de la Iglesia. Léase la encíclica "Rerum Novarum" y allí aparecerá, condensada en una síntesis de poder insuperable.

No se basa sobre consejos de resignación inerte, ni sobre el aplastamiento de las clases populares por las superiores, ni consiste en la proclamación de los derechos que a éstas corresponden, ni de los deberes que pesan sobre aquéllas. Formulamos esta aclaración porque no faltan quienes pretendan utilizar el cristianismo, como una especie de escudo contra los justos anhelos de los humildes, haciéndolo odioso a los proletarios, sin provecho real para los pudientes, pues la menor modificación introducida en la doctrina dictada por Jesucristo, le suprime su influencia redentora. La base de la enseñanza social de la Iglesia es ante todo la justicia: "quoerite primum regnum Dei et justitiam ejus". Y la verdadera

salvación para unos y otros no se hallará jamás fuera de esa virtud, porque así como el delito individual, tarde o temprano, engendra el remordimiento, la injusticia social y colectiva provoca también su castigo, que es la revolución, y para salir de ella, la tiranía.

La armonía de la doctrina de la Iglesia con las aspiraciones legítimas de las diversas clases sociales, se ha puesto de relieve poco tiempo ha, en una oportunidad solemne. Simultáneamente con las deliberaciones de la Paz, celebráronse en Versalles conferencias entre los representantes sostenedores de las diversas aspiraciones relacionadas con la legislación internacional del trabajo. Ahora bien; las conclusiones a que arribaron hombres tan respetados por su ciencia y experiencia de la vida social, muchos de ellos no católicos, manifiestan una sorprendente consonancia con las doctrinas sustentadas por los católicos sociales.

X

La solución evangélica de la Iglesia dos veces milenaria

Acontece en esta materia, lo que se observa siempre que el intervencionismo de la Iglesia es mirado desfavorablemente. En el fondo su doctrina social, es eminentemente progresista: de los tesoros inexhaustos del Evangelio extrae siempre una solución original para cada nueva dificultad que se presenta. Dejadla obrar.

Su acción no debe suscitar recelos ni en los hijos del pueblo, ni en los de superior jerarquía, porque al restablecer de manera inexorable la justicia, a unos y otros garante contra la revolución social. A pesar de las oscuridades que nos rodean, ella ve bien claro, porque en dos mil años de existencia, ha aprendido la ciencia de perforar la sombra y sondear las

tinieblas. No puede ser aventajada en la tarea de dirigir a los hombres, porque nadie, como ella, ha tratado con más numerosa y diversa gente. Posee ella el secreto de salvar a las sociedades enfermas, porque ha presenciado el nacimiento, el progreso, la vida, la declinación y la muerte de grandes organismos sociales.

Con desinterés incomparable, porque ninguna institución tiene como ella. el espíritu de Dios y su promesa inmortal, en garantía de su propia suerte, procede en su obra regeneradora dentro de la sociedad, a la cual puede comunicar la seguridad y grandeza de su singular destino.

Expresan hoy algunos su lástima por la Iglesia, quizá con un poco de ironía. A todos esos espíritus compasivos, sinceros o no, puede ella responder con el Maestro. "No lloréis por mí; llorad más bien por vosotros y por vuestros hijos". Cristo, en efecto, resucitó glorioso al tercer día; pero la raza deicida no se ha rehecho aún de su desastre y después de diez y nueve siglos no ha logrado sacudir su ignominiosa postración.

XI

La Acción Católica concurre a la defensa de las instituciones

Fundados en estas profundas razones, los obispos argentinos acaban de proyectar una empresa que la historia del catolicismo en la República, consignará en sus anales como el trabajo de mayor trascendencia para la salud de la Patria. A la Unión Popular Católica Argentina, por ellos creada, le confían la realización de una colecta nacional, a fin de poder llevar a cabo un proyecto, cuyas grandes obras sociales coordinadas y armónicas, una vez efectuadas, colocarán a la Re-

pública, a la vanguardia de los países socialmente más adelantados, y traerán como inmediata consecuencia, el restablecimiento y la consolidación de la paz. De ellas, todos quedaremos notificados, dentro de poco tiempo, y para contribuir a su ejecución, va a darse una cita de honor al patriotismo y a la generosidad tradicionales de la sociedad argentina. Con ser ésta, una hora tan cargada de incertidumbres y de peligros, la Iglesia que no teme por su suerte, pero que vela por los destinos sociales del hombre, a quien tiene la misión de salvar, se olvida de sí misma y pide e implora, no para ella, sino para la sociedad, que ha menester del espíritu cristiano y de que su energía vivificante, se traduzca en obras concretas, prácticas e inmediatas, para poder subsistir.

Mas si a pesar de todo, los incrédulos, por animadversiones sectarias y los católicos por desconfianza o egoísmo material desoyen este llamado colectivo, que quiere traer a la sociedad, el cristianismo, téngase presente, que, de hecho, unos y otros serán igualmente cómplices del advenimiento de la revolución social.

Un día del año 1865 celebró el Cardenal Pie, una entrevista memorable con Napoleón III. El eminente prelado exponía al Emperador la necesidad que había de dar a la constitución social una inspiración francamente cristiana. Napoleón, después de escucharlo atentamente, le dijo, que se expresaba con la autoridad de un maestro, pero sin la táctica del gobernante. La política tiene sus exigencias, y es preciso adaptarse a las circunstancias de la hora en que se vive y a las condiciones del siglo. Tales aspiraciones concordaban muy bien con el siglo X, pero no respondían al siglo XIX. El espíritu laico predominaba en las instituciones y en las obras, y si bien el cristianismo permanecía individualmente sano, era imposible pretender que la sociedad lo adoptara como regulador de la legislación, como inspirador de su constitu-

ción y como solución de sus conflictos. Terminado que hubo el Emperador, respondióle el Cardenal: "Vuestra Majestad es un gran político, y yo no soy más que un obispo. Si Vuestra Majestad me afirma que es políticamente imposible el reinado social del cristianismo, debo aceptar lo que me dice. Pero a mi vez y como prelado de una Iglesia dos veces milenaria, expresaré a Vuestra Majestad que si no ha llegado para la sociedad la hora de que Jesucristo reine, tampoco ha llegado la hora de la seguridad para los tronos". Poco tiempo después, Sedán y la Comuna comprobaban la razón del Cardenal.

Poned las instituciones en lugar de los tronos, y la frase tiene aplicación a nuestras circunstancias, porque si los gobiernos son derribados por las revoluciones políticas, las instituciones son demolidas por las crisis sociales.

XII

Para salvar la sociedad

Demostremos al mundo que el individualismo no ha dividido a los católicos en su solidaridad; que el escepticismo moral no ha enervado la fe de los creyentes; que el egoísmo material no ha degenerado a los descendientes de los mártires; que la anarquía exterior no ha penetrado en el santuario; que las reservas providenciales, se han conservado inmunes, para reaccionar a tiempo y devolver la salud y la vida al organismo social.

¡Arriba, pues, los corazones! ¡Sacerdotes, sed populares; católicos, sed sociales; ciudadanos, sed patriotas; ricos, sed benéficos; mujeres, sed apostólicas; hombres, en fin, sed virilmente generosos, porque Dios así lo quiere y la Patria lo reclama! Entreguemos a la causa, unos las horas de tranquili-

dad, otros un poco de su tiempo, éstos la contribución de su inteligencia, aquéllos la eficacia de su dinero y todos, mucho calor del propio corazón, que nada más se requiere, para afrontar con éxito la responsabilidad de esta hora y salvar la sociedad.

II

LA PAZ SOCIAL ARGENTINA

Conferencias improvisadas en el Grand Splendid Theatre con el propósito de exponer las finalidades de la Gran Colecta Nacional

Esta publicación brinda la oportunidad de consignar las constancias siguientes:

Iª — La Unión Popular Católica Argentina, fué creada por el Episcopado Argentino sobre el modelo de la Italiana, a instancias del Sumo Pontífice Pío X.

IIª — El Episcopado Argentino confió a la U. P. C. A. la realización de la Gran Colecta Nacional, dirigida por Mons. Dr. Miguel de Andrea.

IIIª — Con los recursos obtenidos realizó varias de las obras enunciadas, como los cuatro barrios de casas higiénicas y económicas y el edificio de la Liga de Damas Católicas en la calle Montevideo 850. Adquirió la propiedad de la Avenida de Mayo, el valioso terreno de la calle B. Mitre destinado al Ateneo de la Juventud y contribuyó a la construcción de su actual edificio.

IVª — Posteriormente Pío XI introdujo en la U. P. C. A. modificaciones aconsejadas por la experiencia y por su inspiración denominándola "Acción Católica".

Vª — Dichas modificaciones en la organización y en el nombre, fueron adoptadas también en nuestro país.

VIª — Los bienes mencionados y los haberes de la U. P. C. A. pasaron, como era lógico, a la Acción Católica Argentina.

1

LA UNION POPULAR CATOLICA ARGENTINA

I

Necesidad de la unión de los católicos

Nunca tan necesarios como ahora los atributos de la elocuencia. No se trata solamente de influir en las inteligencias y de conmover los corazones; estoy llamado a desempeñar la tarea de golpear a vuestra generosidad, a fin de allegar los recursos pecuniarios que se necesitan para la realización de los objetivos sociales que expondré más adelante. Sin embargo, más que los recursos de la oratoria, valen en este caso las cifras y los datos pertinentes, que en su conceptuosa austeridad, tienen la fuerza requerida para infundir el convencimiento.

¿Qué pasa en el seno de la sociedad argentina desde un tiempo hasta lo presente? Oscuros movimientos de protesta se vienen desarrollando siniestramente, y cuando aplicamos afanosa nuestra atención en procura de la causa determinante de esas sordas inquietudes, descubrimos una minoría audaz, que ejercita con destreza la propaganda subversiva, que confunde y perturba a la masa de los trabajadores. Si examinamos aunque sea superficialmente la población nacional, encontraremos varios millones de habitantes que pertenecen a

la religión católica. Dentro de esta profesión existen en el país 2.500 asociaciones, y se desenvuelven un centenar de centros, constituídos exclusivamente por obreros, con un total de 36.000 afiliados.

En presencia de tales hechos, ¿cuál ha sido la actitud del Episcopado Argentino, para utilizar la inmensa mayoría de la comunión católica y aquietar los espíritus trabajados por prédicas tendenciosas, netamente encaminadas a la revolución social?

En 1902 [1], reunidos los prelados en la ciudad de Salta,

---

[1] El día 20 de septiembre de 1902, en pastoral colectiva, los obispos argentinos anunciaron su propósito de federar las asociaciones católicas del país, dejando a cada una la autonomía y fines propios que le dan sus constituciones, a fin de que todas presten auxilio y concurran a la acción que debe desplegarse en defensa de la causa católica.

En la segunda reunión del Episcopado, efectuada en Buenos Aires, con fecha 3 de octubre de 1905, los prelados argentinos adoptaron las siguientes resoluciones: "Los Obispos, acogiendo los sabios consejos de S. S. Pío X a los Obispos de Italia en su Encíclica del 11 de junio del corriente año, sobre la acción católica, mandamos que en cada diócesis se funden centros de doctrina, propaganda y organización social, dependientes y unidos a un centro principal que se organizará en la arquidiócesis. Con el fin de que la resolución del artículo anterior se lleve a efecto lo más pronto posible, el Excmo. señor arzobispo designará una comisión que proceda a redactar un reglamento con el cual no sólo se haga práctica esa acción sino que resuelva la forma de dar unidad a las obras que actualmente ejecutan las diversas asociaciones católicas, de acuerdo con lo aconsejado en la Pastoral colectiva de Salta".

A invitación mía, en 1917, reuniéronse en casa del doctor Emilio Lamarca, varios caballeros, de actuación destacada en el campo católico, con objeto de estudiar los estatutos de la "Unión" a que se refieren las informaciones anteriores. Quedó constituída una comisión formada por monseñor Bartolomé Piceda, monseñor Santiago M. Ussher y M. de Andrea, para adaptar a nuestro país los estatutos de la Unión Popular Italiana.

Más adelante, en julio 2 de 1918, el Excmo. señor arzobispo, con motivo de una exposición de los vicarios generales acerca de los hechos que entorpecían la acción social católica, dictó la resolución siguiente: "A fin de proveer en lo futuro al funcionamiento regular y armónico de todas las fuerzas sociales católicas, practicarán un estudio especial de las sociedades de esa índole entre nosotros y nos informarán sobre su programa, esfera de acción respectiva, espíritu que las informa y número de socios. Que a este mismo objeto, insistan empeñosamente ante monseñor Miguel de Andrea,

después de estudiar la situación general del país, convinieron en la necesidad de ampliar la órbita de acción del sacerdote, con el propósito de darle eficaz intervención en las cuestiones sociales, en momentos en que los profesionales de la gimnasia revolucionaria agitaban al país con grave desmedro de los intereses fundamentales de la paz. En dicha ocasión se consideró oportuno unificar las energías de los individuos y de las instituciones católicas existentes, sin disminuir, al federalizarlas, a ninguna de ellas su personalidad. Tal unión coordina las energías y actividades, respetando la autonomía de los grupos que integran el organismo nacional.

II

Finalidades de la gran colecta

La Unión Popular Católica Argentina en los proyectos que ahora se propone realizar, no persigue una finalidad religiosa. Se preocupa de llevar a cabo obras sociales, ya realizadas en particular por numerosos núcleos católicos, y que en adelante serán más eficaces, por cuanto actuarán reunidos en

active el proyecto que Nos le hemos encomendado tiempo atrás sobre la base de la Unión Popular Italiana, como más apropiado, con las modificaciones convenientes a nuestro medio y circunstancias".

Observando las instrucciones del Excmo. señor arzobispo y con el consejo de personas competentes, una vez redactados los estatutos, los elevé, con fecha 17 de febrero de 1919, al metropolitano, quien de inmediato remitió ejemplares de los mismos para su estudio definitivo, a los prelados sufragáneos.

Como se ve, la Unión Popular Católica Argentina, solemnemente promulgada en la séptima conferencia nacional del episcopado, el 28 de abril de 1919, no debe su origen a una reacción provocada por los sucesos de enero, de este año, como erróneamente se ha sostenido en conferencias y revistas, ni es tampoco el fruto de un plan de acción conjunta, improvisado. La elaboración de sus estatutos, ha sido tarea larga, prolija, habiéndose consultado en todo momento la experiencia y la autoridad de correligionarios altamente conceptuados por su preparación en ciencias sociales.

un solo haz, concretamente orientados. No imploran los obispos dinero para sufragar el culto; lo reclaman para obras sociales. Y ante todo, para la clase de los trabajadores, a fin de aliviar necesidades graves, comenzando por las más urgentes, que son las de aquellos que se ven explotados por los excesos del capitalismo, por la hipocresía socialista o por la tiranía de los ácratas.

III

Al margen de la política

No responde tampoco a propósitos políticos. Su inspiración originaria y los objetivos que busca realizar, excluyen terminantemente cualquier derivación de ese carácter. Es una institución oficial, públicamente creada como entidad coordinadora del esfuerzo católico en el país.

En consecuencia no puede ser política. Los obispos no la hacen. La política divide; el Evangelio une.

Es la U. P. C. A. un organismo que interpreta y ejecuta el pensamiento y la voluntad del episcopado.

Quiere agitar la mente y el corazón de los católicos argentinos, con las nobles y generosas finalidades que luego se expresarán.

IV

Estudio meditado

Constituída y organizada la Unión Popular Católica Argentina, procedió al estudio del programa que le entregaran los obispos. Vió que era meditado, amplio, arduo, enorme; y que fundado en la observación de acontecimientos, doctrinas y hombres nacionales y del extranjero, tenía segura orienta-

ción, aplicable a las necesidades de nuestra sociedad en la hora presente. Puso manos al trabajo, en seguida y sin vacilar. Si los jefes habían resuelto comprometer su nombre, su investidura y prestigio en la, para muchos escépticos, arriesgada aventura, la Unión Popular Católica Argentina debía secundarlos. Ellos tendían la mano por vez primera, solicitando el óbolo a los fieles y a los infieles; el nuevo organismo se comprometía a salvar sus esperanzas y proyectos.

Delineado el plan, no trepidó en consagrarse inmediatamente a la acción. Dispone la U. P. C. A. de elementos decididos a todo. Los cuales no dejan de reconocer que si fué indispensable el dinero para hacer la guerra, y si lo fué igualmente para mantener la paz armada, será también insustituible, en cantidad considerable, para suprimir la guerra social, y asegurar finalmente la verdadera paz. No es cuestión de poner precio a los agitadores, ni de dominar el egoísmo de los poderosos, ni de comprar la benevolencia de los burgueses o el silencio de los doctrinarios socialistas; trátase de efectuar una obra gigantesca de alta previsión, en beneficio de los trabajadores y por consiguiente de la sociedad.

V

Publicidad de su propaganda

Por eso la Unión Popular Católica Argentina ha dado al viento su programa y ha entregado a la decisión pública los medios que piensa emplear para traducirlo a la realidad. Tres meses hace que trabaja afanosa y firmemente. La tarea llevada a cabo, se hará pública en el momento oportuno. Tres meses de labor, de preparación meditada y táctica, para alcanzar varios millones, no son exponente de pereza.

VI

La gran colecta

Cada día se solicita nuestra ayuda en beneficio de empresas e instituciones. Los resultados obtenidos resultan insignificantes frente a las impostergables exigencias que se sienten en el orden social, e ineficaces para hacer efectivo el amplio programa trazado por el episcopado. Se ha debido pensar en algo nuevo, que produjera sumas cuantiosas muy superiores a las colectadas hasta la fecha, entre nosotros.

VII

Ejemplos foráneos

El efecto obtenido por los católicos uruguayos, en la colecta emprendida para constituir un fondo, cuyas rentas sustituyeran el anexo del culto, suprimido en el presupuesto nacional, llamó la atención acerca de los métodos empleados con un éxito superior a todo optimismo. Súpose que nuestros correligionarios de allende el Plata, habían adoptado un sistema originario de Estados Unidos. Su estudio demostró bien pronto, con claridad insuperable, que el método era excelente y que debía ser aplicado en la República Argentina (1).

(1) Estudiáronse los resultados que en Norte América se habían conseguido, y se encontró lo siguiente:

Con motivo de la guerra, la cruz roja de los Estados Unidos aplica el método consabido, pide al pueblo cien millones de dólares, y recoge ciento veinte y siete millones. Tres meses después renueva su solicitud por igual cantidad, y consigue ciento once millones. Al mismo tiempo, los caballeros de Colón resuelven reunir cuarenta millones de dólares, y juntan cuarenta y cuatro millones.

En Montevideo, la Asociación Cristiana de Jóvenes, institución casi desconocida, resuelve hacerse de cien mil pesos oro para la construcción de su edificio, y obtiene ciento catorce mil. Al mes siguiente, la cruz roja

Los diarios nos han informado que en un congreso metodista celebrado recientemente en Estados Unidos, los pastores de la América del Sur habían manifestado que, si se les facilitaban cuarenta millones de dólares, ellos se comprometían a obtener en las repúblicas latinas otros veinte millones, para consagrarlos a la propaganda religiosa, a la que no estaría ajena la económica y la política. Si ellos creen posible conseguir esa suma fabulosa, en los países sudamericanos, y especialmente en la Argentina, ¿es verosímil que los católicos, enrolados en una cruzada redentora de carácter social, actúen sin eficacia y que la voz de los prelados haya de resonar estérilmente en el desierto?

británica pide treinta mil y reúne setenta y cinco mil. Tres meses más tarde se solicitan para el diario católico doce mil pesos oro, y son subscriptos cuarenta y tres mil. La colecta de la arquidiócesis debía producir quinientos mil pesos oro en toda la república, y sólo en Montevideo alcanza a setecientos mil, aproximándose ya a un millón de pesos con lo recolectado en tres departamentos sobre diez y nueve. Y por fin, al mes de terminada la colecta católica, la cruz roja interaliada, que esperaba reunir trescientos mil pesos, conseguía alrededor de quinientos mil.

El sistema consta de tres períodos: el primero de preparación, el segundo de propaganda, el tercero de ejecución.

Durante el período de preparación, se trabaja en el silencio; pero éste no puede ser absoluto, y las pocas noticias que circulan dan origen a toda suerte de comentarios, en los que halla la fantasía ancho campo para explayarse. Se ha hablado mucho de la tasación. La comisión, se decía, está tasando a las personas, y no faltaban quienes decían ser éste el colmo de la indiscreción y del atrevimiento. ¿Qué es la tasación?

Desde el momento que se trataba de pedir sumas algo crecidas a las personas dadivosas, era natural que se averiguara cuánto podía solicitárseles. Lo contrario habría sido indiscreto. ¿Qué molestias no engendraría para quien fuera objeto de la petición el deber confesar delante de una comisión de caballeros respetables, que no se hallaba en situación de oblar la suma pedida? ¿Acaso en toda colecta no se tasa? ¿Acaso no se tiene en cuenta la holgura, la potencia económica de cada una de las personas cuyo auxilio se recaba? ¿Y por ventura el hecho de proceder metódicamente y no a tientas, con el fin de evitar errores lamentables, había de tornar en condenable un método empleado doquiera? Precisamente la tasación, o como quiera llamarse el sistema, debe ser considerado como una prueba de delicadeza, cuyo propósito primordial es no exponer a nadie a situaciones desagradables.

2

EMANCIPACION OBRERA

La gran colecta se propone realizar la independencia de los obreros que, anhelando su mejoramiento económico social por medios pacíficos, quieren proceder sin la influencia de los agitadores que se arrogan indebidamente su representación. La realidad nos dice que el trabajador no es libre. Tiranizado por la asociación a que pertenece, debe realizar todas sus imposiciones, de origen político o francamente revolucionario en la mayor parte de los casos. Vayamos, entonces, a la formación de organismos obreros, al amparo de las leyes, preparando la verdadera sindicación, que dignifique al trabajador, mejorando su estado económico y social, por su propio esfuerzo, sin obedecer los dictados perturbadores de la anarquía. Cuando ansiosamente inquirimos el factor oculto que domina, vemos que en el fondo obscuro de la protesta aparece la eficacia desconcertante de los ácratas y de los agitadores profesionales. Sorprende la disciplina con que realizan movimientos solidarios de trascendencia: un silbato, una señal, o una orden difundida rápidamente, determina de inmediato la paralización de una fábrica o de una industria. Las consecuencias desastrosas para el obrero y la sociedad misma, deben preocupar la consideración de los estudiosos.

Al considerar la situación del obrero, trabajado por hondas influencias, no podemos olvidar las palabras de un político francés, caído durante la guerra, en horas, por lo tanto, en que el dolor de las desgracias privadas se anegaba en el

mar de las penas colectivas. El Conde de Mun exteriorizaba una profunda impresión ante el espectáculo de millones de seres humanos, hombres y mujeres, ancianos y niños, cuya mentalidad hallábase alternativamente iluminada por las ilusiones de un porvenir mejor y por la siniestra consideración de las amarguras económicas que angustian los días de su existencia. El mar revuelto de tanto sufrimiento avanza hacia nosotros, encrespando sus olas por obra de enconos y de miserias incurables. La marea amenaza arrasar la civilización.

Apresurémonos si queremos impedir la convulsión desquiciadora, cuyos síntomas se vienen exteriorizando. Tengo para mí como una verdad incuestionable, que el pueblo de Europa, —y lo certifican la reunión en Glasgow de un congreso de delegados obreros, y la índole de sus deliberaciones, que en concepto de Enderson anuncian el estallido revolucionario,— va adquiriendo la convicción de su fuerza y que, nuevo Sansón, querrá destruir, arriesgando en la aventura su propia vida, la organización actual. Por lo que a nosotros concierne debemos declarar, y no queremos por cierto ser profetas al respecto, que las complicaciones del porvenir, tal vez cercano, habrán de producirse simultáneamente en todo el país. Es prudente alistar los elementos de preservación social, a fin de conjurar la crisis.

3

SERVICIOS SOCIALES

La segunda finalidad de la gran colecta, es *"la Oficina General de Servicios Sociales que, además de dar a conocer la obra admirable de todas las sociedades de cultura y beneficencia, facilite el éxito social de su misión"*.

No basta prodigar el bien en un magnífico derroche de generosidad. Ello ocurre en Buenos Aires, la capital de la beneficencia privada y pública.

No obstante la multiplicidad e importancia de las instituciones, ignóranse las unas a las otras; son desconocidas por muchísimas personas, que necesitan de su ayuda y, por fin, no atraen naturalmente sobre sí la atención y largueza de los pudientes. Tales dificultades deben solucionarse, a fin de no malograr el tesoro acumulado por la generosidad y abnegación tradicionales de los argentinos.

Es verdad evangélica que la mano izquierda debe ignorar las buenas obras de la derecha, es decir, que la vanidad y el aplauso no deben provocar el ánimo caritativo de quien da según el espíritu de Dios. También dice el Evangelio: Haced obras buenas, para que los hombres las vean y glorifiquen al Padre celestial.

Ha sido siempre un defecto de nuestros organismos de beneficencia, el ser desconocidos de la mayor parte del público; algunos por olvidados, otros porque son víctimas del silencio que los oculta. La oficina general de servicios sociales

viene a corregir ese defecto, que no tiene derecho a existir, porque resulta gravemente perjudicial. Se obtendrá, por lo tanto, mediante la nombrada institución en proyecto, el conocimiento mayor, la más amplia difusión acerca de la cantidad, naturaleza, fines y acción de las instituciones culturales y benéficas, en la República Argentina.

Redundará esto en bien de los necesitados, en primer lugar, que a menudo no son socorridos por falta de indicaciones precisas, sobre la existencia y bondad de tales asociaciones.

Otra ventaja que reportará, consiste en la mejor división del trabajo, para los institutos benéficos. Innegable fenómeno, aunque extraño, acontece en nuestro ambiente: las obras de beneficencia se repiten con idénticos objetivos, malográndose así actividades importantes. Por falta de coordinación, las sociedades de beneficencia, multiplicadas por doquier, tórnanse en gran parte inútiles. La multiplicidad sin la unidad no conduce a prácticos resultados, o, cuando menos, esteriliza sumas apreciables de energía.

Militan además otros motivos en favor de esta obra. El conocimiento recíproco de centenares de instituciones, trae consigo el estímulo y aún el auxilio oportuno de información o de ayuda en determinados casos. Será asimismo factible el contacto con otras instituciones similares del extranjero. El éxito de la federación no puede ser puesto en tela de juicio.

Realizar este proyecto significa salvar la grave omisión que sobre el particular, existe entre nosotros, lo mismo que en Francia, donde, según Lamie, el libro de oro de la beneficencia pública y privada que es una maravilla, carece, por desgracia, de índice, cuya ausencia desorienta a muchos que no saben a dónde recurrir, cuando se hallan en el caso de implorar auxilio o de hacer caridad.

El movimiento que de tal suerte iniciamos, cuenta desde luego con el apoyo prestigioso de las familias altamente con-

ceptuadas de nuestra sociedad. Vaya a ellas nuestro agradecimiento, porque exteriorizaron sus adhesiones entusiastas, aún antes de conocer plenamente los propósitos perseguidos, porque les bastó su sola enunciación. También milita en nuestras filas la juventud. Arquímedes pedía un punto de apoyo para levantar con su palanca el mundo. La juventud que hoy se incorpora entusiasta y espontánea a los afanes de nuestra misión, diónos en las vísperas del centenario un soberbio ejemplo: el patriotismo, la palanca del símil, obtuvo, apoyándose en su corazón que la patria celebrara dignísimamente su gran fiesta conmemorativa a pesar de las propagandas subversivas que habían decretado la expulsión de la bandera patria.

Para el mayor éxito de la iniciativa a que desde hoy consagramos nuestros esfuerzos, os exhortamos al trabajo y a la generosidad, a fin de conseguir la concordia de la familia argentina bajo la bendición de Dios.

4

ACLARANDO CONCEPTOS

Hemos manifestado anteriormente que la U. P. C. A. es una entidad oficial, cuya creación venía preocupando hace años al episcopado argentino. Creada y promulgada en una hora de incertidumbre y de peligros para las instituciones del país, resuelve patrióticamente que la primera empresa a que debe consagrar sus energías, sea la de alejar aquellos peligros, consolidando la paz social. Esto puede y debe obtenerse mediante la realización de un vasto proyecto de resultados prácticos e inmediatos. Su ejecución demandará cuantiosas erogaciones y con el fin de obtener el caudal indispensable, ha acordado realizar una gran colecta en todo el territorio de la República. El episcopado argentino por primera vez y colectivamente alarga la mano, pidiendo generosos auxilios, en nombre de Dios y de la patria. Dedúzcase por lo extraordinario del procedimiento que los prelados adoptan, el juicio que se han formado del momento que vivimos y la conciencia que tienen de su responsabilidad.

Antes de exponer otras de las finalidades del magno proyecto social que nos ocupa, creemos oportuno insistir en la definición de la U. P. C. A. precisando su concepto. Nunca serán excesivos ni el tiempo ni el trabajo consagrados a disipar prejuicios. Tratándose principalmente de obras vinculadas a la Iglesia, esta tarea resulta necesaria, siendo al mismo tiempo una honrosísima misión. La Iglesia, según ha vuelto a pro-

clamarlo recientemente Benedicto XV, no reconoce más adversario que la ignorancia.

Es indispensable irradiar la luz.

¿Qué es la U. P. C. A.?

Desde luego, *Unión*. Es axioma de gran verdad que la unión hace la fuerza, pero creemos que es una verdad escasamente practicada. Y se explica: toda alianza supone una disminución, un sacrificio, una victoria sobre el egoísmo, por lo menos, en aquel punto, que es la base de la unión. Y nada hay más difícil, en este mundo, de ser sacrificado, que el culto al propio yo. Por eso, no obstante la profunda convicción que existe de la excelencia y de la necesidad de la concordia en la acción, hemos actuado durante demasiado tiempo dispersamente sin coordinación de ninguna clase. Cuán cierto es que no basta comprender la bondad de un principio para resolverse a practicarlo; que no es suficiente la instrucción que ilustra, si no va acompañada de la educación que forma el carácter; que no es eficaz la ciencia sin el complemento indispensable de la moral.

Todos aquellos que habían resuelto combatirnos, no necesitaron preocuparse de poner en práctica la vieja táctica: "Divide y vencerás". Les ahorrábamos la tarea, presentándonos desunidos, y por eso éramos dominados en todos sus avances contra las tradiciones, las costumbres, las instituciones y la patria; en el orden legal, moral y social. El remedio que ahora se propone como la única reacción saludable ante las derrotas de que venimos siendo responsables es la *Unión*. *Unión* que no significa debilitamiento de individuos o colectividades, sino todo lo contrario, robustecimiento de los unos y de las otras, por el acercamiento recíproco y por el apoyo mutuo que centuplicará su vigor.

La alianza que preconizamos debe ser *popular* porque es necesario preocuparse igualmente de todos los componentes

del edificio social. Cuidemos de la estabilidad de las torres y de las cúpulas, sin olvidar la solidez de los cimientos y la seguridad de las bases, porque si éstas vacilan, aquéllas se derrumban. Necesitamos que este organismo, eminentemente democrático, comprenda por igual a todo el pueblo, sin exclusivismos de clases y sin prevenciones sociales de ninguna especie.

La unión será *católica,* por su procedencia y alcance. Ha sido promulgada por la autoridad legítima del catolicismo, los obispos, y respecto a su órbita de acción, no puede circunscribirse a los límites de una clase social, o de un partido político o de una de las agrupaciones de la Iglesia. Es católica, vale decir, universal.

Será, finalmente, *argentina* no sólo por la denominación del territorio donde actúa, sino también porque es uno de sus propósitos esenciales, la vigorización de la nacionalidad, y, concretando más, del argentinismo.

Nuestros adversarios han tenido la osadía de arrojarnos una inculpación injusta. Nos han enrostrado que soñando en el cielo, no podemos amar a la patria; y que proclamando una Iglesia universal, no podemos querer a nuestro país. La historia ha respondido elocuentemente a nuestros enemigos, quienes, por una aberración extraordinaria, sustituyen a la Iglesia con la humanidad, a cuyo concepto indefinido sacrifican los intereses, ¡y hasta el honor de nuestra patria!

¡Nos vamos habituando a las monstruosidades que se intentan en nombre de derechos y principios sagrados! Cuando se trata de la familia, provócanse los más serios desequilibrios en nombre de la igualdad. Cuando se trata de la religión, llévanse a cabo las más inicuas opresiones, en nombre de la libertad. ¡Y cuando se trata del propio país, proclámase la abolición del concepto de patria, en nombre de la fraternidad! La U. P. C. A., consecuente con las tradiciones y los conven-

cimientos profundos de la Iglesia, viene en esta hora a robustecer con su concurso el nacionalismo, punto de apoyo indispensable para el desenvolvimiento de los pueblos y por consiguiente para el progreso de la humanidad.

I

La mujer cristiana

Hemos insistido en estos conceptos, para desvanecer la confusión que se había suscitado en torno de la nueva institución. Se ha pretendido empequeñecer o desvirtuar su origen, carácter y propósitos. Se ha hablado de ella con exceso, sin conocerla suficientemente. Se había notado mucha frivolidad en los juicios y no poca ligereza en las palabras. Al escuchar estas expresiones quizá los caballeros se complazcan en acumular la responsabilidad sobre algunos exponentes del otro sexo. Pero es necesario, en este caso, repetir una vez más, la maliciosa sentencia: ¡si en materia de palabra, algunas mujeres no parecen tales, hay en cambio muchos hombres que parecen mujeres!

En honor a la verdad, declaramos que en cuanto comenzó a desaparecer el misterio, a hacerse la luz y, por lo tanto, a conocerse en toda su trascendencia la magna obra del episcopado argentino y la finalidad eminentemente social de la gran colecta nacional que se va a iniciar, despertóse hacia ella un sentimiento de simpatía, que pronto se tradujo en positivo entusiasmo.

Siguiendo la misma línea de caballerosidad que nos acabamos de trazar, recordemos hoy las adhesiones de la mujer argentina. No es el caso de relatar las diferentes formas en que llega su aplausos entusiasta, pero no queremos omitir una, traída por un camarista, en carta que se refiere a la con-

ferencia anterior, en la que nos expresa: "Quiero referirle, y ello es el mejor comentario, lo que escuché de una señora oyente suya. Decía ella, que era el caso de que las mujeres de hoy, como aquellas de la independencia, vendieran sus joyas, si era necesario, para ayudar la obra que Vd. preconizaba".

Mientras las mujeres argentinas y cristianas, continúen mostrándose dignas de su tradición, no tememos a las doctrinas antisociales, sean ellas materialistas, antipatrióticas, egoístas, escépticas o ateas.

¡Mientras noceguéis esa fuente de generosidad inagotable, que es el corazón de la mujer; mientras no cerréis los labios de la madre cristiana; mientras no suprimáis la influencia de la mujer verdaderamente argentina, no habréis puesto término al reinado de la paz en la patria y al triunfo de la religión en el mundo!

5

LA MANSION POPULAR

No hemos podido omitir algunas de estas verdades que desbordan del alma y que constituyen tan halagüeños auspicios para la realización de la magna empresa que nos preocupa y cuyo tercer proyecto vamos a considerar. Trátase de la mansión popular al alcance de los recursos económicos más modestos, para acabar con todos los males de la plaga del conventillo.

Del conventillo y en general, del hacinamiento de personas en una misma habitación, se han dicho tantos horrores que no es menester ponderar los males de esa verdadera plaga, una de las más funestas de nuestra civilización. Es el estigma más vergonzoso e infamante de las modernas concentraciones urbanas y la burla más sangrienta que podría hacerse contra las ventajas y excelencias tan decantadas del régimen democrático.

Contra él han clamado estadistas, sociólogos, médicos y cuantos poseen un sentimiento humanitario, pero inútilmente. El mal sigue haciendo estragos.

En nuestra capital existen alrededor de 2.800 conventillos, administrados por subarrendatarios que lucran con el abominable sistema. Los casos en que cuatro y cinco personas cohabitan en un mismo cuarto, son frecuentes y se encuentran no pocos en que viven hacinadas hasta once. Las estadísticas comprueban que corresponde un solo cuarto de baño, por cada

sesenta personas habitantes en conventillos. Inoficioso resulta ponderar a qué extremos quedará reducida la higiene física y la moral.

Desterrar el conventillo o reducirlo a sus mínimas proporciones, es en primer término obra de salud. Nuestra raza, joven aún, degenera físicamente. Las estadísticas de los conscriptos, la mortalidad de los niños, la propagación de la tuberculosis, indican que hay en el pueblo causas de decadencia. Una de ellas es el conventillo, verdadera incubadora de todas las dolencias y vehículo de enfermedades e infecciones.

Es también obra de higiene moral. La corrupción reconoce su principal engendro en el conventillo. La promiscuidad de sexos, que hasta en las fábricas encuentran perjudicial los sociólogos, los espectáculos inmorales, la pérdida de pudor, todo eso naturaliza el contubernio del vicio.

El conventillo es una vergüenza en nuestro rico y generoso país. El prestigio argentino impone su eliminación. De lo contrario el observador extranjero podrá repetir, con verdad, el comentario de uno de ellos: "Esta gran capital es un sepulcro blanqueado: hermosa exteriormente, pero llena de horrores por dentro".

Es finalmente obra de salvación social. Hasta la caridad, cuando llega al conventillo, muere por lo general en la esterilidad. En aquella atmósfera en que por culpa de los hombres apenas penetra algo de eso que es indispensable y que Dios concede con tan soberana abundancia: el aire y la luz; en aquella atmósfera enrarecida, viciada y tenebrosa, todo brillo se apaga y toda vida se extingue. Allí el amor no provoca idéntico sentimiento, porque se vuelca sobre un terreno que sólo es fecundo para el odio. ¡Cuántas veces la visita de los mensajeros de la caridad, no logra otro resultado que el de exacerbar en sus presuntos beneficiados, la aversión que tienen a los que consideran "felices"!

Es fácil predicarles resignación, pero a ellos les resulta ímproba la tarea de alcanzarla.

I

Sistemas diversos

Varios son los remedios que se han propuesto para combatir y extirpar esa plaga social, desde la ciudad-jardín, pasando por el barrio obrero y la colonia urbana a la casa suelta con su huertecito, vendida o alquilada. Estas soluciones, patrocinadas algunas por el Estado o por los municipios, promovidas otras por grandes empresas industriales, o llevadas a cabo por asociaciones benéficas, o por sociedades anónimas de carácter lucrativo o ya finalmente por cooperativas de crédito y de edificación, sólo resuelven, y aún imperfectamente alguno de los varios aspectos de este múltiple problema. La misma solución ofrecida por el sistema denominado de Casas Baratas, únicamente en colonias agrícolas, industriales o mineras, puede tener verdadero resultado. En los inmensos conglomerados urbanos, con las mil exigencias de la sociedad moderna, con las grandes distancias, la casa barata, aún la que llega a ser de propiedad del obrero, no pasa de ser una solución romántica, propuesta principalmente por los que creyeron que con multiplicar los pequeños propietarios urbanos, se obtendría —como se puede lograr en lo rural— una fuerte base de conservación del orden social presente, frente a los excesos colectivistas.

No resuelven, pues, el problema social en oposición al socialismo, ya que éste tiende principalmente a apoderarse de los medios de producción. Ni resuelven el problema doméstico en orden al cuidado de los hijos, que los padres deben abandonar para acudir al trabajo. Ni el del aumento del nú-

mero de la familia, ni el del cambio de domicilio impuesto por la variación frecuente de trabajo. Esto sin contar las dificultades para construirlas, ya que para 2.800 familias, por ejemplo, habría que edificar otras tantas casas y forzosamente con muy reducidas comodidades; teniendo además presente que una vez obtenidas, pueden transformarse en conventillos.

Consignemos asimismo que los sistemas a que nos referimos no educan ni moralizan. No difunden hábitos de cooperación, ni de mutualidad, ni de asociación, ni mucho menos de disciplina. No sirven para irradiar sanas propagandas. No son por lo tanto factores de reforma social.

II

Grandes ventajas

Todo lo contrario ocurre con las *Mansiones Populares* o sea: los grandiosos edificios levantados en una amplia superficie de terreno, con habitaciones múltiples y varias, dotadas a un mismo tiempo de independencia y de todas las ventajas y comodidades así comunes como particulares, que puede apetecer una familia obrera, según las exigencias de la salud y la higiene, de la moral y la cultura y aún de la economía doméstica y social.

Las mansiones populares dan la única solución completa para los grandes centros de población. Los comunistas como Fourier, pero extremando las cosas como acostumbran ellos, habían entrevisto esa solución, que ya en cierto grado ha sido ensayada en Italia, Bélgica y Alemania con excelentes resultados. La magna obra tiene también ciertos antecedentes, aunque no del todo completos, en la acción de las Conferencias de San Vicente de Paul en Lille, en la Cooperativa de Edi-

ficación de Milán y en otros ensayos que se han hecho, aunque con deficiencias notorias, en el Yrala-Barri de Bilbao.

La mansión popular además del gran número de habitaciones independientes y cómodas para familias mayores y menores, cuenta con todos los elementos de una pequeña ciudad. Tiene distribuídos en los diversos pisos de que consta, habitaciones individuales y familiares con una, dos y tres piezas con su baño y sus dependencias: *Escuelas, casa de infancia, biblioteca, salas de lectura y correspondencia, museo social y salas de conferencias, sala de reunión familiar con biógrafo, estufa de desinfección, dispensario médico, farmacia económica, calefacción y aereación, quema de basuras, jardín en la azotea para convalecientes, sala de gimnasia, obradores y oficina para trabajos domiciliarios.*

De esta manera al paso que se vela por la salud, es decir, por el vigor de la raza y por la moralidad popular y por el honor nacional y por la seguridad social, se erigen en los diversos barrios verdaderos baluartes de defensa social.

La mansión popular con todas las ventajas enumeradas colócase así al alcance de los recursos económicos más modestos, resultando ello posible por cuanto no se trata de percibir las rentas del capital invertido, sino de obtener únicamente los fondos necesarios para su conservación y servicio. Al mismo tiempo que se acaba con todos los males de la plaga social del conventillo, soluciónase el pavoroso problema de los alquileres imposibles.

Este sistema deja también solucionado el problema no menos difícil de la alimentación. Son, estos que enumeramos, problemas verdaderamente terribles, que están conmoviendo en el mundo entero, los tronos de los gobernantes que habían permanecido firmes, durante cuatro años, ante los embates furiosos de la guerra.

Por eso es obra de previsión social, realizar un proyecto,

que con toda seguridad soluciona, una vez implantado, el problema de la alimentación, ya que las numerosas familias de las mansiones populares, proporcionan base suficiente para el establecimiento inmediato de cooperativas de consumo que les faciliten sin intermediarios y a precio de costo, los artículos de primera necesidad.

III

Impresiones y comentarios

El solo anuncio de esta obra ha provocado entusiasmos en el pueblo. En algún espíritu pequeño ha suscitado la siguiente alarma: "eso sería de una comodidad y de un lujo a que los obreros no están acostumbrados". Esta única objeción es el más grande de los elogios para la obra de las mansiones populares. Nadie tiene derecho a exigir que los pobres se connaturalicen con la indigencia, ya que una situación habitual de miseria produce un estado permanente de malestar y de rebelión. Pretender lo contrario, es exigir una virtud heroica. Es menester recordar que los pobres, aunque se sientan privados de todo, de tranquilidad, de salud, de bienestar, de comodidad, conservan siempre vivo el sentimiento de la propia dignidad. Un observador ha podido decir, que visitando algunas comarcas adelantadas de Europa, había constatado que los obreros sentían una especie de orgullo al anunciarles que visitaría su casa. Entre nosotros, reconozcámoslo paladinamente, ¿qué habitante de conventillo no se llena de vergüenza ante un anuncio semejante? Es necesario dar el nivel que le corresponde a la dignidad de los humildes inhumanamente abatida y quebrantada.

Debemos resolvernos a ahogar el mal con la superabundancia del bien. Tal sea nuestra aspiración para detener efi-

cazmente los avances revolucionarios, que no se contienen con discursos, promesas, amenazas o insultos. Arranquemos definitivamente la bandera que injustamente tremolan los que se dicen redentores del pueblo. Demostremos, con la impresionante realidad de los hechos, que somos nosotros y no ellos, los apóstoles de la única igualdad social que es posible establecer en el mundo. Hace veinte siglos que los cristianos venimos diciendo Padre Nuestro, proclamando así a la faz del cielo y de la tierra el dogma de la fraternidad humana y haciendo una pública profesión de fe en la solidaridad social. Llega un momento en que el desgaste producido por el rozamiento en las cadenas, hace que éstas caigan y que el guardián no tenga necesidad de desatarlas para dar la libertad al prisionero. ¡De la misma manera la acción permanente pero pacífica de las doctrinas cristianas, reguladoras de la vida social, rompió las cadenas de la esclavitud secular y sin necesidad de matar a los viejos tiranos, surgió la igualdad en el mundo!

Y después de los cristianos, hace ya una centuria que los argentinos cantamos en el himno, que los adversarios vanamente pretenden suplantar, una gloriosa declaración: "Ved en trono a la noble igualdad". Si los adversarios del orden social, quieren también proclamarla, que lo hagan en hora buena; aunque llegan demasiado tarde, distinguiéndose por lo demás fundamentalmente de todos nosotros, argentinos y cristianos, en que ellos preconizan la igualdad de las ruinas, abatiendo todas las eminencias, mientras nosotros queremos establecerla levantando el nivel de los que sufren.

6

INSTITUTO TECNICO FEMENINO

Pasemos a considerar otra de las finalidades propuestas: *El Instituto Técnico Femenino* para fomentar la instrucción económicodoméstica y la competencia profesional de la mujer.

La institución que reclamamos existe ya en su iniciación, por virtud del alto sentido social y de la más ingeniosa beneficencia de las Conferencias Vicentinas. Pero no basta. Significa un esfuerzo laudable, excelente; pero hay que hacer más. Hay que dar a esa obra, todo el desarrollo que el estado social de la República reclama.

Nosotros debemos procurar, es cierto, que la mujer reine en la casa, que no se dedique a trabajos impropios de su sexo, que no tenga que acudir a talleres, fábricas, mostradores, oficinas, etc. Eso sería el ideal. Pero dada la necesidad de que la mujer haya de ganarse el sustento o de ayudar a su familia, es indispensable que tenga una ocupación digna, compatible con su sexo y que posea una verdadera formación y competencia profesional.

¿Quién negará que suman millares las mujeres que en Buenos Aires se ven en el deber y en la precisión de ganarse honradamente la vida? ¿Quién negará que está muy atrasada la cultura técnica y profesional de las mujeres? ¿Quién negará que falta una gran institución modelo, que facilite el aprendizaje de los servicios domésticos y de todos los oficios y las

artes que puede aprender y desempeñar una mujer?

En otros países, citaremos a Bélgica, se da a esa formación y aprendizaje una importancia excepcional. Institutos hay que cuentan por centenares las alumnas, donde se enseñan y se practican los oficios, desde el más humilde hasta el más elevado que puede ejercer una mujer.

Aquí, donde surge ahora el problema de la inocupación de las maestras, y donde apenas tienen las hijas del pueblo otro horizonte que el de las fábricas para ganarse la vida, la obra que presentamos es de gran oportunidad.

¡A cuántas jóvenes arrebata el vicio, por carecer de una honorable y provechosa profesión! ¡Cuántas familias compuestas de solas mujeres, están sumidas en la miseria, por no poder alcanzar dignamente un salario remunerador! No se le puede hacer a la mujer un bien mayor que dotarla de las habilidades necesarias para que pueda bastarse a sí misma en las diversas circunstancias de la vida. He ahí la suprema caridad que no sólo deja en salvo, sino que además eleva a un mismo tiempo, la dignidad de quien la practica y de quien la recibe.

I

Progreso general

Pero aún desde el punto de vista del mejoramiento del país, es muy conveniente la existencia de un instituto general femenino de artes y oficios como el que proponemos.

El comercio y la industria y por tanto la economía nacional y el bienestar popular saldrían ganando con esta obra. Y cuando tuviera todo su desarrollo, aún las señoritas de las familias más distinguidas irían a aprender en ella muchas cosas utilísimas.

La educación moderna colegial de nuestro país, se resiente

de ser demasiado intelectual y sentimentalista; somos poco prácticos y reales. La mujer fuerte de la Sagrada Escritura, el tipo ideal del sabio Salomón, sabía más de la vida: era y podía ser reina del hogar, pero es porque en realidad sabía y podía regir una casa.

No sólo por previsión (pues aun la fortuna más bien cimentada puede mañana desaparecer), sino por formar el sentido práctico y el sentido social, es muy conveniente que las niñas de nuestra alta sociedad posean algunos conocimientos de las profesiones femeninas. En Europa y Norteamérica ya es esto una tendencia pedagógica corrientemente admitida: y a la Princesa Pilar, que aprende economía doméstica, siguen muchísimas señoritas, aún de la más distinguida aristocracia.

Es, pues, esta obra una gran institución de alta beneficencia, de mejoramiento económico, de bienestar popular y de prosperidad social.

En ella se formarán moralmente las jóvenes en quienes debe residir la influencia sana y salvadora sobre la enorme masa obrera femenina. ¡Cuánto bien pueden hacer las obreras sanas a las de su misma clase, contribuyendo a la tranquilidad social! El domingo pasado presenciamos en Avellaneda un homenaje, que las obreras llamadas de La Cruz, ofrecían con motivo del aniversario de su coronación, al ilustre Pontífice Benedicto XV, y en esa oportunidad tuvimos ocasión de recordar las numerosas nuevas adhesiones conquistadas y el entusiasmo provocado en las que ya estaban alistadas en sus filas, por algunos de los gestos heroicos de sus compañeras. Iniciábase allí la serie de las conferencias populares, que los oradores católicos oponían a los que hasta entonces se habían considerado dueños y señores indiscutidos de las públicas tribunas. Y sus adversarios —quizá en nombre de la libertad que proclaman,— trataron de impedir el uso del derecho de expresar el pensamiento, y pretendieron asaltar a los propagan-

distas cristianos. Un grupo de esas valientes obreras, formaba parte del numeroso auditorio popular y al ver la iracundia con que los adversarios se precipitaban sobre nuestros conferenciantes, una de ellas les gritó: "Cobardes, respetad la libertad". Y mientras el directamente aludido amenazaba golpear con sus puños a la indefensa obrera, ésta le dijo: "Mátame si quieres. Sólo pido al Señor que me dé tiempo suficiente para pedirle que te perdone y que te convierta, porque no sabes lo que haces". Estas actitudes de heroína, en pobres obreras, dotadas de formación moral y de valor cristiano, que se han venido repitiendo en una u otra forma más de una vez, han concluído por ensanchar el número de compañeras adherentes, imponiéndose a las obreras revolucionarias que hasta ahora dominaban en las fábricas.

II

Feminismo del porvenir

Es bueno recordar que el feminismo es ya un movimiento poderoso que no se detendrá. No nos referimos a sus exageraciones que en toda circunstancia debemos condenar. Al feminismo se lo podrá encauzar, dirigir, y contener dentro de los límites racionales; pero vano será todo esfuerzo que pretenda resistirlo. Y no serán las tradicionales señoras, ni las modernas doctoras, las que ejercerán influencia honda y positiva entre las obreras, sino las mujeres profesionales. Este fenómeno da una importancia social extraordinaria al instituto técnico femenino que se ha proyectado. Todas esas mujeres serán las madres de los que han de imprimir el rumbo a los modernos movimientos humanos. Bajo el imperio de la más absoluta democracia, el voto del hijo del pobre vale tanto como el voto del hijo del rico; por lo tanto decidirá de la

suerte del pueblo el voto del obrero, sencillamente porque su número es mayor.

Y se aproxima el tiempo en que ellas mismas decidirán de los destinos del mundo. Unos tras otros los países se ven forzados a reconocer a la mujer, la igualdad de los derechos civiles del hombre. Hace pocos días Italia habilitaba para concurrir a las urnas a varios millones de mujeres.

Hay muchos que sienten aversión hacia estos cambios fundamentales de la civilización, que vienen avanzando. No quisieran ni oír hablar de sus progresos. Se resisten a marchar en el sentido de las evoluciones, pensando quizá, que con detenerse ellos, quedarán paralizados los grandes movimientos de la humanidad. Pero éstos arrollan a los que estorban su marcha.

Es una medida de previsión social que nosotros estamos todavía en tiempo de realizar. Demasiado acostumbrados a la caridad que cura los males, olvidábamos la previsión que los evita. No pensamos lo bastante, que la humanidad es un gran ejército que marcha siempre; y si hay una misión que consiste en recoger con amor solícito a los que sucumben, para que no perezcan olvidados, hay otra, menos sentimental quizá, pero más eficaz para el progreso social, y es la que se consagra a sostener el valor de los que pueden continuar marchando hasta el final de la jornada.

Nos preocupamos demasiado de la grandeza material de la patria, pero quizá no lo suficiente de su equivalencia moral, que es lo único que en definitiva establece el reinado del orden social. Es, pues, indispensable cultivar la virtud en el alma popular, y sus apóstoles son reclamados también por el sentimiento de la verdadera grandeza de la patria.

La mansión popular al alcance de los recursos económicos más modestos para acabar con los males de la plaga social del conventillo, y el instituto técnico femenino para fomentar

la instrucción económico-doméstica y la competencia profesional de la mujer, son dos monumentos que han de erigirse a la dignificación del pueblo y a la glorificación de la patria. Estas obras son por sí solas capaces de tentar victoriosamente la generosidad de los grandes corazones. Con ellas se merece bien de la patria y se levanta al propio nombre un monumento glorioso más imperecedero que el bronce.

III

La enseña patria

Los hechos que se vienen desarrollando nos han infundido la convicción de que la propaganda iniciada ha comenzado ya a producir sus frutos. Esclarecidas las nobles finalidades llegará un momento en que la falta de cooperación no podrá ser justificada con ningún pretexto.

Hemos aludido a los entusiasmos que despierta entre las filas del pueblo, la enunciación de estos proyectos eminentemente sociales. Acércase la hora en que el pueblo deberá optar, entre aquellos que sólo prometen y los que dan; entre aquellos que sólo piensan en destruir y los que nos preocupamos de edificar.

¿Adónde iríamos a parar si dejásemos librado el campo a los que únicamente persiguen la destrucción? Ya lo hemos dicho alguna vez. Incapaces para la edificación y omnipotentes para la destrucción, una vez que hubieran acabado con la familia, con la propiedad, con la religión, y con la patria, habrían terminado con el mismo pueblo, en cuyo nombre dicen actuar.

La bandera de la patria, que es de bonanza y de amor, no será suplantada por la enseña antisocial del odio y de la destrucción. Es necesario refirmar el juramento ofrendada

por la juventud ante el altar de la patria, en la gloriosa semana de Mayo. Era en la tarde de la centenaria conmemoración. Encontrábame sobre las gradas del monumento del General San Martín. El sol poniente acariciaba con sus últimos rayos, trémulos de emoción, las frentes de millares de hombres congregados a su pie. A ambos lados flameaban las banderas chilena y argentina, como despidiendo a ese sol que tantos entusiasmos iluminara. Y dirigiéndome a la inmensa multitud, que lo sancionó entusiasta y delirante, dije, emocionado, este gran grito: "¡Juremos ante el altar de la patria, no consentir jamás que flamee soberana, ninguna bandera roja, a no ser la insignia celeste y blanca, enrojecida con la sangre de nuestras venas, por la defensa de su soberanía, de su honor y de su gloria!"

Que la cruz, único madero que no vacila en el mundo, sirva en estas circunstancias históricas, de asta colosal e inconmovible al bicolor de la patria, que en sus pliegues lleva estampado el sol, augusto símbolo del beso eterno con que Dios consagró su glorioso destino.

7

UNIVERSIDAD OBRERA

Con toda justicia se ha dicho que el problema social de los trabajadores, es de cultura, consistiendo en la formación completa de los mismos.

La carencia casi total de semejante formación, explica y determina la mayor parte de los males que afectan a la clase operaria. Esta, por regla general, ignora la manera eficaz de ayudarse. No sabe utilizar los recursos inmensos de que podría disponer, mediante la sana asociación, la mutualidad, la cooperación en sus diversas formas. De ahí arranca el malestar que experimenta el asalariado y que de rechazo alcanza a la sociedad entera. Porque en vez de acudir, por el propio esfuerzo, a esas fuentes de prosperidad y elevación social positiva y edificadora, se lanza a los procedimientos de turbulencia societaria negativa y destructora.

Podemos recordar aquí nuevamente, las temibles consecuencias de la ignorancia. Las condiciones en que se desenvuelve la multitud obrera, no le permiten el cultivo de su espíritu. Absorbido el trabajador por la conquista del mendrugo cotidiano no puede dedicar sus actividades al desarrollo intelectual. Su inteligencia se atrofia, al paso que los instintos se excitan cada vez más violentamente. Así se explica la preponderancia de la pasión sobre el raciocinio.

La inclinación a las reformas, es enfermedad de los perturbadores del orden social. Constantemente publican la necesidad de modificarlo y corregirlo todo: leyes, tradiciones,

costumbres, regímenes e instituciones. Hombres singulares, que obstinadamente se empeñan en arreglar a los demás, sin preocuparse nunca de su mejoramiento individual; que todas las mañanas, al despertarse, anuncian nuevos proyectos, para suprimir de la vida las miserias físicas, y que jamás se resuelven a suprimir en sí mismos, las verdaderas causas de aquellas, que son las plagas morales; que extienden sus brazos amenazantes, para extirpar lo que denominan la lepra social, y que carecen de valor para llevarse la mano al corazón, y cicatrizar en él las llagas morales. Monómanos audaces y cobardes al mismo tiempo, capaces de ir a la revuelta y de ahogar en sangre a la sociedad, para imponer alguna de sus enmiendas, y que tiemblan y retroceden ante el esfuerzo que reclama la represión de una sola de sus pasiones y la resistencia a uno solo de sus defectos.

La ignorancia que precipita a las clases trabajadoras a procedimientos de violencia, se empeora por el desconocimiento de la economía industrial, de la legislación tutelar, de las fórmulas de concordia y equilibrio, entre los elementos que intervienen en la producción y en la riqueza de un país, por donde sus ansias de mejoramiento las concretan en un cambio rápido del régimen industrial, que reforme y subvierta totalmente el orden de la sociedad.

Los reformistas carecerán de eficacia sobre la muchedumbre, cuando ésta se persuada de la utopía que le predican. El desequilibrio de espíritu del trabajador, que carece de una recta formación cultural, explica la mayor parte de las agitaciones. El obrero sucumbe a la sugestión ejercida por la audacia y el charlatanismo de los profesionales de la revolución.

Requiere, por lo tanto, una formación general y una cultura económico-social, seguras y sólidas; sólo así adquirirá pleno dominio de sí mismo, y resistirá a los caudillos, y sabrá pedir y reclamar, pero oportuna, equitativa y dignamente,

Esta es una necesidad sentida en todas las naciones del mundo. Pero al obrero argentino le hace falta algo más: necesita una formación tecnológica y una ampliación de aprendizaje, conforme a la época moderna y en armonía con los altos destinos del país; cursos teórico-prácticos, museos y laboratorios, estudio de modelos, bolsa de viajes, etc., etc.

Nuestra República en este momento histórico, por una multitud de circunstancias, por su posición y grandeza, está destinada a ser uno de los centros de mayor producción mundial. Pero nuestros operarios no reciben la formación práctica que para ello se requiere. El aprendizaje es deficiente. Ni siquiera está reglamentado por la ley. Alemania, Bélgica, Inglaterra han dado a este punto una importancia capital. La prosperidad de una nación depende en gran parte del elemento-hombre. El factor humano es el primero en la producción. Tienen enorme importancia la riqueza natural, la materia prima, la tierra fecunda, los puertos y vías de comunicación para el florecimiento de la industria, del comercio, de la ganadería y de la agricultura; pero siempre la técnica y la competencia del elemento humano será la parte principal e indispensable.

Se impone, pues, una gran universidad obrera; y tal es el proyecto que anhelamos realizar. Una élite obrera, sería entre la masa como la levadura de la pacificación social.

No pretendemos distribuir diplomas doctorales. Deseamos que todo hombre adquiera los conocimientos indispensables, a fin de que su ignorancia no sea explotada en su propio perjuicio y en desmedro de la colectividad. ¿Qué será de nuestro porvenir si no nos preocupamos inmediatamente de la formación de la enorme masa obrera o si la abandonamos a la acción de los revolucionarios, que trastornan su indefensa mentalidad? Aprendamos de una vez que las tinieblas sólo se combaten con la luz, y que no hay método más eficaz para

derrotar el mal, que la superabundancia del bien. La sociedad sabrá justipreciar los grandes e inmediatos resultados. Existen algunas instituciones que actúan con verdadera eficacia. Recordaremos aquí a la más ignorada quizá: el Ateneo Popular de Almagro [1], establecido en esta capital por los que heredaron el espíritu clarovidente del apóstol social del pasado siglo, Don Bosco Santo. Lo inauguraron y, sin mayor propaganda, la primera asistencia fué de quinientos obreros. ¡A qué cifras no alcanzará el número de trabajadores que tienen hambre de ese pan que instruye y educa, sin encontrar quien lo distribuya generosamente!

Demos al pueblo, en la certeza de que jamás llegaremos al exceso. Contribuyamos al mejoramiento social, para que no acabe con todo la revolución.

---

(1) El "Ateneo Popular de Almagro" se inició bajo el patrocinio del Centro de ex alumnos de Don Bosco del Colegio San Francisco de Sales y funciona en el local del mismo, calle Victoria 3900, desde el 1º de julio de 1918. Se dictan las siguientes materias divididas en tres cursos:

Curso Comercial. — Inglés, Francés, Contabilidad y Cálculo mercantil. Ciencias económicas, Taquigrafía, Dactilografía, Caligrafía, Práctica bancaria, Historia Argentina.

Curso Industrial. — Telegrafía, Electricidad mecánica, Instalaciones eléctricas, Dibujo industrial.

Cursos especiales. — Piano, Solfeo, Dibujo ornamental, Caligrafía artística.

Curso especial. — Elemental.

El primer año la inscripción de alumnos se elevó a 650, distribuídos en todas las materias. El segundo año se inscribieron 830 alumnos. Todos los miércoles en la segunda hora de clase, tiene lugar una conferencia sobre un tema social a cargo de un conocido orador. Las clases tienen lugar diariamente —a excepción de los sábados— de 8 a 10 p. m.

8

SINDICATOS - CAJAS RURALES

Dura y difícil es, en las presentes circunstancias mundiales, y en la actual ebullición de toda clase de ideas y movimientos, la condición de patrones y obreros en los grandes centros modernos. Pero la de los agricultores que cultivan una porción de terreno para sí o para otros, va asumiendo caracteres más graves todavía.

La siembra de las malas ideas y el cultivo de los gérmenes de revolución social, producen en este caso, más terribles consecuencias, y pueden llegar a los mayores extremos. Por eso los dirigentes de los partidos sociales se esfuerzan por apoderarse de los elementos agrarios, mayormente de aquellos cuya situación económica es más aflictiva.

Saben ellos que la ignorancia es en todas partes autora de desórdenes; que el aislamiento en que vive el agricultor debilita el instinto de conservación; que la miseria es muy mala consejera; y que la falta de cultura intensiva moral, al mismo tiempo que apaga en la conciencia la noción de las responsabilidades, predispone a los vicios y a las revueltas. Y todo eso por una multitud de causas que no es preciso enumerar, existe, en un grado mayor que en la urbana, en la vida rural, sobre todo cuando se ha ido amortiguando el sentimiento religioso.

Añádase a esto que los factores de resistencia moral contra los avances de las ideas revolucionarias y de represión ma-

terial en los casos de reacción o de movimientos subversivos, son también en el campo mucho menores que en las grandes ciudades.

Contra ese conjunto de males y contra las infiltraciones del sectarismo anti-social, llámese socialismo o comunismo o anarquismo, no queda más remedio que la reconstitución amplia y generosa de la familia agraria, a base moral cultural económica, o sea la unión del sindicato agrícola y de la caja rural, con todos los vínculos de la fraternidad de la cooperación y del mutualismo. No voy a explicar su constitución y funcionamiento. Pero sí debo decir que sin ese organismo tan natural y familiar, todos los esfuerzos que haga el Estado, ya sean de orden legislativo o ya de carácter técnico o económico en pro de los agricultores, se verán restados de eficacia, les faltará la base más sólida de recepción, de sustentación y de aprovechamiento que es la unión solidaria de los mismos interesados que tanto alienta al trabajo y al progreso, que multiplica sin cesar las energías, que las encauza y utiliza sabiamente.

La dispersión y la mutua oposición de los elementos agrarios sólo sirve para esterilizar las mejores iniciativas y llevar la ruina a las tierras más fecundas.

Sólo el sindicato-caja rural puede difundir metódica y rápidamente la cultura agropecuaria, vulgarizar los procedimientos de la técnica más adelantados, facilitar la industrialización de la agricultura, promover el cultivo intensivo, organizar la compra y venta de los productos, arrendar colectivamente y sin intermediarios las extensiones de tierra necesarias, y sobre todo abolir la usura, el verdadero monstruo de los campos.

El sindicato-caja rural es la salvación perfecta del agricultor y por consiguiente la mejor propaganda en favor de la descongestión de la población obrera de los centros urbanos, la obra más completa de pacificación social y de pros-

peridad nacional. No necesitamos recordar las que con resultados sorprendentes funcionan en Europa, porque en nuestro país algunas han alcanzado éxitos muy halagadores [1].

Los que comienzan a espantarse de las agitaciones agrarias que reaparecen violentamente, dirigen su mirada a la institución de los sindicatos-cajas rurales, destinados a salvar eficazmente a los campesinos de las coacciones tiránicas, a los propietarios de pérdidas irreparables y al país entero de la vergüenza y el desastre.

---

[1] La de Chacabuco por ejemplo. El año 1918 ciertos manejos efectuados por un intermediario de cereales, lograron dividir a los socios: los cuales de sesenta que eran quedaron reducidos a treinta y dos, marchándose los otros a formar con el presunto benefactor una cooperativa. Hoy la misma caja rural mañosamente dividida, tiene 110 socios, incluyendo 20 de los que se habían separado, siendo de notar que si no están los ocho restantes, es porque la Asamblea no los quiso aceptar por considerarlos *personas no deseables.* Esta caja durante el año y medio que lleva de su unión con el sindicato, ha formado un fondo de reserva de 10.000 pesos moneda nacional. Fué fundada en 1915. Al año siguiente tuvo un giro de 60.000 pesos moneda nacional y en los ocho meses del corriente año lleva superado el millón.

9

ATENEO SOCIAL DE LA JUVENTUD

Es ésta una obra profundamente simpática e impostergablemente necesaria. Se requiere un centro de perseverancia para la juventud. Se pasa en el aislamiento y el abandono la época más difícil y decisiva de la vida del hombre. El joven toma el rumbo definitivo, en medio, precisamente, de la desorientación absoluta. Cuando abandonan y se alejan los adultos de la sombra tutelar de sus hogares, el sol ardiente de las pasiones los agosta, y no hay en la sociedad para ellos un oasis de paz y de descanso. El ruido ensordecedor de los prejuicios y de las doctrinas subversivas, los aturde. Llenos aún de entusiasmo y de fe, lánzanse al mundo. La infidelidad, el interés, la mentira, el egoísmo a cada paso los golpea, volviéndolos escépticos prematuros. Sigue entonces cada uno su propia inclinación, y muchos van dejando jirones de su juventud en las espinas del camino. La mayor parte de aquellos que eran verdaderas esperanzas, naufragan víctimas de la tempestad, y los que se salvan, recuerdan aquel verso del poeta: "Rari nantes in gurgite vasto", uno que otro sobreviviente flotando sobre la inmensidad del océano.

Sin sentir el remordimiento de la complicidad, ¿puede acaso la sociedad contemplar el abismo que devora la inocencia, la fe, el honor, y hasta la vida de tantos jóvenes? ¿Qué se ha hecho para preservar a la juventud? Esa es la tarea del Ateneo Social que nos proponemos fundar. Necesitan los jó-

venes un centro común, que les pertenezca por completo y donde lo encuentren todo. Que sea obra de ellos, para que empiecen a contraer y a sentir y a llenar sus responsabilidades sociales; para que se esfuercen por concebir y llevar a cabo iniciativas propias de carácter individual y colectivo; para que aviven e intensifiquen ellos la conciencia de la solidaridad y la eficacia de la cooperación en el orden intelectual, moral y cívico. Obra de cultura viva, integral, en todos los órdenes de la vida, desde el físico y material hasta el más elevado de la espiritualidad. Un gran centro de vinculación social y de mutuo apoyo, tan indispensable para no fracasar en la existencia. Un Ateneo Social, en que nada falte: alegría, esparcimiento, deporte, amistad, protección, estímulo, cursos, conferencias, laboratorios, bibliotecas, revistas que establezcan el intercambio de ideales con las instituciones similares del mundo, etcétera.

Tal la obra de preservación social para la generación de hoy y para las generaciones de mañana. Los problemas sociales, aun los que ostentan un marcado carácter popular, no son exclusivamente obreros. El soplo agitador de las muchedumbres viene casi siempre de regiones elevadas. Es difícil descubrir los resquicios por donde penetra hasta el fondo de la masa obrera, la idea que desciende de la universidad. Pero es el hecho que la entraña de todo movimiento está animada por algunas de esas ideas.

El proletariado responde más o menos fielmente a sus agitadores. Aun los elementos más refractarios a toda "ideología" como los sindicalistas de acción directa, tienen sus filósofos y apóstoles.

Cuando se trata de un plan de restablecimiento de la paz social, no debe circunscribirse el esfuerzo a obras de aspecto meramente obrero y popular. Debemos fijar la atención en la juventud estudiosa y de aliento, destinada a influir decisiva-

mente en el movimiento de las masas y a empuñar las riendas del gobierno mismo de la nación.

Saludemos a la juventud, aurora de la libertad social, y formulemos fervientes votos por que los maestros, al allegarse a sus falanges, para moderar con sus palabras los entusiasmos sinceros, encuentren a salvo, por la energía y generosidad de sus corazones, la independencia y la dignidad de la patria.

10

NUEVAS OBRAS

Es indudable que por sí solo el gran proyecto de obras sociales de la Unión Popular Católica Argentina, no resuelve en toda su integridad y amplitud el problema social del malestar de las clases obreras y del revolucionarismo moderno.

Es sin duda aquel programa el de mayor eficiencia que hasta hoy se haya propuesto, porque en casi todos sus puntos o se va a la raíz de los males o se preparan elementos entre la misma masa popular para contrarrestarlos. Es un programa que forma obreros de la paz y del orden social entre los trabajadores; de ahí que sea de obras permanentes, verdaderamente sociales.

Pero también es cierto que las admirables instituciones que poseemos deben perdurar y desenvolverse con lozanía. Faltan obras de trascendencia social, pero esto no quiere decir que sobren instituciones de caridad y de asistencia. Por eso los prelados argentinos, al preocuparse por un plan de pacificación social y de mejoramiento popular, han querido asimismo contribuir a robustecer más y más tantas sociedades benéficas como poseemos. Hacer el bien, bien hecho; hacer el bien, sin hacer daño, y hacer el bien, apoyando el bien que ya existe. En otras palabras: hacer y ayudar a hacer, tales son nuestros principios directivos en orden al bienestar común, y como en lo sucesivo nuevas e imprevistas circunstancias pudieran aconsejar otras obras, los obispos argentinos, con un alto sentido de previsión, colocan entre las finalidades, para

que piden el óbolo nacional, la de crear los nuevos organismos que las circunstancias aconsejen.

Aquellos que encontrándose en condiciones de poder contribuir a la realización de tan importante plan social, le niegan, sin embargo, el calor de su entusiasmos y la eficacia de sus caudales, revelan un penoso estado de miopismo intelectual, que les impide valorar en toda su trascendencia los actuales acontecimientos (1). Desconocen el peligro; ignoran el riesgo. Parecen tener inteligencia, y no comprenden...

Los que pretextan que se trata de proyectos influenciados

---

(1) El día primero de la gran colecta, publicó "La Nación" el conceptuoso artículo que sigue, y cuya lectura recomendamos al lector:

"Hoy se dará comienzo a la gran colecta nacional. Terminados los laboriosos preparativos, hecha la enorme propaganda que ha sido necesaria para llevar a todos los ámbitos el conocimiento de los muy altos fines que envuelve, sus organizadores se disponen a emprender su primera jornada con la seguridad plena del éxito. Será justo y útil que así sea. En estos momentos, en que todavía se siente el último resplandor de los artificiosos fuegos con que la especulación de unos cuantos malintencionados y la obcecación de muchos ilusos tentó incendiar la sociedad por medio del odio y la mentira, las clases más favorecidas tienen una ineludible obligación que cumplir si quieren que la alta razón del orden social no sea un argumento ficticio y tendencioso, y si aspiran a que se les crea cuando oponen a los procedimientos de lucha social el concepto de la justicia para la comunidad y de la caridad para los necesitados. Hay que reconocer con lealtad, que el bienestar no es un patrimonio de la generalidad, que la vida ofrece grandes desequilibrios, que las diferencias de la suerte y del valor individual producen no solamente la riqueza, sino también hasta la miseria; que no es humano cerrar los ojos a la desgracia ajena y que es pernicioso y contraproducente el egoísmo de despreocuparse de los dolores y las alegrías de los demás.

Pero las buenas intenciones y las obras caritativas no serán suficientes para remediar el mal si no las inspira un verdadero desprendimiento y no son conducidas por una real y sabia inteligencia que no las haga fracasar en su aplicación y que no las haga servir para lo que no debieran. En la sociedad argentina ha habido en este sentido muchas equivocaciones, que es tiempo que desaparezcan de una vez. La beneficencia de nuestras damas y la generosidad de nuestros hombres de fortuna son ejemplos de nobleza, de altura moral y de loable consagración, pero gran parte de esos esfuerzos se pierden en la desorganización inconsciente, en la excesiva multiplicidad de sus aplicaciones, en la indiferencia ambiente o en la confusión de conceptos y normas que les quita méritos y eficiencia.

De ahí que cuando surge una iniciativa bien meditada, sistemática y

de revolucionarismo, para rehusar su cooperación, constituyen un interesante caso demostrativo de que la deformación mental de las multitudes, ha contagiado a las altas clases. El error popular que exalta como redentores a los caudillos de acción negativa, que todo lo prometen, aunque nada realicen en beneficio de los que sufren, ha logrado penetrar en la inteligencia de estos refractarios y confundir lamentablemente sus ideas. Cultores del egoísmo, desde la placidez de su situación feliz, no ven los odios intensos con que nos persigue el socialismo, ni pueden comprender nuestro desinterés, cuando renunciamos toda recompensa, después de haber arriesgado más de una vez la propia vida, en los duros trabajos por la pacificación social.

Los privilegiados de la inteligencia, de la jerarquía y la

---

definida, cuyos fines han sido concebidos con un criterio amplio y una orientación completa sobre las exigencias del momento social, sea un deber moral prestarle el apoyo sin reticencias que la hará triunfar, librarla de la cómoda apatía, que es una capa de la crueldad, y salvarla de la oposición obscura que esconde la mano en cuyos repliegues se adivina, a veces, un temor de imaginarias suplantaciones, una rivalidad mezquina o una condenable vanidad.

La gran colecta es una obra seria y clara. Se conocen su origen, sus propósitos y sus organizadores. Busca claramente la cooperación de los afortunados por aliviar las desigualdades de la sociedad con medios permanentes y científicos: las casas para obreros, las cajas rurales, la enseñanza profesional, la educación y el entretenimiento honesto de la juventud. Exige del rico la obligatoria contribución para los que le han ayudado a enriquecerse; pide al que tiene para el que carece; invoca el supremo moderador de los males humanos, que es la caridad. Es decir, la caridad en su forma más práctica y productiva, que es la cooperación de las clases a la tranquilidad y felicidad sociales.

Será reconfortante que esta iniciativa triunfe por completo, porque lo contrario sería una contristante comprobación de que Buenos Aires se ha vuelto ciega a las incitaciones del bien o de que torcidas interpretaciones o infantiles malevolencias han sido suficientes para hacer fracasar la primera obra sólida que se emprende entre nosotros por el bienestar común. Esta posibilidad no nos impide creer firmemente en el éxito, y así lo auguramos a los directores de la loable empresa, cuya laboriosidad y consagración ya son por sí solas un ejemplo de lo muchísimo que se puede cuando se tiene una firme voluntad y cuando están de por medio móviles levantados de humanidad y de cristianismo".

fortuna, no tienen derecho de alarmarse al contemplar la acción del sacerdote, que desciende al proletariado y se confunde en sus filas, porque la seguridad de las altas torres, es proporcional a la solidez de las bases que las cimentan. Y los hijos del pueblo no deben tampoco recriminar al heraldo católico que sube a la aristocracia y conquista su benevolencia. Los profundos valles, si tuvieran conciencia de su estado, exultarían de júbilo ante el ascenso del sol que acaricia con sus rayos las cumbres nevadas de la montaña, porque las toca para derretir sus hielos y enviar hasta ellos el riego que los fecunda y vivifica.

Nada más punzante que esas miradas que con hiriente obstinación buscan en toda obra un móvil egoísta, porque no saben explicarse sobre la tierra la existencia de la generosidad ni el ejercicio del apostolado. Esos recelos suspicaces, esas imputaciones cavilosas, aumentan nuestro mérito. No ignoramos, ciertamente, cuál es la senda que deberíamos seguir, para gozar de una existencia bonancible, sin luchas ni tribulaciones; sabemos muy bien cuál es el camino que conduce a la comodidad, con los baratos prestigios de una tolerancia que es una claudicación. ¡Pero si el sacerdote consciente de su responsabilidad, prefiere el cumplimiento del deber a su propia tranquilidad; si escucha y obedece las voces imperiosas de la conciencia, aunque sea necesario exponer la vida en la jornada, su acción conocerá las amarguras del martirio y sus labios abrevarán en el doloroso cáliz que le propinen aquellos mismos a quienes pretende salvar!

Cooperemos generosamente a la gran cruzada. No nos asusten los injustos reproches. Al producirse transformaciones de importancia, sobreviene la inevitable lucha entre el porvenir que avanza y el pasado que se defiende; entre la tradición y el progreso, que se desconfían antes de resolverse *para bien de la humanidad* a sellar su concordia con el abrazo definitivo.

11

APENDICE

Los prelados argentinos suscribieron en el Palacio Arzobispal de Buenos Aires, el día 8 de septiembre de 1919, una pastoral en la que explican al país, las finalidades de la colecta nacional.

Reproducimos a continuación los párrafos principales de ese documento.

No ignoramos la multitud de instituciones que en el terreno social despliegan una actividad encomiable, y una vez más queremos repetirles nuestras palabras de aliento. Pero frente a circunstancias como las actuales creemos que no es posible limitarse a soluciones fragmentarias, sino que es preciso ir resueltamente hasta el origen del mal, procurando atacarlo en sus mismas raíces, de modo que sus manifestaciones paulatinamente se atenúen, y por fin desaparezcan.

A esto corresponde el plan de instituciones lógicamente coordinadas entre sí, que en seguida enumeramos, y para cuya ejecución hemos encomendado a la U. P. C. A. la realización de la Gran Colecta Nacional que se iniciará en la Capital Federal el día 22 del mes en curso.

Nos proponemos en primer lugar libertar a los obreros progresistas y ordenados, y a las asociaciones que ellos constituyen, de la tiranía que sobre unos y otras hacen pesar sociedades revolucionarias que, invocando la palabra nobilísima de libertad, intentan reducirlos a la servidumbre. Queremos fundar una oficina de servicios sociales que, dando a conocer la obra admirable de las numerosísimas sociedades benéficas existentes en el país, les atraigan simpatías y auxilios, allanándoles de esta manera la excelsa misión que desempeñan. Es nuestro deseo proporcionar al obrero y a su familia una vivienda sana desde el punto de vista físico y moral, al alcance de los recursos económicos más modestos, asegurando así la mejor educación de las generaciones futuras, y extirpando eficazmente la plaga social del conventillo. Mediante la Universidad obrera y el Instituto técnico femenino queremos combatir tanto la incompetencia profesional del trabajador cuanto los riesgos que para la mujer constituye su inferioridad como operaria, con lo cual facilitaremos a uno y otra una vida social más completa, y los apartaremos de la desesperación, madre fecunda de revolucionarios. Extendiendo nuestra mirada hasta el agricultor, pensamos arrancarlo, por medio de los sindicatos, cajas rurales, tanto a la acción de los empeñados en promover agitaciones agrarias cuanto al yugo del rutinarismo y a las garras de la usura, colaborando de esta manera a un tiempo a la prosperidad del campesino y al feliz desenvolvimiento de una de nuestras industrias madres. Y finalmente, por medio de centros para la formación integral de la juventud, aspiramos a robus-

tecer el cuerpo y el alma de la adolescencia, esperanza de la patria, para que pueda cumplir mejor la totalidad de sus deberes. Fomentaremos además las instituciones existentes con fines semejantes a los mentados, y crearemos otras análogas que las circunstancias aconsejen.

Como lo veis, amados hijos nuestros, si bien es el episcopado el que inicia el movimiento, nada pide para el culto, nada para el incremento material de la Iglesia. El llamado que hoy dirigimos a todos sin excepción va marcado con el sello del desinterés más absoluto. Una vez más demuestra con ello el catolicismo que la sociedad civil encontrará en él su más firme apoyo, sin deseo ni esperanza de retribución temporal alguna.

Conscientes de nuestra responsabilidad como Obispos y como ciudadanos, hemos querido afrontar resueltamente el cumplimiento de los deberes que impone la hora presente. Tenemos así la certeza de que si alguna vez, lo que Dios no permita, el mal social se agravara hasta el punto de que la revolución dominara, siquiera transitoriamente, el país, no habríamos contraído ante el Juez Soberano ni ante la patria responsabilidad de ningún género, como ocurriría si en tiempo oportuno no hubiésemos cumplido con las obligaciones de nuestro cargo pastoral. ...

Confiadamente esperamos que todos aquellos que están en situación de hacerlo, aporten, a la obra que iniciamos, su concurso, llevándolo hasta los límites del sacrificio. Es ésta la primera vez en la historia del catolicismo argentino que el episcopado dirige su palabra y tiende la mano a todos sin distinción de razas ni de ideas, solicitando su ayuda. Y no lo haría si no estuviera íntimamente persuadido de la trascendencia de la empresa que acomete, y de su insuperable utilidad para mayor bien de todos. Os pedimos, amados hijos, que midáis por lo inusitado de nuestra actitud la importancia que le otorgamos, y que meditéis en el secreto de vuestro corazón y ante Dios que a vosotros y a nosotros juzgará, cuál es la respuesta que debéis darle.

III

EUROPA, LA ARGENTINA, LA FAMILIA

Conferencias pronunciadas en el Salón de "La Wagneriana" en Buenos Aires, en el año 1931

1

EUROPA

I

Propósitos

No me corresponde la iniciativa de este ciclo de conferencias.

Mi primer y único propósito era más limitado y modesto.

Decidido a establecer en mi Parroquia una Congregación de Santa Teresita del Niño Jesús, me disponía a dar en el Templo una conferencia preparatoria.

Entretanto afluían de diversa procedencia solicitudes insistentes, unas suplicándome que hiciera públicas las observaciones recogidas de los acontecimientos presenciados en varias naciones durante mi reciente viaje por Europa; otras, instándome al relato de las mociones y esperanzas sentidas en Lisieux, ese punto del universo tocado desde el cielo por un fulgente rayo de luz, que rompe las tinieblas ambientes en esta hora incierta y oscura porque está pasando el mundo.

Viene a mi imaginación el recuerdo de una leyenda, la del Caballero aquel que sale resueltamente a la conquista de su ideal. Debe trasponer una selva, penetra en ella: la selva

es muy enmarañada: le sorprende la noche, pierde la senda y queda desorientado en la oscuridad ambiente. De pronto, algo que se parece a una visión misteriosa, le sorprende: ve en el suelo como una gota de luz fulgurante: enristra su lanza: ensarta en su punta la gota, la levanta y en la altura se transforma en sol que ilumina totalmente la selva.

¡Sea Lisieux para mí esa gota de luz, en mi viaje por la selva oscura del mundo!

No se me oculta que está muy lejos de resultarme ventajoso o cómodo el momento para mi reaparición en la palestra. ¡Pero aquel a quien sólo decide a hablar o a hacer, la comodidad o la ventaja de la propia vida, no es digno ni siquiera de vivirla!

Comprenderéis muy bien que no puede constituir una finalidad y tampoco una compensación la suma que las entradas aporten y que será, para satisfacción de todos, totalmente invertida en la difusión del culto de Santa Teresita del Niño Jesús.

¡La remuneración condigna me la dará la propia conciencia, cuando en la presencia de Dios en la soledad de la meditación, pueda decirme que he cumplido sin pretensiones pero también sin cobardías el deber que en esta hora pesa como en ninguna otra, sobre todo hombre que pretenda considerarse patriota o cristiano!

Los pequeños contratiempos, las posibles malas interpretaciones que puedan originar mis palabras, si chocaran con algunos prejuicios, están de antemano descontados. ¿Quién puede retroceder ante ellos, en circunstancias en que debe sentirse dispuesto a no escatimar a la Iglesia y a la Patria, el pleno tributo de la sangre y de la vida?

No puedo ocultar, sin embargo, que antes de esa remuneración inefable de la propia conciencia, he recibido otra para mí extraordinariamente valiosa.

La constituye una doble corona: la de las firmas que invitando a estas conferencias, me prestigian; y la de cuantos respondiendo a ellas constituís esta magnífica asamblea.

A fin de proceder con método, en esta primera conferencia consideraremos *la Europa,* en la segunda *la Argentina* y en la tercera *la familia en sus relaciones con Lisieux y el Vaticano.*

PRIMERA OBSERVACIÓN

II

Predisposición popular a los ensayos más arriesgados

Durante mi permanencia en París, tuve la visita de alguno de los Directores de las grandes Agencias de información internacional. Llevaba la misión de recoger mis impresiones acerca de mi país y también sobre las naciones que acababa de visitar. No me dispensaba con ello un singular honor porque fácilmente se generaliza en estos casos; pero sí me creaba un serio compromiso. Para el éxito de la información periodística que provocaría fáciles comentarios, interesábale, ante todo, una opinión sobre los problemas inmediatos que hacían crisis, en España, en Italia, en Alemania, y muy particularmente los de orden político. Invariablemente di la respuesta que al paso que me dejaba en la discreta situación que correspondía a mi carácter, reflejaba lealmente la convicción que los acontecimientos habían afianzado en mi alma.

Es exactamente la misma que voy a expresar en este momento.

Carezco de la competencia necesaria para juzgar de los problemas políticos y financieros que parecen absorber hoy la preocupada actividad de los hombres en los distintos países. Mas aun cuando la tuviera, no me interesaría el estudiarlos con

una atención preferente a pesar de su exacerbada acritud y de sus graves consecuencias inmediatas. Todos ellos me parecen transitorios y superficiales. A pesar de su intensidad no ocasionarán consecuencias permanentes o definitivas, ni alteraciones profundas y fundamentales en nuestra civilización. El verdadero problema, el único esencial y profundo del cual los otros son como síntomas exteriores, es el social.

El pueblo está gravemente enfermo, está mal: sufre en el cuerpo y en el alma. Lo trabaja una doble dolencia, material y moral.

La material, exacerbada por la crisis mundial y por la desocupación producida por la superproducción de la industria y la paralización del intercambio comercial. Y la moral por el renunciamiento de los principios y la desmonetización de los valores morales. Y el pueblo busca en las reformas, como el enfermo en cambios de postura, la anhelada mejoría, el necesario bienestar.

En ciertas naciones ese cambio de postura es la sustitución de la monarquía por la República: un cambio de forma de gobierno. En otras, es el reemplazo de un partido político por otro. En aquéllas el proteccionismo, en éstas el librecambio de la producción y de la industria. Pero esos cambios no modifican su estado, no remedian su mal; antes bien, en ciertas ocasiones lo agravan y la desilusión sucesiva de sus fracasadas tentativas lo exasperan y predisponen al ensayo de todas las pruebas, aun las más arriesgadas y extremas. He ahí el problema, el gran problema que he visto en el fondo del océano del mundo, mirándolo desde las superficies agitadas de las diversas naciones recorridas.

Porque el pueblo, en todas partes es el mismo y la enfermedad, no obstante la diversidad de sus manifestaciones externas, es una e idéntica.

Ahora bien: un estado semejante resulta ser extremada-

mente apto para que prenda el virus de la revolución social. Los encargados de inocularlo atisban el advenimiento de ese estado, y en cuanto de ellos depende, lo precipitan y crean. De esa suerte, mientras los gobiernos y sus consejos están absorbidos en la dilucidación de sus problemas políticos, financieros, religiosos, la propaganda comunista avanza como una onda subterránea y profunda inficionando los pueblos y minando las bases de la civilización.

De donde resulta que el peligro, el verdadero peligro es común en el mundo europeo y cristiano. Ya no queda nación que no sienta que ese corrosivo se le ha infiltrado en la entraña. En cualquiera de las convulsiones que a cada una de ellas sacude, aparece como elemento disolvente.

Por ser especialmente sintomática, voy a relataros una de las tantas anécdotas acaecidas a los pocos días del establecimiento de la República en España.

Este acontecimiento se adelantó aun a las previsiones del soviet que astuta y sigilosamente preparaba el golpe para hacerlo coincidir con el derrumbe de la monarquía. Casi al mes de establecida la República, rompieron los frenos de sus odios las turbas seducidas y asalariadas. Un sevillano capitaneando un pelotón de foragidos, comenzó a vociferar: "¡Abajo la raza latina! ¡Mueran los latinos!"

Alguien lo interpela... "Pero, chico, ¿y nosotros no somos también latinos?" "Ca, hombre, ¿quién de nosotros sabe latín? ¡Latinos son los curas, únicos que lo hablan todavía!"

Es bien risible por cierto esta explicación de la ignorancia.

Pero, gracias a ella, aquellos gritos patentizan su marca de fábrica y dejan establecida de una manera inequívoca su filiación genuinamente soviética.

SEGUNDA OBSERVACIÓN

III

Rivalidad entre las naciones

Ese peligro sintióse agravado por la exacerbación de las rivalidades entre diversas naciones de Europa. Era precisamente el punto en que se hallaba la situación durante los primeros meses del año en curso. Entre algunas de aquellas naciones iba en aumento una mala voluntad no disimulada.

En tales circunstancias tuve otra entrevista con un delegado de la Liga de las Naciones. ¿Qué piensa de la Liga?, me dijo. Pienso que el ideal por ella perseguido es grande y de la mayor actualidad. Pero abrigo dudas fundadas sobre el resultado positivo de sus dispendiosos afanes. Es cierto que están en ella representadas naciones de formidable poder y de ingentes recursos por hombres de gran talento. Pero a pesar de ello no llegarán al establecimiento de la paz. —¿Por qué?— Porque se valen de medios que si bien por su naturaleza son poderosos y para ciertos propósitos eficaces, para la conquista de la paz resultan por sí solos inconducentes. Y con una obstinada inconsecuencia que hace hasta dudar de la sinceridad de su propósito, desechan el único medio por el cual ciertamente la habrían de lograr.

Tres son los principales medios que emplean y entre los humanos son, sin duda alguna, eminentes: el talento, el oro, la fuerza.

Pero el talento suscita más fácilmente recelo que armonía; el oro no une las almas, las separa, y la fuerza no convence, sino a lo sumo subyuga y eso sólo transitoriamente.

El solo medio eficaz, el único indefectiblemente eficaz, porque es el establecido por Dios y revelado por Él a los hom-

bres y a los pueblos, es el que obstinadamente desechan. Dios no dijo al mundo: en la tierra paz a los hombres de talento, de fortuna o de fuerza; y sea mil veces loado por no haberlo dicho; porque estos son medios excepcionales, medios de privilegio: ¡no todos tienen talento, ni fortuna o fuerza y en consecuencia no todos hubiesen podido aspirar a la paz! Dijo en cambio: "Paz a los hombres de buena voluntad" y ésta está al alcance de todos cuantos por sus egoísmos y ambiciones no se vuelvan por su culpa indignos de tenerla. Ahora bien: ¡hay hombres y hay naciones que no alcanzarán la paz porque se tienen una evidente y exacerbada mala voluntad!

Y era tal la tensión en aquellos días que el primer incidente serio habría ocasionado una ruptura.

Y en aquella hora toda ruptura era considerada como el desmoronamiento del dique de contención: ¡el comunismo se habría precipitado como un torrente devastador, sobre Europa y posiblemente sobre el mundo!

Tercera observación

IV

Sacrificio de la libertad a la búsqueda del oro

Una tercera agravante volvíame más indescifrable la incertidumbre de aquella hora grávida de tempestuosos nubarrones. Los gobiernos parecían querer preocuparse de contener el avance de la propaganda soviética en las clases populares. Para ello insumían cuantiosas erogaciones y dictaban leyes o decretos de emergencia. Por otra parte, resistíanse a prestar su reconocimiento al gobierno soviético y a entablar con él relaciones diplomáticas, actitudes que no preocupaban mayormente a Rusia; pero en cambio admitían sus agentes co-

merciales y entablaban relaciones financieras, precisamente lo que por encima de todo le interesaba. Valiéndose de ellos gestionaba y obtenía de diversas naciones la compra de sus productos, que podía ceder a precios sin competencia posible puesto que provienen de la usurpación oficializada, del trabajo esclavizado y no remunerado. La adquisición de tales productos por parte de los gobiernos europeos les representaba, sí, alguna economía, constituyendo para éstos un comercio ventajoso. Pero el observador imparcial por poco que meditara experimentaba una gran decepción acerca de la clarovidencia de los hombres a quienes de tal manera seducía una ventaja inmediata que sin embargo tan escasamente aliviaba su difícil situación financiera.

¡Con cuántas demostraciones tropieza uno en la vida de la preponderancia fascinadora que ejerce en los hombres el presente sobre el futuro, lo material sobre lo moral, lo transitorio sobre lo permanente! ¡A causa de esta imprevisión puede llegarse a equilibrar el presupuesto de una nación, pero comprometiendo su estabilidad; a sortear un peligro, pero sacrificando la libertad; a economizar oro, arriesgando sangre; a comprar hoy el alimento a un precio reducido pero cuya economía se pagará mañana con la vida misma de la Patria!

En efecto: aquellos hombres, seducidos por una ventaja financiera inmediata para el bienestar de sus naciones, proporcionaban en intercambio el oro necesario para robustecer la propaganda comunista de la cual decían quererlas preservar. Para justificarlos de esas fatales contradicciones debía recurrirse a la suposición de que aquellos cerebros estaban perturbados o enfermos, atacados de la manía del suicidio.

De estas solas observaciones fácilmente fluye la convicción de que los diversos problemas económicos y políticos a pesar del malestar material y espiritual que provocan, no son fundamentales o permanentes: el verdadero problema es el de

todo el mundo, el que sacudirá las bases de la entera civilización, es decir: el social.

De donde resulta que todas las naciones corren hoy un gran peligro que les es común.

Desde este punto de vista su propio enunciado resulta ser como una admonición fatídica: ¡el peligro *comunista!*

Tal es el problema cuyo desenlace más o menos inmediato, pero seguramente más trascendental que el de la guerra, señalará una nueva etapa en la historia de la civilización humana.

Y bien, ¿qué hacer? ¿Qué pensar?... Todas las cosas, todos los hechos, todos los acontecimientos por ingratos que sean, tienen dos faces: la mala y la buena. Son como las nubes: por densa que sea la oscuridad en que nos dejan, tienen su lado sombrío, el que mira hacia abajo; y su faz luminosa, la que da hacia arriba. La tierra queda oscura pero el sol permanece proyectando claridad.

Hasta ahora hemos mirado del lado de la tierra la nube que envuelve el mundo: en lo que resta de esta conferencia mirémosla del lado opuesto, del lado del cielo, y avivemos la esperanza, vigoricemos la fe: el sol brilla siempre y al parecer con más esplendor, como si al interponerse la nube concentrara más en sí mismo su calor y su luz. Y al fin con sus rayos ha de romperla; ya los bordes aparecen dorados: es tal vez Dios que se aproxima al mundo.

¡La hora de la impotencia del hombre marca siempre la de la omnipotencia de Dios!

Dije que Lisieux es un punto luminoso; Moscú es el sombrío: de éste parten los densos vapores que ennegrecen la nube; de aquél las claridades que anuncian un mejor amanecer. Que aquella gota de luz comience ya a ser para mí el sol que esclarezca la selva oscura del mundo.

V

Santa Teresita del Niño Jesús

El Papa es la cabeza visible del mundo católico. El 23 de mayo y en la mayor intimidad yo he visto al Papa inclinar la cabeza bajo el peso de una enorme pesadumbre mientras sus labios augustos se entreabrían para dejar salir del alma el secreto de aquélla:

"...Tengo la absoluta certeza de que si estos días se produce el desastre que se teme en Alemania, se rompe el dique de contención y el comunismo se precipita sobre el mundo".

¡Qué coincidencia!

Esa cabeza se irguió al rumor ocasionado por la colocación sobre su mesa de trabajo, de un paquete que la hermana de Teresita, sor Inés de Jesús, Priora del Convento de Lisieux, me había confiado para entregar en manos propias al Soberano Pontífice.

Contenía reliquias insignes de la Providencial Santita.

Una sonrisa celestial disipó la sombra de tristeza e iluminó el rostro del Papa. Eran reflejos de la que llama "Estrella querida de su Pontificado", y dijo: "¡Si supiese hasta qué punto me hace sentir su influencia en los momentos más difíciles de mi responsabilidad en el gobierno de la Iglesia!"

Esta escena que os relato con fidelidad absoluta, ¿será una simple coincidencia? ¿No será también un símbolo? ¿Quién puede escrutar los designios de Dios orientando la fuerza misteriosa que guía, a pesar de los movimientos contrarios de los hombres, los acontecimientos del mundo?

Continuad escuchando.

Díceme el Papa: "Recibida la sagrada encomienda y el alentador mensaje de las hermanas de Santa Teresita, os haré portador de otro que cumpliréis a vuestro regreso a Lisieux";

y entre otros encargos añade: "Tomad nota especial del siguiente a fin de que no olvidéis la fecha: decidles que el 17 de mayo celebré el Santo Sacrificio de la Misa con la misma intención a la cual ellas estaban unidas y por la cual se celebraba la primera misa en la gran explanada que servirá de piso a la imponente Basílica de Santa Teresita, cuyos fundamentos bendijo ese día mi Legado en Lisieux".

Y en el número oficial de la Revista "Les Annales" que se edita en Lisieux, correspondiente a julio pasado viene el siguiente relato:

"El 17 de mayo último tenía lugar en Lisieux la inauguración del basamento de la futura Basílica de Santa Teresita del Niño Jesús.

"A las 10.30 se celebraba la Misa al aire libre bajo la cúpula de un cielo luminoso y diáfano sobre la explanada construída sobre los flancos de la colina por un trabajo gigantesco. El celebrante ofrecía el Santo Sacrificio según las intenciones de Pío XI. El mismo día, en Roma, Pío XI celebraba según las intenciones de Lisieux. ¿A qué se debía aquel conmovedor intercambio? ¿Qué intenciones son las que aparecen en juego? Hay una que predomina entre todas: la conversión de la Rusia.

"En la hora actual el mayor peligro para la civilización cristiana se halla en Moscú.

"Es Moscú quien agita la India y la China, y quien organiza en España las revueltas incendiarias para apartarla de las vías de la normalización y empujarla al caos".

Ahora bien: en la misma época en que Moscú declara la guerra a Dios y a la civilización cristiana, Lisieux resplandece, gracias a un inusitado prodigio, sobre el Universo entero. Los Pontífices jamás se precipitan en adoptar nuevas formas de piedad. A pesar de ello, después de haber glorificado a la modesta jovencita del Carmelo, le confía solemnemente la misión

de salvar el mundo del peligro bolchevique.

Lisieux ha sido designado por el Papa como el centro mundial de las plegarias por Rusia.

De ahí la idea de construir una Basílica que sea digna del mundo que se desea salvar. De ahí el conmovedor intercambio del que me cupo la dicha inesperada de ser ocasional mensajero entre Roma y Lisieux.

Moscú ciudadela del mal. Lisieux ciudadela del bien.

¡El mundo cristiano se salvará porque el mal deberá ser ahogado en la sobreabundancia del bien!

Es necesario que esto acontezca a fin de que se cumpla una de las profecías, quizás la más sorprendente, de la Providencial Teresita.

Conversaba yo el 18 de abril con las tres hermanas de la santa en el locutorio del Carmelo. Les dije: he leído en la "Historia de un alma" una afirmación de Teresita que me llama singularmente la atención: "todo el mundo me amará". No dudo de su autenticidad, pero es de tal trascendencia que quisiera tener su confirmación. ¿Lo dijo acaso delante de ustedes? Sí, Monseñor, sí —contestó Sor Inés con una seguridad y un candor que me hacían pensar que así sería la conversación de Teresita—; lo dijo y lo repitió más de una vez. Y no sé si porque notó la sorpresa que con ello causaba o porque quiso dar la medida de su propia convicción para alejar de nuestro espíritu toda sombra de duda; continuó: Comprendo que yo soy bien poca cosa. Sabéis, madrecita mía, el concepto que tengo de mi propia pequeñez, soy el más insignificante de los instrumentos, pero por eso mismo Dios se ha fijado en mí, porque mi insignificancia hará que el amor del mundo no pueda detenerse en mí y todo refluirá hacia Él.

"Todo el mundo me amará". Y en realidad el mundo entero comienza a orientarse hacia Lisieux. Y en la misma

progresión en que vaya marchando en dirección a Lisieux, se irá alejando de Moscú.

Ya las líneas divisorias de las masas populares están definitivamente demarcadas entre el cristianismo y el comunismo. Las medias tintas se borran: quedan los colores definidos y fuertes; para acercarse al comunismo es necesario alejarse del cristianismo, para llegar al cristianismo es necesario dar resueltamente la espalda y marchar en dirección opuesta al comunismo.

VI

Solidaridad universal del cristianismo

Yo quisiera tener dentro de mí mismo lo suficientemente afianzada la convicción de que la oscura noche del comunismo no ha de llegar a envolver el mundo: quisiera tenerla para hacérosla compartir.

Declaro sin embargo con sinceridad que cuando medito sobre esto, queda sometida a dura prueba mi recalcitrante optimismo.

Pero en fin, sea de ello lo que fuere: que se precipite esa noche trágica sobre la actual civilización o se detenga ésta en su ocaso; el hecho es que mi optimismo sujeto a tan dura prueba, ha descubierto ciertos rayos de luz tan poderosos y nuevos que me dan la convicción absoluta de que la humanidad, a pesar de todo, está dando un paso gigantesco hacia el sol del cristianismo.

En efecto: la más bella característica del cristianismo desde el punto de vista humanitario o social, es la de la solidaridad universal. Su aspiración suprema consiste en llevar a la humanidad el convencimiento de la confraternidad, no para que constituya simplemente una creencia religiosa, sino

para que informe la vida práctica de los hombres y de los pueblos. Hasta hace poco el mundo, que sin embargo se decía cristiano, estaba muy lejos de hacer una afirmación de verdad sentida y practicada cuando volviéndose a Dios le decía: ¡Padre Nuestro! ¡La guerra y la postguerra, cubriendo aquélla con sangre y ésta con rencor los labios de la humanidad, borraban de ellos esa invocación humana y divina!

Seguíase creyendo en la eficacia de la táctica de Caín para desalojar a Abel y sustituirlo en sus preeminencias.

Pensábase en el orden individual que era necesario abatir al prójimo para sobresalir, y en el orden colectivo que debíase quebrar y rendir a la nación extraña para establecer el predominio de la propia.

Hoy ya no...

En estos meses, en estos días, se ha iniciado en el mundo la saludable reacción.

No se había creído al cristianismo. No se llegaba a la Confraternidad que es su nota característica por la aproximación espontánea hacia él: pero se está dando hacia ella los pasos por la forzada aversión al comunismo.

La voz de éste, como de trueno subterráneo, resuena a un mismo tiempo en el subsuelo de las Naciones: y ante sus movimientos, se estremecen todas en un solo ritmo.

Se está elaborando la convicción de que ya no se puede hacer a otro un mal sin que las consecuencias reboten sobre sí mismo: ni hacer rodar hacia el abismo a una nación sin que por un encadenamiento forzoso, corra la propia esa misma suerte.

La solidaridad despunta sobre el mundo como una alborada; es una nueva aurora del viejo cristianismo.

Esa solidaridad llevará a los hombres y a los pueblos a la organización de la defensa común, empujados por el convencimiento de que el peligro es igualmente común. Ahora

bien: ¿quién puede dejar de ver en Teresita esa gota de luz que levantada en alto desde la modestia de su suelo, está contribuyendo al resurgimiento de una nueva mañana de cristianismo en el mundo?

En la siguiente conferencia, vamos a derivar de las observaciones hechas por el mundo, las saludables consecuencias que por su presente estado social quisiéramos poder aplicar a la Argentina.

Entretanto, en medio de este diluvio de males que parece cubrir el mundo, permítaseme que no obstante las incertidumbres del momento, continúe considerando a mi patria como una nueva arca que flota salvando en su seno las reservas de las grandezas que corresponden a su magnífico destino!

Yo salí de ella como la paloma que libertara Noé a fin de que volviera anunciando el descenso de las aguas y la nueva germinación de la vida.

La paloma volvió jubilosa a su arca salvadora y querida trayendo en su pico la verde rama del simbólico olivo.

¡A pesar del estado del mundo, vuelvo como ella, plena de esperanzas el alma en la cual se ha encendido para siempre una estrella cuyos celestes efluvios difundiré de mis labios para infundir plena confianza en la virtud salvadora de la Patria!

2

LA ARGENTINA

I

Acatamiento leal de la autoridad

De las observaciones de los acontecimientos presenciados en Europa hemos deducido que el problema verdadero y hondo que conturba las diversas naciones, les es común: y que este problema común es social o mejor, antisocial.

Con la misma ecuanimidad de criterio observada en la apreciación del estado en que encontré a Europa, deberé proceder hoy en la disquisición del estado en que se halla mi Patria.

El ambiente no es sereno: la atmósfera está cargada de electricidad. La cargan los hombres y también las mujeres con su pasión política.

Por eso quiero ante todo hacer mi composición de lugar y definir netamente mi posición.

Las lides del pensamiento tienen este punto de semejanza con las luchas corporales: la necesidad ante todo, de pisar firme. Esta definición redundará en vuestra utilidad tanto y quizás más que en la mía: porque disipará desde el principio toda inquietud, dejándoos en una comodidad espiritual que es siempre imprescindible al libre juego del propio juicio.

Prescinderé en absoluto de toda apreciación de orden político.

Desautorizo de antemano y denuncio como temerario a quien pretendiera imputarme una alusión inmediata o remota directa o indirecta, a la situación política.

Si mi palabra de hombre no bastara para reclamar la fe a que tengo derecho; apelo a la fe que merece mi carácter, el cual me inmuniza contra la política y me inhibe de toda ingerencia en ella.

Me sitúo pues en un plano superior a toda política porque no pertenece a mi fuero; me elimino por incompetencia jurídica.

Por otra parte y aprovechando esta necesaria aclaración preliminar, declaro que a este respecto y a otro cualquiera, soy decidido adversario de la alusión.

La repudio por sistema.

Así como tengo el valor de las ideas, tengo también el de las palabras que las expresan. Pienso que disimularlas es desprestigiarlas. Quien carece del valor de la verdad, que no la profane con palabras que la velan y si le conserva algún respeto, ríndale el único homenaje que está al alcance de su cobardía: ¡el del silencio!

¡La palabra sólo es hermosa y respetable cuando se asemeja al pensamiento, el pensamiento al alma y el alma a Dios y Dios es la verdad!

¿Y mi situación frente al gobierno?

La misma que frente a todos los gobiernos constituídos.

La de un acatamiento leal.

Cuando los hombres que lo ejercen están vinculados por el afecto el acatamiento puede resultar más grato pero nunca más sincero. Estamos habituados a practicar lo que enseñamos, es decir: no mirar tanto a los hombres en los gobiernos cuanto a la institución. Y eso hace que nuestro acatamiento jamás pueda ser considerado como resultante ni del servilismo ni del temor. Y no es mía esta doctrina, es la revelada

por Dios para la constitución de la sociedad humana. San Pablo, inspirado, la expresaba en estos términos, desde hace cerca de dos mil años: obedeced a la autoridad constituída, no por servilismo, ni por temor, sino por conciencia. Y al dar la razón, agregaba: en ella no miréis tanto al hombre cuanto a Dios de quien dimana toda soberanía. Al crear al hombre lo hizo sociable por fuerza de su propia naturaleza y no puede constituirse en sociedad sin autoridad, la cual por eso mismo emana en su origen de Dios aún cuando sea transmitida por el pueblo. De ahí que los cristianos nos sintamos, como nadie, dignificados por nuestra doctrina.

El que se somete por servilismo o por miedo, se disminuye; y al propio tiempo desprestigia la autoridad que acata: el que la acepta por conciencia dignifica su obediencia y honra la autoridad.

II

Desorientación y desorganización de la democracia

Navegando al regreso de Europa, pude observar a cierta altura una sensible disminución de velocidad en el recorrido diario de la poderosa nave. El tiempo, sin embargo, no parecía tan desfavorable.

Los vientos no eran muy recios, ni el oleaje suficientemente impetuoso.

Por curiosidad quise indagar la causa del fenómeno, y un alto oficial del comando me dió la explicación; era debido a las corrientes submarinas contrarias que resultaban ser muy poderosas por aquellas regiones.

Creo poder comparar con esta observación el estado en que encuentro a mi patria.

Los problemas financieros que agravan los políticos y los

políticos que acentúan los financieros, crean indudablemente una situación desventajosa: pero estas dificultades son por su propia naturaleza transitorias y hasta cierto punto superficiales: las graves, las ultrapoderosas son las profundas corrientes demagógicas, capaces de aminorar la marcha de la nave de la República y aún de derivar su ruta, abocándola a irreparables catástrofes. Porque el problema de la Argentina como el problema del mundo es el social, el antisocial.

Y pienso que entre nosotros ostenta dos características que lo hacen más temibles todavía: *la desorientación y la desorganización.*

III
Confusión en las ideas e inconsciencia del peligro

Nada hay tan perjudicial para una sociedad amenazada como la desorientación en las ideas. ¿Cómo podría contarse con una coordinación para la defensa, si no la hay ni para la determinación de la amenaza? En la apreciación de ésta que debería ser el punto de partida hay tantas ideas divergentes cuantas cabezas opinantes: el estado en que nos encontramos desde este punto de vista está cabalmente definido por el adagio latino: "quot capita, tot sententiae": el número de las opiniones debe contarse por el de las cabezas: la anarquía intelectual, es absoluta.

Sirvámonos de un ejemplo con cuya exposición entramos ya al fondo de la materia. Concretémonos a la apreciación del socialismo.

En todas partes ha sufrido variaciones: este hecho autoriza a dirigirle el apóstrofe de Bossuet al protestantismo: "¿Varías?, luego no eres la verdad".

Pero todas esas variaciones las encontramos como refun-

didas en la bifurcación de minimista y maximalista, es decir: el socialismo que se limita al programa mínimo y el que impone su programa máximo. Mas uno y otro coinciden en virtud de su propia esencia en la eliminación de las bases fundamentales de la civilización cristiana.

Estas bases son: Dios, Patria, Familia y Propiedad.

Si por una razón de conveniencia o por una exigencia de adaptación deja en salvo alguno de esos principios básicos de la civilización cristiana, mutila su dogma, adultera su credo y reniega de su esencia. De donde tenemos que socialismo no es sino anticristianismo. Estas nociones son elementales en la sociología cristiana. Sin embargo, la confusión de las ideas es tal, que abundan en la sociedad cristiana, y en la sociedad católica y hasta en la sociedad piadosa, quienes repiten con pretensiones de erudición esta afirmación desconcertante: "el primer socialista ha sido Cristo". Lo que equivale a decir: el primer anticristiano es Cristo.

Esta afirmación es una blasfemia y quien quiera excusarse de haberla incurrido, deberá munirse de un certificado de ignorancia.

La confusión de las ideas, engendra muy pronto la degeneración de las palabras; y algunos términos que hasta hace poco estaban relegados a una especie de *índice social,* están siendo admitidos merced a no sé qué cartas de ciudadanía, en el léxico de las modernas preferencias.

El primer efecto de la desorientación es la inconsciencia del peligro y esa inconsciencia predispone a la complicidad.

De esa manera la sociedad en su aturdimiento viene debilitando su resistencia a las corrientes demagógicas y lo que es peor, fortificando los avances de ésta. ¡Debilitar la propia resistencia es ya un mal; fortificar el avance demagógico es un crimen de lesa Religión y de lesa Patria! Y pensar que quienes así hablan y obran, pretenden considerarse patriotas

y denominarse cristianos. No hay pendiente más rápida para caer en el exterminio de la religión y en la ruina de la Patria.

Porque en definitiva, ¿qué es un pueblo?

Un pueblo no es el hacinamiento de unos cuantos millones de individuos, asentados temporáneamente como los médanos al pie de una montaña o a las márgenes de un río: de individuos almacenados, pero desvinculados entre sí.

Un pueblo es una reunión de individuos o mejor de familias fuertemente vinculados por los lazos que se derivan de la identidad de las creencias y la comunidad de los afectos, de la afinidad de la sangre y la solidaridad del interés. Tales son las bases fundamentales de la civilización cristiana y aún de la sociedad humana. Pero si minando esas bases rompéis esos lazos; ya no tendremos un pueblo sino más bien una selva. Porque rotos sucesivamente los vínculos espirituales que hermanan a los hombres por sus creencias en un mismo Dios y los de los afectos que los unen a la misma Patria y los de la sangre que los ligan a la propia Familia y los de la propiedad que los arraigan en un mismo suelo, los individuos vienen a quedar como las arenas de los médanos, como el polvo fino del desierto sin cohesión ni consistencia, constantemente predispuestos a ser aventados por las borrascas de las revoluciones para no asociarse sino cuando deban caer amasados en el mismo fango o coagulados en la misma sangre.

IV

La Iglesia es la madre de la Libertad

Noto también que está cundiendo la desorientación respecto de la apreciación de la misma democracia.

Arrecia la discusión acerca de si su imperio será en definitiva benéfico o funesto a la marcha de la civilización.

Grave cuestión es ésta, y su dilucidación resulta en los actuales momentos singularmente escabrosa. Pero sin pretender definirla, no debo rehuir afrontarla, siempre, bien entendido, desde su punto de vista eminentemente social.

No es ésta la oportunidad para un estudio filosófico acerca de la bondad o malignidad de su propia esencia.

Dejo por ahora la tarea a los sociólogos y filósofos, con esta sola advertencia: tal vez los promotores de la democracia se precipitaron al imponerla pensando que su imperio libertaba los pueblos del predominio de la Iglesia. ¡Cosa admirable sería que tocase ahora a la Iglesia el hacerla respetar contra los que con igual precipitación quisieran abolirla! Aquéllos se habían equivocado al promoverla como un medio de combatir a la Iglesia: jamás la libertad redunda en detrimento de los intereses de la Iglesia.

¡Si la Iglesia es la madre de la libertad! ¡Si ella proscribiendo la esclavitud, la entronizó en el mundo! ¡Si todos los días nosotros invocamos el reinado de la libertad!

Diariamente sobre la piedra consagrada al altar que guarda reliquias de mártires, que son los héroes de la libertad del pensamiento, terminamos la plegaria en que demandamos el sustento de la vida, pidiendo la libertad, único don divino que hace valer la pena de vivirla. El mal, es siempre una esclavitud: si el mal es físico es una esclavitud del cuerpo; si es moral, es una servidumbre del alma. Y diariamente nosotros teniendo delante a Cristo que se inmoló por la libertad de la verdad, repetimos la plegaria que Él nos enseñó, y clamamos por el exterminio del mal, es decir: por la liberación de la esclavitud bajo cualquiera de sus formas: líbranos de todo mal, es decir: ¡danos, consérvanos y auméntanos la libertad! La Iglesia pues no tiene nada que temer de la libertad, sino a lo sumo de la licencia que es la degeneración de la libertad.

De la misma manera, la Iglesia nada tiene que temer de la democracia: que es el gobierno del pueblo por el pueblo mismo.

No podría empero hacer la misma afirmación acerca de la demagogia, que no es la democracia sino su degeneración, porque ya no es el gobierno del pueblo sino el desgobierno del pueblo por el mismo pueblo. Comenzamos ya a ver que sin adelantarnos a fallar o definir sobre la bondad o malignidad de la esencia democrática, coincidimos plenamente con los que hoy se alarman de su abusivo imperio.

No sé si los sociólogos de la hora actual llegarán alguna vez a imponer su tesis antidemocrática: pero cualquiera que sea la suerte que corone sus afanes, el hecho es que la idea democrática se ha encarnado en las masas populares y hoy por hoy desencarnar aquélla importaría destruir éstas. ¿Y dónde está la fuerza capaz de destruirlas? Oigo que me replican: —No se trata del empleo de la fuerza, sino de la idea; no somos partidarios de la idea de la fuerza, sino de la fuerza de la idea—. Bien está: a la larga siempre es la idea quien predomina sobre la fuerza; pero ¿cuando quebrada la fuerza por la idea tenga que vérselas con otra idea?

Mas, no acentuemos con esta disputa la desorientación ambiente. Contentémonos con la constatación del hecho: y relegándola por ahora a las regiones ideológicas, descendamos a la realidad que tenemos por delante.

La realidad es que la democracia existe y por largo tiempo existirá todavía: y que con su sola permanencia engrosa sus caudales: y que hoy es un torrente, y a los torrentes no se los obliga a detenerse ni se los puede hacer retroceder.

¿Cuál es, pues, el deber de la hora presente?

Muchas veces acontece en la historia que a los hombres bien intencionados resulta más difícil conocer el deber que

resolverse a cumplirlo. Tal vez sea la nuestra una de esas horas de la historia. ¿Cuál es nuestro deber inmediato frente al problema de la democracia que tiende a transformarse en demagogia? No el detener o el volver hacia atrás ese torrente, sino canalizarlo, encauzando sus caudales: no hay torrente, por impetuoso que parezca, cuyas aguas debidamente encauzadas no lleven la fecundidad a sus riberas.

¿Pero es ello posible? Antes de contestar y a fin de aumentar la claridad de esta exposición, pregunto:

¿De dónde procede esa facilidad terrible con que la democracia se transforma en demagogia? ¿Por qué será que a medida que aumenta sus caudales, su curso fatalmente deriva hacia la izquierda? ¿Por qué? La democracia contiene en sus entrañas dos gérmenes poderosos que descuidándolos originan su autocorrupción.

A fin de que la democracia pueda desarrollarse sin degenerar, deben cultivarse en ella como elementos vitales la *individualidad y la centralización.* La individualidad, es decir: el sentimiento de la responsabilidad y de la propia dignidad en el hombre, y la centralización, es decir: el culto de una autoridad central que vele por el bien común de la colectividad. Pero la individualidad lleva ingénito el germen del individualismo y la centralización el del colectivismo.

Ahora bien: el exceso de individualismo lleva a la anarquía y el de colectivismo a la dictadura y a la peor dictadura que es la del proletariado.

He ahí la demostración sintética del por qué dejando avanzar sin cultura a la democracia termina fatalmente en demagogia.

¿Pero cómo se educa la individualidad y cómo se establece dentro de las normas del deber y la justicia la centralización?

No hay más que un medio, la moral: la moral individual

y la moral colectiva; la moral pública y la moral privada. Y no hay moral sin normas inmanentes, sin principios eternos; lo que quiere decir que no hay moral sin religión.

Pero es que entre nosotros se ha pretendido y en algunos aspectos se ha logrado establecer el divorcio entre la democracia y la religión. Han sobrado los hombres que han abusado del poder que la misma democracia les confiaba, para proscribir desde el Parlamento y el gobierno la única moral eficiente que es la religiosa, y los que rentados por los mismos gobiernos han iniciado esa obra nefasta y suicida desde las tribunas y las cátedras.

El laicismo fué y ¡oh ceguera! sigue siendo aún la mentida panacea.

Así los gérmenes corruptores no neutralizados se han desarrollado y la degeneración se ha producido. Ya no es hora de engañar a nadie y mucho menos a nosotros mismos. Hoy nos espantamos de los frutos de la democracia: pero son los que hemos venido sembrando en su seno. No es necesario para convertirla en demagogia que vengan de afuera elementos exóticos: la corrupción germina en nuestra propia entraña. Condenamos los resultados, proscribimos los frutos y aún ejecutamos los excesos: ¡bien está!, ¡pero confesemos haber merecido el apóstrofe lanzado contra los que levantan cadalsos a las consecuencias, después de haber erigido tronos a los principios!

V

Organización de la democracia

Dije que la segunda deficiencia observada en nuestra Patria es la *desorganización,* probablemente originada por la primera, la *desorientación.* Me refiero a la desorganización desde el punto de vista social en las masas populares.

Se ha dejado el campo democrático totalmente librado al imperio discrecional y exclusivo de la idea sindicalista revolucionaria. Las únicas organizaciones existentes desde el punto de vista profesional entre los hijos del pueblo, son las constituídas sobre la base de la resistencia y la lucha de clases. Sin que nada ni nadie les disputara el terreno y ni siquiera estableciera un control, su prédica a base de promesas fáciles y de puros derechos, ha sido como debía acontecer extraordinariamente fecunda. La democracia, pues, abandonada a sí misma tendía a transformarse en demagogia. Pero ¿de quién es la responsabilidad? ¿De quién es la culpa de que el campo se cubra de cardos y abrojos, sino de quienes debiéndolo desbrozar y cultivar, lo abandonan a su fecundidad salvaje?

Nosotros hace años habíamos puesto la mano en el arado: habíamos arrojado la simiente y alcanzado a regarla con sudores y con lágrimas.

Se nos consideró avanzados, hasta se nos tildó de socialistas.

Molestábamos la imprevisión y la molicie de quienes prefirieron continuar en su quietud, reclinada la cabeza sobre la muelle almohada que se formaban con la frase zarandeada de: "aquí no hay razón para el socialismo", como si el mal para germinar esperara la razón. ¡Ahora resulta que el propio socialismo va quedando a la zaga porque de acuerdo con la ley impulsora de las masas, éstas en su avanse se van volviendo comunistas!

Debimos abandonar el terreno y volver atrás dejando el mencionado arado. Recuerdo con emoción los días en que catorce gremios obreros constituían la Confederación Profesional Argentina bajo cuya bandera de paz daban los primeros pasos hacia la coordinación del capital y del trabajo y hacia la armonización de las clases sobre las cuales debe estable-

cerse la verdadera grandeza de la Patria. La organización propendía a la cultura y la cultura facilitaba la organización. Les hablábamos de deberes más que de derechos y comenzaban a sentirse fuertes. Porque les hacíamos comprender que en definitiva no son más fuertes los dotados de derechos que los armados de deberes. ¡Aquéllos suelen cejar ante la seducción o la amenaza porque todos pueden ceder de su derecho, pero éstos no, porque nadie debe renunciar a su deber!

Tales eran los frutos iniciales de aquellas organizaciones incipientes sobre las cuales creyóse conveniente arrojar ceniza y polvo como sobre nosotros mismos. ¡Cuán acibarada resulta la amargura del brebaje que le viene a uno propinado por las manos de los mismos a quienes pretendíase salvar!

Se me debe perdonar el desahogo inofensivo, porque me resulta necesario, para dar autoridad a la palabra que sólo es eficiente cuando va precedida del ejemplo.

Por lo demás, no es ni siquiera una reconvención tardía.

No quisiera tampoco que se tomara como la única venganza que nos es permitada y aún aconsejada por el Maestro: cuando os desalojen de alguna parte, sacudid, ¿qué?, el polvo.

Yo no intento siquiera sacudir el polvo acumulado.

¡No lo necesito porque ya comienza a sacudirlo Dios por medio de los acontecimientos que se suceden en el mundo!

¡Quiera Dios que sus preludios nos hagan reaccionar! La Providencia continúa prestándonos el tiempo. Pero es necesario y es urgente proceder a la elevación moral y material del pueblo por medio de la organización que favorece la cultura tanto como la cultura facilita la organización.

La democracia, todavía puede lograrla, diría mejor: lo anhela.

Ahí tenéis otro modesto ensayo que demuestra la posibi-

lidad de la tarea y comprueba la disposición del pueblo. ¿Sabéis cómo se da la mejor demostración del movimiento?

Andando.

¿Sabéis cómo se da la prueba de la posibilidad y ventaja de la organización democrática?

Organizándola.

Ahí tenéis la obra iniciada, puede decirse ayer, para consagrar a ella y en ella a Dios y a la Patria mi vida entera: la obra de la agremiación femenina que ya cuenta con diez y ocho gremios y siete mil asociados en la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas. Encuéntrase en vísperas de multiplicar su número, cuando en el año próximo se instale en la nueva sede social cuyo edificio se levanta ya rápidamente gracias a la cooperación que me prestásteis el año pasado y que me seguiréis prestando hasta coronar la obra destinada a llamar la atención de América y de Europa porque será en su género la primera del mundo.

Siete mil mujeres (1) que en la organización y gobernándose por sí mismas han adquirido la conciencia de su responsabilidad y elevando su cultura han mejorado su propio bienestar.

Siete mil mujeres inmunizadas ya contra el virus de la revolución social.

Siete mil empleadas que han consagrado ya la posibilidad y mutua conveniencia de las relaciones armónicas entre el capital y el trabajo.

Siete mil mujeres, hijas del pueblo y futuras madres de él: madres por lo tanto de la soberanía popular que están desde ya ejerciendo en sus hogares el magisterio sublime de *"educar al soberano"*. ¡Siete mil mujeres, en fin, que llevan

(1) Pasan hoy, 1944, de veinte mil. (N. DEL E.)

en su seno, la suerte de la democracia, como la nave del César que llevaba toda su fortuna!

¡Pero Lisieux! ¿Cuándo aparecerá Lisieux iluminando con sus reflejos esas auroras que despuntan en mi Patria?

Aquí: en este punto precisamente.

Nos hallábamos en Lisieux el día memorable de la plegaria por la Patria, y por la mañana, Sor Inés, la Priora del Carmelo, singularmente alborozada, me hace entrega del cable, que acababa de recibir: es éste y está concebido en los siguientes términos: "Buenos Aires, junio 13. Sor Inés de Jesús, Priora del Carmelo, Lisieux. Llegue a ese lugar santo el eco fervoroso de siete mil empleadas que se adhieren en este fausto día del aniversario de la consagración episcopal de nuestro fundador que tiene la dicha de presidir el más elocuente homenaje a Nuestra Patrona Santa Teresita orando por la Patria. Federación Católica de Empleadas". ¡De esta suerte Lisieux con sus luminosos reflejos queda unido como por una vía láctea a la Argentina y Teresita a quien las empleadas juraron su Patrona viene a ser la celestial iniciadora de la agremiación femenina en la democracia de mi Patria!

¿Y el Vaticano? Tampoco podía faltar el Vaticano.

Arreciaba por aquellos días y hallábase en plena crisis la divergencia suscitada con el gobierno de Italia. Tal vez la divergencia haya sido ordenada por Dios para dejar establecida en forma más definitiva la armonía.

Obtenía yo informaciones directas por medio de autorizados personajes.

Interesados que sobran siempre en el mundo habían pretendido presentar al Papa en diversas naciones y en la misma Roma, como poco afecto a promover las organizaciones de carácter social católico. Esta especie la hacían surgir del establecimiento del organismo de la Acción Católica.

El Augusto Pontífice habló entonces al mundo estimu-

lándolo a promover aquellas organizaciones como no lo ha hecho ningún otro Papa de la historia. ¡Y en su Encíclica "Quadragesimo Anno" ha definido normas de justicia social, como nadie hasta ahora había tenido la valentía de hacerlo, ni aún el propio socialismo! Y precisamente la lucha entablada por aquellos días no tenía otro objeto que el de afirmar el derecho, mejor dicho, el deber de organizar las fuerzas para preparar con tiempo las resistencias que han de contener los embates de los conspiradores contra la Iglesia y la Patria.

Y bien, el día de la plegaria por la Patria, advertido el Santo Padre que también rezábamos por Él, hízonos llegar el siguiente telegrama: "Ciudad del Vaticano, junio 13. — Monseñor de Andrea. Carmelo. Lisieux. El Augusto Pontífice complaciéndose vivamente en el devoto pensamiento del homenaje y de las plegarias agradece de corazón y paternalmente bendice a Vuestra Excelencia y a todos los Peregrinos. Cardenal Pacelli".

VI

Invocación a Santa Teresita

He recordado el día de la plegaria por la Patria. Jamás he vivido otro de una emoción patriótica y religiosa tan intensamente sentida. Los automóviles, llevando todos banderas con los colores nacionales, tendían como una franja de Patria entre París y Lisieux, como la que en forma invisible estaba tendida sobre los corazones entre Lisieux y la Argentina.

Frente al atrio del Santuario de Teresita, flameaba la bandera de la Patria llamando a cobijarse bajo sus pliegues

maternales a todos los hijos que llegaban. Repicaban las campanas: esas campanas que habían doblado funerariamente algunos años atrás cuando un puñado de personas sacaban llevando sobre los hombros las cuatro tablas del pobre féretro en que iba el cadáver de la humilde Teresita, mientras sus tres hermanas quedaban de rodillas regando con lágrimas el pavimento de aquel coro tan santificado; esas campanas que habían repicado tan festivamente poco tiempo después cantando la pública alegría suscitada por el regreso del cuerpo de la misma Teresita escoltada por cien mil personas y recibida de rodillas por sus mismas tres hermanas, regando con lágrimas el mismo pavimento de aquel más viejo coro y por eso más santificado...

Esas mismas campanas repicaban, aquellas mismas hermanas aguardaban de rodillas la caravana de doscientos cincuenta compatriotas que entraban a arrodillarse junto a la tumba cubierta de rosas enlazadas en cintas de colores argentinos para depositar su fervorosa plegaria por la Patria. Comienza el Santo Sacrificio y cuando las voces del órgano claustral se callan, como para dar una tregua al estremecimiento de las almas, no es sino para que el virginal rumoreo de las plegarias de las hermanas de Teresita rezando por la República Argentina, las levantasen como sobre alas angélicas, para sublimarlas hasta la visión ultraterrena durante la cual los labios enmudecen porque las almas reciben extáticas las comunicaciones inmediatas de las gracias que la Omnipotencia difunde...

A esta altura, la tierra nos llama otra vez... era el momento de la terminación del Santo Sacrificio... la tierra nos llama pero era con voces de nuestra tierra, eran las dianas de la Patria lejana y querida que saludaban las claridades de una nueva alborada; eran las voces del órgano que entonaba bajo la bóveda del santuario de Teresita las notas de

nuestro Himno Nacional... Fué ese el día en que escribió Sor Inés al pie de un retrato de Teresita estas palabras:

"Pido a mi hermanita Santa que deshoje sus rosas celestiales sobre la República Argentina".

3

LA FAMILIA

I

Peligros a que se aboca

Hay una institución antigua como la humanidad y nueva como las mañanas de cada uno de los días de su historia.

De ella procedemos y a ella estamos vinculados como elementos constitutivos y esenciales.

Los vínculos que a ella nos ligan están hechos con sangre y esa sangre está saturada de afecto. Ella explica nuestro pasado, constituye nuestro presente e incuba nuestro porvenir. Por ella recibimos el legado de los que nos han precedido y transmitimos nuestra herencia a los que nos sucederán: trátese de fortuna o de virtud. Por ella y en ella nos resultan comunes las vicisitudes de la vida, los dolores y los júbilos, las desilusiones y las esperanzas. Esa institución que nunca puede sernos indiferente y que siempre por estos y otros tantos títulos debe merecer nuestra cariñosa preferencia, es la familia.

Por otra parte, la familia es la célula madre de la sociedad.

De la misma manera que los individuos vinculados por la misma sangre forman la familia; las familias agrupadas constituyen la sociedad.

La sociedad es posterior a la familia, como el efecto lo es a la causa.

Tened muy presente este principio, por las trascenden-

tales consecuencias que de él deberemos derivar. El elemento constitutivo de la sociedad es, pues, la familia: de donde inmediatamente se desprende que la calidad de la sociedad es la de las familias que la constituyen. Pretender otra cosa es soñar con el absurdo.

¿Cómo podría esperarse que la mies resultara buena, si las espigas fuesen malas?

Véase, pues, la importancia decisiva que tiene la familia, sea que se la considere desde el punto de vista de la suerte que ha de correr el individuo o de la que aguarda a la entera sociedad.

Ahora bien; desde hace dos mil años, es decir, desde la época en que la familia fué restaurada y dignificada por el cristianismo, hasta nuestros días, nunca como ahora se ha hallado abocada a tantos peligros: unos que la minan desde adentro, otros que la atacan desde afuera.

II

El pecado original

En la primera conferencia nos hemos referido al estado de la Europa y en la segunda al estado de la Argentina. Hemos dejado establecido que el peligro, el único y verdadero peligro, que se ha generalizado, es el social, que quizá se denominaría mejor llamándolo antisocial. Ahora bien: circunscribamos el problema; ahondemos en el asunto y busquemos la fuente de donde procede el mal de que adolece la sociedad.

La democracia, decíamos, abandonada a su instintivo impulso se transforma en demagogia. Esto equivale a decir que los hombres, librados a sus instintos naturales, tienden al mal. Os invito a recordar aquí la siguiente página de Mons. Bou-

gaud: ¿Y quién nos dió una naturaleza tan mal equilibrada, tan débil para el bien, tan violentamente inclinada hacia el mal y de consiguiente en guerra permanente consigo misma?

¿Acaso Dios?

Mas lo que a Dios caracteriza es el amor del bien y el horror al mal.

Y por lo tanto repugna que hubiese puesto en nosotros una dificultad para el bien y una facilidad para el mal.

Además, Dios es soberanamente perfecto. Puede ciertamente crear seres gradualmente perfectos y lo hizo desde el átomo hasta el astro; desde el microbio hasta el hombre. Mas lo que no puede hacer es una esencia contradictoria, falta de armonía, cuyos elementos choquen mutuamente; y lo que habría sido más extraño aún es que habiendo establecido armónicamente todos los seres, el insecto, la planta, el astro, no hubiese puesto más que en el hombre esa falta de armonía.

Si esa falla no viene de Dios, ¿acaso resultaría de la organización de la sociedad? Rousseau ha llenado todo el siglo XVIII con esta frase fatal: "El hombre nace bueno, la sociedad es quien lo pervierte". Rousseau no podía disimularse la magnitud del mal, ni admitir que Dios fuera su autor. Viendo, pues, gangrenada la sociedad y privado como él estaba de la única luz que le diese la explicación del mal, decía: "El hombre nace puro porque procede de Dios; pero desde el momento en que nace —es frase suya— cae en esa cloaca llamada sociedad humana, en donde no aprende más que el orgullo, el amor de sí mismo y el desprecio de los demás; cae en medio de vuestras intrigas, de vuestras injusticias, de vuestras corrupciones; y ahí, asombrado primeramente, indignado, sublevado, como para vengarse de haber sido víctima, se vuelve cómplice, hace lo que vosotros y se corrompe hasta la médula de los huesos". He ahí cómo hablaba Rousseau, y

no atreviéndose a sacar la consecuencia, decía: "El hombre nace bueno; vuestras leyes, vuestras instituciones sociales son las que lo depravan. Apartaos, pues, de ellas; idos a los campos, al fondo de los bosques; allí es donde está la pureza virginal".

¿Pero qué? Dijo en seguida el siglo XIX por boca de sus filósofos:

"¿Huir al desierto? ¿Y por qué? Si lo detestable son las instituciones, cambiémoslas; si la sociedad es corruptora, destruyámosla".

No refutaré esa doctrina. No lo considero necesario. La verdadera refutación de una doctrina, la dan como nadie podría hacerlo, la ruinas que produce, y de ellas está ya cubierto el mundo.

Por otra parte, ¿quién plasmó la sociedad, quién la organizó, quién dictó sus leyes y compuso sus códigos? ¿No fué acaso el hombre? El hombre vivió bajo todas las leyes, bajo todos los regímenes, en todos los medios, con todas las formas de civilización y por doquiera se lo encuentra el mismo, echado a perder, corrompido. Y por lo tanto, destruid la sociedad y rehacedla de nuevo como os plazca: y en ocho días, las pasiones humanas lo habrán corrompido todo nuevamente. ¡Han corrompido la monarquía, han corrompido la república, han corrompido la libertad, han corrompido la autoridad, han corrompido la civilización; corromperían a Dios, si Dios fuese corruptible!

He ahí cómo está hecho el corazón del hombre. No; no; la corrupción no está en los partidos, en las leyes, en las instituciones, en las formas sociales, y si está es porque en ellas la ha puesto el hombre. En donde está es ahí, en el fondo del pobre corazón humano, en el fondo del mío, en el fondo del vuestro.

Pero, ¿quién nos la engendró?

No procediendo de Dios, ni de la organización de la sociedad, es bien claro que dimana del hombre.

Pero entonces, ¿cómo?

¿Es acaso el hombre quien se corrompe individualmente por el abuso de su libertad?

No, porque si así fuese se darían excepciones y porque esa contradicción de su naturaleza es anterior al discernimiento y al uso mismo de su libertad.

La filosofía humana, no ha descifrado aún este misterio y la desafío a que no lo descifrará jamás. ¿Por qué? Precisamente porque es un misterio, y siendo un misterio es necesario que una mano capaz de alcanzar su profundidad infinita nos levante al menos la punta del impenetrable velo y con un destello de luz también infinita, nos deje vislumbrar el fondo del abismo.

Para esto hay que admitir la revelación sobrenatural.

La orgullosa naturaleza humana no lo hace: lo considera una disminución; la rechaza: quiere bastarse a sí misma y por eso se debate en las aberraciones, tentando explicaciones que a veces asombran al punto de que no puede uno resignarse a aceptar que sus autores sean hombres de talento.

A cada paso debemos confesar que la pobre inteligencia humana, por brillante y orgullosa que sea, es limitada, no es infinita.

El creyente, en cambio, el que para acrecer indefinidamente la luz de la razón cuenta con el divino telescopio de la fe, descubre, si no la esencia, por lo menos la existencia del misterio.

Y el misterio es éste: el pecado original.

Pascal ha dicho a los filósofos: "Sin este misterio, el más incomprensible de todos, somos incomprensibles a nosotros mismos".

Según esto el hombre viene al mundo con su naturaleza

herida e inclinada al mal. Dice Le Play: "La más negada de las nodrizas, como la más perspicaz de las madres, puede ver a cada instante que la propensión al mal es preponderante en el niño". Ahí está todavía en el regazo: flor temprana y no abierta todavía a la vida de la razón ostenta en su cáliz con reflejos de perlas de rocío matinal, el candor de la inocencia del bautismo; el cierzo helado del egoísmo que sopla por el mundo no lo ha hecho estremecer aún, ni el sol abrasador de las pasiones humanas ha alcanzado a herirlo con sus rayos; no ha tenido, por incapacidad de recibirlo, contacto alguno con la maldad de la sociedad humana; no lo ha decepcionado la traición, ni lo ha contaminado la deshonra; sin embargo, las primeras manifestaciones de la rebeldía, el capricho y el orgullo han despuntado en él. ¿Quién le ha inoculado ese veneno? ¿La madre?

¡Jamás!

¡Si es la primera en espantarse al sorprender su aparición!

¡Germina dentro de su propia entraña, es el fruto maldito de la naturaleza inclinada al mal!

Y si se descuida ese veneno, si se abandona esa naturaleza a su fecundidad salvaje, si no se domina esos maléficos instintos, si no se educa el niño, no será necesario que la sociedad venga desde afuera a contagiar su corrupción: antes bien, la misma sociedad sentirá reagravarse el mal en su organismo, cuando ese nuevo elemento se le haya incorporado, con otro foco más de corrupción. ¡Ah! ¡Padres, maestros, filósofos, moralistas laicos que proclamáis la tesis de la necesidad de dejar a la naturaleza seguir su curso, de dejar al niño y al joven vivir su vida: vivirá la vida hasta desperdiciar su savia, desarrollará su naturaleza hasta despedir sus vapores; pero esa savia y esos vapores se condensarán después para

caer sobre vuestras propias cabezas transformados en lluvia de vergüenza, cuando no de sangre!

¡Ah! Legisladores, hombres de gobierno, jefes de Estado, partidarios fanáticos y cultores impenitentes del laicismo educacional: no os preocupéis demasiado en expulsar o impedir la entrada a los elementos disolventes y exóticos para preservarnos de las grandes convulsiones sociales. ¡Los bárbaros no deben venir del Norte como los que caían sobre la civilización en las pasadas edades; ellos brotan, ellos surgen de las entrañas mismas de nuestra civilización, porque vosotros impedís que en ellas el antídoto de la moral mate o neutralice esa fecundidad nefasta del veneno que espontáneamente los engendra!

¡Para esto, para iniciar y llevar a término esa gran tarea, ese sublime magisterio, ese sacerdocio augusto, ha instituído Dios la familia desde que creó la humanidad! Para eso la instituyó dotándola de una estabilidad inmanente; para eso estableció que fuese indisoluble el vínculo que une a los padres entre sí. No era sólo para satisfacer las ansias de eternidad que alienta el amor, cuando el amor es digno de su nombre, es decir: cuando es puro. No era sólo para satisfacer las ansias de eternidad del amor que une a los esposos. ¡Era también para proteger a los hijos, para asegurar la inmanencia de la educación de los hijos, para que sin intermitencias proyectara sobre ellos desde su venida al mundo, su claridad purificadora el arco de luz cariñosa que forman entrelazadas la mano de la ternura de la madre y la de la autoridad del padre! Era necesario poderles repetir: ¡oh! padre, ¡oh! madre: ¡si alguna vez en la vida por la terrible debilidad humana sentís flaquear el amor, alimentad su fuego, y si ya la terrible desgracia se consuma en la incapacidad de perseverar amándoos por vosotros mismos, continuad, seguid amándoos por el amor de vuestros hijos!

La debilidad, con todo, se generalizó: la pasión siempre en acecho comenzó a triunfar con harta frecuencia del amor, y la familia degeneró.

En ese estado se encontraba cuando vino Jesucristo al mundo.

La adúltera caída en tierra era un hecho, una realidad, y a la vez un símbolo; no era sólo una mujer, era la mujer; no era la mujer, era la familia; no era la familia, era la entera sociedad que se hallaba prostituída. Jesucristo se inclinó también hasta la tierra para levantarla y junto a ella, para salvarla del exterminio con que la amenazaban los que, sin embargo, eran también culpables como ella, escribía en el suelo: ¿qué escribía? Los pecados de los acusadores y los jueces, a fin de que las piedras se les cayesen de las manos cuando fuese invitado a lanzarla primero el que pretendiera pasar por inocente.

¿Qué más escribía?

El Evangelio de la misericordia y de la regeneración.

Cuando los acusadores se fueron, quedaron solos, y frente a frente, una gran miseria y una gran piedad: la mujer que lloraba y Jesús que perdonaba; el Hijo de la Virgen y la mujer adúltera; la familia prostituída y el regenerador de la sociedad. La tomó Jesús, la levantó, la bendijo; regeneró el amor, y para curarle las heridas, para tonificar su debilidad, lo elevó después hasta el altar; lo purificó en su fuego; sobrenaturalizó el amor, transfiguró el amor humano, lo divinizó, lo elevó, lo ungió, lo consagró; aseguró la inmanencia, la indisolubilidad del contrato del amor, sublimándolo a sacramento, a fin de que el sacramento lo consagrara y lo fortaleciera a la vez. Fortaleciéndolo con la fuerza sobrenatural de la gracia lo preservaba contra los propios desfallecimientos del amor, y consagrándolo con la divinidad le otorgaba fue-

ros de inmunidad que lo pusieran al abrigo de las profanaciones de la fuerza o de la ley.

III

El abuso de la ley más peligroso que el abuso de la fuerza

Ahora bien, ¿qué pretende hacer la ley?

Os pido permiso para repetir el concepto que expresaba en la anterior conferencia cuando exponía la causa de la facilidad con que la *democracia* se transforma en *demagogia*. Denuncié la existencia en sus entrañas de dos gérmenes de corrupción. Dije que si la democracia debe desarrollarse en la normalidad, es preciso, es imprescindible cultivar en su seno dos elementos vitales: la individualidad que es el sentimiento de la responsabilidad y la propia dignidad en el hombre, y la centralización que es el culto de una autoridad que vele por el bienestar común. Ahora bien, según hice notar, la individualidad tiene dentro de sí un germen de corrupción que lleva al exceso, es decir: al individualismo, y la centralización tiene otro que la empuja al colectivismo. Pero el individualismo degenera inmediatamente en anarquía y el colectivismo en dictadura.

Y advertidlo bien, dictadura es un exceso, una extralimitación, pero no siempre de fuerza, sino también de ley.

Solemos formarnos un falso concepto de la dictadura, nos habituamos a considerarla como tal, solamente cuando la autoridad abusa de la fuerza ¿y cuando abusa de la ley?

En cuanto a mí, creo que es más funesto el abuso de la ley que el abuso de la fuerza.

¡El de la fuerza hiere a la persona, el de la ley a la comunidad; el de la fuerza es por su naturaleza transitorio, el de la ley inmanente; el de la fuerza atenta contra el cuerpo,

el de la ley contra la conciencia! Pero sea que coincidáis o no conmigo en esta apreciación, el hecho es que se dan con harta mayor frecuencia extralimitaciones de la ley que de la fuerza.

Con una de ellas viene amenazando uno de los excesos democráticos para el caso de arrebatar el poder.

Pues bien: con todo el derecho que me da el deber, con toda la fuerza que me comunica la verdad y con toda la valentía que me infunde la libertad, le digo: ¡Oh, poder! Cualquiera que sea tu origen y cualquiera que sea tu nombre, parlamento, gobierno, estado, poco importa: ¡detente! La indisolubilidad del contrato matrimonial está sustraído a tu alcance; la familia es una institución anterior a ti; no eres tú quien ha formado la familia, es la familia quien te ha creado a ti. Tú, efecto, no puedes destruir la que es tu causa. ¡No seas, pues, parricida!

No prepares tu derrumbe minando tus cimientos.

¡No te suicides!

No traspongas el dintel de ese santuario que te está vedado. No apagues con tu hálito el fuego sagrado de su altar. No rasgues con tu mano el velo que lo defiende de las miradas profanas. No rompas su vínculo consagrado. No pongas sobre tu cabeza semejante sacrilegio. ¡No separe el hombre lo que Dios ha unido!

Le diría más todavía; le diría: ¡no vuelvas contra la patria el cetro que ella misma, con confianza quizás excesiva, colocó en tus manos! Si al romper el vínculo de la familia, si al implantar el divorcio, te propones inferir un agravio a la Iglesia, piensa que con ello empobreces la sangre y desfiguras el carácter de la Patria.

Te restan tantas otras maneras de desahogar contra nosotros, ya que así lo quieres, tus infundados rencores...

¡Cercena nuestros derechos! Despójanos de los bienes, si

es que los tenemos. Expúlsanos de la patria que te dimos. Escúpenos la frente. ¡Quítanos la vida! Pero, ¡ay!, ¡no ciegues las fuentes puras de la sangre renovadora de la vida nacional y cristiana!

¡No dejes vacías nuestras cunas; no despuebles nuestra hermosa y dilatada tierra!

¡No ensombrezcas las que fueron fecundas, dispersando en vergonzosa orfandad a la niñez!

¡No afrentes la esbeltez de la Patria arrancando de su frente su mejor diadema, la que hasta ahora la viene distinguiendo entre las naciones del mundo; la que constituye su orgullo y su fuerza, su dignidad y su riqueza; la diadema de sus familias cristianas y patriotas, puras y fuertes, numerosas y sanas, tradicionales y virtuosas!

¡Pongámonos de acuerdo, todos los patriotas y todos los cristianos, salvando accidentales diferencias; pongámonos de acuerdo y hagámosles sentir que más que de sus programas políticos y sistemas económicos y reformas sectarias y doctrinas filosóficas materialistas y ateas, la mayor parte anacrónicos y exóticos, tenemos necesidad de que respeten y dejen en paz nuestras familias de las cuales sigan brotando como ramas benditas, los brazos robustos que empuñando el arado cubran de mieses doradas nuestros campos y los que blandiendo la espada custodien el orden, defiendan las fronteras y velen por la integridad y el honor de nuestra Patria!

¡Si consumaran, pues, aquel atentado, injuriarían a la Iglesia, pero sangrarían y debilitarían la Patria!

Y, en cuanto a nosotros, que nos sentimos tan argentinos si no más que ellos, nos ocasionarían, es cierto, un gran dolor, un martirio incruento, semejante al de aquel gran católico y gran patriota, tantas veces recordado, que cuando Inglaterra, su patria, se separó de la Iglesia por haber resistido la autorización del divorcio, se expatrió, mereciendo con su

muerte, como había merecido con su vida, este epitafio que leí sobre su tumba: "Aquí yace Robert Peachan, inglés católico, que no pudiendo vivir sin su fe vino a instalarse en Roma y en Roma murió, no pudiendo vivir sin su patria".

Acuérdome de una gran profecía, de aquella profecía del Génesis cuando la antigua serpiente del error y del mal, creíase para siempre triunfante del humano linaje: "Te arrastrarás sobre la tierra, díjole el Señor, y comerás el polvo. Yo te enemistaré con la mujer y a tus hijos con los suyos; tratarás de morderle siquiera el talón, pero ella te aplastará la cabeza!" ¿Lo habéis oído? Es Dios quien habla, Dios que profetiza.

Pues bien: no intento molestar a nadie, pero respetando los hombres debo decir la verdad a sus doctrinas: a esas rastreras doctrinas, impotentes para alzarse de la tierra, que tienen por misión tender emboscadas a todos los talones, a todas las flaquezas que nos apegan a la tierra por medio de los sentidos.

¡Doctrinas materialistas, escépticas y ateas, que levantan momentáneamente la cabeza, pero que no dejan de arrastrarse en las mismas horas en que nos hacen oír sus soberbios silbidos!

Yo les diré: ¡atacáis la religión, pero la verdadera lucha no es la que entabláis entre vosotros y ella! No lo olvidéis: contáis con un enemigo que os ha de resultar más temible que ella: "¡Yo te enemistaré con la mujer!" Tenéis por enemiga a la mujer, con sus afectos y purezas innatos que le infunden repugnancia a todas las corrupciones, a la corrupción del espíritu, a la corrupción de los sentidos, a la corrupción de la historia; a la mujer con ese instinto y con ese poder sobrenatural de que la ha revestido el cristianismo!

¡Entre vosotros y la religión está la mujer! Está la esposa y está la hermana.

¡Entre vosotros y nosotros, entre vuestros sofismas y nuestra razón está la mujer! ¡Está nuestra madre!

Después de diez, de veinte, de treinta o más años, su sombra bendita nos cobija aún; conservamos en el alma el eco de su palabra y en el corazón la huella de su abrazo.

¡Todavía arde en nosotros el fuego de sus caricias; y en su beso maternal y divino llevamos como en un sello sagrado una revelación permanente de lo que hay más elevado en el cielo y más profundo en el alma!

¡No! ¡Mientras no cerréis en mi Patria los labios de la última madre cristiana, no habréis puesto término al reinado de Dios sobre la familia en mi tierra!

IV

Disminución de la autoridad paterna

Quisiera —aún cuando sea sintéticamente, pues debo terminar— expresaros también unos conceptos que puedan serviros de saludable advertencia, a fin de completar la defensa de la familia; ya que las amenazas contra su estabilidad no sólo la acechan de afuera, sino también surgen de adentro.

Noto lo siguiente: en la arquitectura de la familia está apareciendo una falla; mientras por un lado aumenta la precoz independencia de los hijos, por otro se debilita y va en disminución la autoridad paterna.

Si esas desviaciones se siguen acentuando no tardará la hora del fatal desequilibrio.

Por otra parte, desde el punto de vista social o, si queréis llamarle, de clase —porque alguna palabra tenemos que emplear para concretar la idea—, mientras el aluvión de familias populares están robusteciendo los caudales de la onda roja, las familias que denominaremos aristocráticas vuélcance

sin resistencia dentro de la corriente azul, esa corriente moderna, exótica, importada, cuyas extravagancias o indecorosas o antiestéticas, irritan más las furias y precipitan el avance demagógico. El encuentro y el choque entre esas ondas, en su estallido formidable, podría provocar en un instante la desastrosa catástrofe en que naufragarán las instituciones que constituyen nuestro patrimonio y nuestra más preciada herencia.

¿Cómo alejar la posibilidad de esos desastres? ¿Cómo reajustar el organismo familiar? Para ello sólo podemos servirnos de una fuerza, más poderosa que todas las potencias del mundo, más fuerte que la misma muerte que las quiebra todas: ¡el amor! El amor que triunfa de todo; hasta de la misma muerte, puesto que la sobrevive. El amor de la familia. Es el medio revelado y ordenado por Dios para la creación y la conservación de la familia.

Cuando Dios nos relaciona con el prójimo nos ordena el amor; cuando nos vincula a la familia no le parece bastante y nos manda un amor transformado en culto: honrarás al padre y a la madre.

El amor filial desde el altar del corazón debe proyectar resplandores que transfiguren la fisonomía de los padres presentándolos como seres celestiales.

Debe ser para los hijos una gran desgracia no poder venerar a los padres a quienes tienen la obligación de amar. En cambio, no hay en la tierra una satisfacción comparable a la que experimenta el hijo que puede erigir un altar a la memoria de sus padres y que en el secreto de su alma puede decirse: mi padre fué tal vez un hombre muy modesto, pero íntegro en su honor, fuerte en la desgracia, virtuoso en la vida, intransigente con la seducción o la amenaza, y por ello me es tan venerable como querido: sus canas son para mí como una aureola por el níveo resplandor que en torno de ellas

proyectan su integridad y su virtud. ¡Por eso la mejor herencia que puede dejarse a los hijos no es la del nombre, no es la de la fortuna, sino la de la sangre y el honor!

Al presentar al amor como salvador de la familia, aparécese como encarnándolo Teresita de Lisieux. Pero en el deseo de evitar repeticiones, invito a leer como apéndice de la presente conferencia las siguientes observaciones preliminares para el establecimiento de la Congregación de Santa Teresita del Niño Jesús.

4

APENDICE

Observaciones preliminares

I

La Congregación de Sta. Teresita del Niño Jesús en la Parroquia de San Miguel

Desde que comenzó a propagarse en la Parroquia de San Miguel Arcángel la devoción a Santa Teresita del Niño Jesús, los feligreses reiteraban el pedido de que se estableciese en ella una congregación. Pareció, sin embargo, conveniente no precipitarse. Era prudente comprobar la perseverancia en dicha devoción. Y no lo era menos, estudiar con detenimiento la manera de eludir el inconveniente de establecer una congregación de más, como acontecería si no fuese reclamada por alguna necesidad especial. Debía meditarse si en realidad estaría destinada a producir algún beneficio positivo que no fuera posible esperar de las otras; en una palabra: era un deber cerciorarse antes, si verdaderamente vendría a llenar algún vacío.

Esas dos prudentes razones que aconsejaban la demora, han desaparecido ya, felizmente. La primera, gracias a la ejemplar perseverancia de los devotos de Teresita que diariamente aumentan en fervor y en número. La segunda, merced a un estudio más profundizado acerca de las características de la

santidad de Teresita y su misión providencial y de las necesidades más sentidas en la hora actual de la sociedad.

No es aventurado esperar que estas consideraciones preliminares, han de llevar a quienes las leyeren este mismo convencimiento y, como consecuencia, el de que la hora feliz de establecer en nuestra querida Parroquia. la Congregación de Santa Teresita del Niño Jesús, ha sonado ya, fuerte y dulcemente, llenando de júbilo nuestras almas. Y será una Congregación con su sello propio e inconfundible, como la devoción a Teresita que la inspira.

Constituirá su finalidad, la misma para la cual Dios la ha presentado al mundo en esta hora tan incierta y aciaga de su historia, es decir: el reflorecimiento del catolicismo genuino y práctico, por el más simple y seguro de los medios, el emanado de este precepto Evangélico, aceptado generalmente como una creencia, pero no como una profesión: "Si no os hacéis como los niños, no entraréis al reino de los cielos". Y será además una congregación no simplemente *de personas,* sino también *de familias,* lo que corresponde muy bien a una modalidad peculiar y divinamente seductora de la santidad de Teresita.

II

Humillación y amor: la lección de Sta. Teresita

Por lo que respecta a la eficacia de la devoción a Teresita a los efectos del reflorecimiento del catolicismo genuino y práctico, han hablado ya autorizadamente los augustos Pontífices y nada mejor puédese añadir. Benedicto XV ha hecho la apología suprema del "caminito de la infancia espiritual" para llegar directa y rápidamente a dicho fin, al explicar su esencia. En su magistral discurso declarando venerable a Teresita,

dice: "No es difícil dar a conocer el valor subido de esta infancia espiritual, ora por lo que excluye, ora por lo que supone. Excluye, en efecto, el sentir orgullosamente de sí propio; excluye la presunción de alcanzar un fin sobrenatural por medios humanos; excluye también el lamentable engaño de pretender bastarse a sí mismo en la hora del peligro y de la tentación. Y, por otra parte, supone fe vivísima en la existencia de Dios; supone un homenaje práctico a su poder y misericordia; supone confianza absoluta en la Providencia de Aquel del cual podemos conseguir la gracia de evitar todos los males y de enriquecernos con toda suerte de bienes. Son tan preciosos los tesoros que encierra esta infancia espiritual, que no es maravilla si el Divino Maestro la señaló como condición necesaria para el logro de la vida eterna".

Y Pío XI en su discurso con motivo de la aprobación de los milagros para la Beatificación de Teresita, la presenta como una "palabra de Dios" dirigida a los cristianos del mundo y dice: "¿Cuál es la palabra que Dios quiere decirnos? ¿Qué quiere decirnos "Teresita" convertida ella también en una palabra de Dios? Pues Dios habla por sus obras y es propio de aquellos que más unidos están con El, hablarnos a su vez, no con palabras, sino por sus obras. Dícenos Dios y "Teresita" con El, que hay una cosa si no más grande, a lo menos tanto como la acción y el poderío del genio; una cosa que, ante Dios, es tan preciosa como las grandes cualidades de sabiduría y organización... Sí, hay una cosa que ante Dios, es al menos tan preciosa: esta cosa es la humildad, la dulce y sincera humildad de corazón; la completa fidelidad al deber de estado, sea el que fuere, en cualquier grado de jerarquía humana en que Dios nos haya colocado y llamado a trabajar; la disposición a todos los sacrificios; el confiado abandono en la mano y el corazón de Dios, la ingenua ternura hacia Jesucristo, respondiendo a la que nos ha testimoniado El mis-

mo, esa caridad que como les decía el Apóstol a los fieles de Cristo, es benévola, paciente, constantemente activa y dispuesta a soportarlo todo, pronta a todas las abnegaciones y a todas las inmolaciones. Es éste un camino que sin permitir a la generalidad alcanzar las alturas a las cuales Dios ha conducido a Teresita, es no sólo posible, sino fácil para todos. Como observa San Agustín, no todo el mundo puede predicar y hacer grandes obras. Pero ¿acaso hay alguien incapaz de rogar, de humillarse y de amar? Tal es la lección que hoy nos ofrece "Teresita" a fin de que podamos elevar nuestras aspiraciones a la perfección de la vida cristiana.

III

Santificación del amor de la familia

La santidad consiste en el perfecto amor de Dios, al cual se llega destruyendo previamente todo cuanto se opone a esta absoluta entrega a El. Los caminos de la santidad son múltiples y variados. Ellos se adaptan al carácter de cada individuo y a la necesidad de cada siglo. En la época pagana, es decir, en la edad de todas las licencias, surgieron los anacoretas, los solitarios de las rigurosísimas penitencias a quienes habían impresionado aquellas palabras: "Si no hiciereis penitencia, todos pereceréis igualmente".

En el siglo del abuso de las riquezas, San Francisco de Asís escuchó en cierta ocasión estas otras: "No tendréis dos túnicas... etc.", y desde ese momento concibió un inmenso amor a la pobreza absoluta.

En la época contemporánea de orgullo y anarquía, la saludable reacción es inspirada por éstas: "Si no os hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos". A Teresita del Niño Jesús cabe la gloria de ser la elegida por Dios para

iniciarla. Ella pertenece también a la categoría de los santos banderas. Los que sinceramente quieran reaccionar y salvarse, deben seguirla. Por otra parte, saboreamos ya la amargura de una de las consecuencias de ese predominio de orgullo y anarquía: la familia se disgrega y se destruye el hogar. Y la angelical Teresita complementa su misión, apareciendo como la santificación del amor de la familia. Su caminito de la infancia espiritual es también una reminiscencia de este amor, pues consiste en colocarse como niño en brazos del Padre que está en los cielos, con una total entrega de sí misma y un ciego abandono en su poder y misericordia.

IV

Providencial modelo

En cuanto a la oportunidad de una congregación de Santa Teresita no sólo para personas, sino también para familias, creemos que ha de quedar suficientemente demostrada con las siguientes reflexiones.

Todos nos lamentamos hoy del estado de la sociedad y nos alarma la visión de su próximo porvenir si sigue siendo arrastrada por la corriente desmoralizadora que la lleva.

Pero ¿puede mejorar la sociedad, o por lo menos conservarse, si las familias se malean? ¿No son éstas la célula de la sociedad? ¿Quién puede esperar que la mies sea buena, si las espigas son malas? Lo necesario, pues, lo urgente, es la preservación de las familias en la dulzura de su intimidad, en el interés de su unión, en la indisolubilidad de su vínculo, en la integridad de sus costumbres, en el encanto de su tradición. Todo se ha conjurado hoy contra todas y cada una de esas bellas virtudes de la familia cristiana. Sus miembros, pues, deben estrechar filas y mantenerse bien unidos y compactos

como granos de un racimo. Deben redoblar su abnegación y su inmolación y para ello deben conservar y acrecer su mutuo amor. El amor aligera y aun hace deseables la abnegación y la inmolación. Mas para ello es indispensable una fuerza misteriosa y sobrenatural que todo el que la pide de veras, alcanza; fuerza que sostiene y vigoriza la naturaleza cuando flaquea. Esa fuerza es la gracia, la gracia divina que unge y fortifica la naturaleza, volviéndola intrépida e invencible. Esa es la gracia que nos proponemos alcanzar de Dios, con el establecimiento de esta congregación para todos y cada uno de los miembros de cada familia. Decíamos que el medio indefectible para el robustecimiento de las virtudes domésticas, es el amor. Y lo repetimos: el amor es el único insustituíble y es a la vez el más dulce y el más fuerte de todos: el amor lo puede todo: ¡es más fuerte aún que la muerte, puesto que triunfa de ella y la sobrevive!

Y bien: Teresita es el prototipo del amor de la familia en la época contemporánea. He ahí una característica que vuelve tan simpática y atrayente su santidad. ¿Quién puede leer sin que la ternura, como una mano suavísima, le apriete el corazón y le haga subir a los ojos su savia de lágrimas, lo que ella misma escribe en su "Memoria de un alma", acerca de su madre?

En Alençon, no sube un peldaño de la escalera de la casa solariega sin gritar: "Mamá" y esperar la respuesta antes de ascender al otro... Cuando muere la madre, Teresita a los cuatro años se da cuenta del pavoroso misterio, cuyo abismo en vano se trata de disimularle: su carácter sufre una transformación trascendental y se le abre en el alma una fuente inextinguible de lágrimas.

Y en lo que respecta a su padre venerable... su cariño, su apego llega a límites que trasportan. ¡Con cuánta razón concluye él por llamarla su "reinecita"! El amor filial le ha

conferido el cetro: ella reina sobre el corazón de su padre. Y ¿quién puede ponderar la violencia de la lucha que se entabla en su corazón virginal, cuando el amor de Dios le revela los designios de su desposorio divino para cuya realización debe decidirse al alejamiento de su padre? Mucho se habla y se comenta sobre lo que sufren en casos análogos los padres... pero ¿y los desgarramientos íntimos de los hijos? Lo único que mitiga un tanto en Teresita la pena de esta separación es la seguridad obtenida de Celina que la reemplazará y mientras su padre viva, le prodigará sus cariñosos cuidados. Y cuando se va al Carmelo, se lleva como único tesoro una flor, una flor blanca de su jardín de "les Buissonnettes". Nueve años después, caminando apenas por los jardines del convento, apoyada en el brazo de Paulina, la detiene ante la imagen de la Virgen; y con los ojos llenos de lágrimas, señalando a los pies de la imagen, le dice: ¿Ves, madrecita mía, esa flor? ¡Es la que me dió nuestro padre cuando le manifesté mi resolución de entrar al convento!

Nos haríamos interminables, saliéndonos de los límites de unas simples consideraciones, si quisiéramos consignar algunos de los rasgos de su amor fraternal. ¿A cuál de sus hermanas amaba más Teresita? ¿A María, la mayor de todas? A ella le dedica el capítulo IX de su "Memoria", que encabeza así: "¡Oh, hermana mía querida! Pídeme V. C. que le deje un recuerdo... Ya que nuestra Madre me lo permite, es una alegría para mí platicar con V. C., dos veces hermana mía, con V. C. que me prestó su voz prometiendo en mi nombre que sólo deseaba servir a Jesús, cuando todavía no me era posible hablar. Amada Madrinita mía: la niña a quien ofreció al Señor, es la que le habla esta noche: ella es la que ama a V. C. como una tierna criatura sabe amar a su madre... ¡Solamente en el cielo conocerá todo el reconocimiento que desborda de mi corazón!"

¿Acaso a Leonia, a quien en la última de sus cartas, próxima ya a la muerte, le decía lo siguiente: "Adiós, hermana mía querida: quisiera que el pensamiento de mi entrada al cielo, te llenara de contento, puesto que podré más que nunca demostrarte mi ternura. En el Corazón de nuestro esposo celestial, viviremos la misma vida y por toda la eternidad seré

Tu queridísima hermana
Teresita del Niño Jesús"?

Pero ¿y su unión indisoluble con Celina, con "su Celinita" que le era más próxima por la edad? Su compañerita en los juegos, los paseos y los estudios. ¡Aquella cuya separación, aunque momentánea, ocasionada por sus idas al Colegio, la hacía derramar lágrimas inconsolables! ¡Aquella Celinita suya, cuya vocación pedía en el Convento; aquella a quien evocaba una tarde, a la caída del sol, sobre la terraza del Carmelo, diciendo que para sentirse completamente dichosa sólo le faltaba su Celinita!

Toca el turno a Paulina: si no la amaba más que a todas, ¿por qué, cuando quedó huerfanita, la eligió por madre, para que su cariño le volviera menos insoportable el vacío del de la propia? ¿Por qué le dice en sus últimos días: "Madrecita mía, es Vd. la única en el mundo que ha penetrado hasta el más íntimo de los repliegues de mi alma"?

En fin: esta disquisición es estéril desde el punto de yista de poder llegar a establecer por cuál de ellas estaba la preferencia del amor de Teresita. Todas y cada una eran sus preferidas: y esa es precisamente otra de las bellas características de su amor fraternal. Lo importante es dejar constatado con su propio testimonio lo acendrado de su amor por familia.

Citaremos textualmente algunos de sus párrafos en que

deja demostrado que ese amor no era simplemente instintivo, sino que tenía de él perfecta conciencia, y se gloriaba de su práctica como de una de las más preciosas virtudes cristianas. "No, no vine a este bendito Carmelo, para vivir con mis hermanas; por lo contrario, presentía que me ocasionaría esto grandes sufrimientos, desde el momento que no quiere una conceder nada a la naturaleza. ¿Cómo se puede decir que es mayor perfección alejarse de los suyos? ¿Se ha reprochado alguna vez a los hermanos el combatir en el mismo campo de batalla, el volar a recibir juntos la palma del martirio? Sin duda, se juzga con razón que se alientan mutuamente, pero también es cierto que el martirio de uno, se convierte en el de todos. Lo mismo sucede con la vida religiosa, considerada por los teólogos como un martirio. Al entregarse a Dios, no pierde uno su ternura natural: por lo contrario, se desarrolla y crece dicha ternura, llegando a ser más pura y divina. Con esta ternura amo a V. R. ¡oh Madre mía! y amo a mis hermanas. Sí, es para mí una felicidad el combatir en familia por la gloria del Rey de los cielos; pero estoy también dispuesta a volar a otro campo de batalla, si éste fuere el deseo del divino General; ni sería menester una orden, bastaría una mirada, una señal"... (del Capítulo Noveno de su "Memoria").

En fin, ¿por qué Teresita quería tanto a aquel angelical misionero que murió mártir precediéndola en la corona? Ella misma lo confió a sus amadísimas hermanas en una conversación: "Teófano Venard es un *santito* de vida completamente ordinaria. Amaba mucho a la Virgen Inmaculada y a su familia". Y haciendo hincapié en estas últimas palabras, añadió: "¡Yo también amo mucho a mi familia! ¡No comprendo a los Santos que no aman a su familia!"

Después de esto, no hay nada que decir o aclarar. ¡Temería empañar la trasparencia de ese lenguaje, que deja ver

la profundidad de ese bello corazón de Teresita en que hay tanto de divino y tanto también de humano!

Bien, pues: paréceme dejar suficientemente demostrada la característica de la santidad de Teresita que la impone como providencial modelo en esta hora del mundo, tan fatal para la pureza, la integridad, la indisolubilidad y la sumisión de la familia cristiana.

V

El apostolado dentro del hogar

Pero, para manifestar todo nuestro pensamiento acerca de la oportunidad de la devoción a Teresita, contemplada en esa faz de su fisonomía moral, es necesario agregar una palabra, llamando la atención sobre lo que suele acontecer con muchas buenas almas a quienes el celo las impulsa al apostolado en alguna de sus diversas formas.

Trátase de una modalidad bastante generalizada y no es suficientemente advertida por quienes de ella adolecen. Paréceles que la esfera del apostolado, está siempre fuera de los límites del propio hogar. Resultan así buenos predicadores fuera, y dentro malos ejemplarizadores. Pretenden edificar en público, y en la intimidad desedifican. Con su carácter indómito, su falta casi habitual de abnegación, el abandono de sus deberes domésticos, sus ausencias indefinidamente prolongadas por el tiempo que les insumen el juego, los esparcimientos y aun el apostolado de su preferencia, lejos de hacer atrayente para los propios, les vuelven odiosa la religión que pretenden inculcar en los extraños. ¿Cómo puede resultar eficaz un apostolado que brota de una fuente viciada? ¿Qué género de devoción es esa que para satisfacerse exige el abandono de la obligación? ¿Quién puede gloriarse de practicar la caridad, si para ejercerla debe faltar a la justicia?

A quienes de tal manera desvirtúan el cristianismo genuino y práctico, conmínalos el Espíritu Santo por la voz de San Pablo. Cuando en su carta instruye a Timoteo sobre las cualidades de los que se dedican al apostolado, dice: "Y si alguien no se preocupa de los suyos, principalmente de aquellos con quienes convive, reniega de la fe y se hace más detestable que el infiel". He ahí, aunque apenas señalada, una gravísima deficiencia que la devoción bien comprendida y practicada a Santa Teresita, deberá subsanar.

Ante este conjunto de admirables respuestas, que el culto de Teresita viene a dar a todas las nuevas deficiencias que han estado apareciendo de un tiempo a esta parte en la sociedad, ¡cuán cómodo resulta contestar a la pretendida objeción que algunos, felizmente muy escasos ya, pretendían oponer a esta providencial devoción! Pensando que con ello justificaban la falta de interés que habían puesto por conocerla o la demasía de interés porque no habían obtenido instantáneamente el favor que por su intercesión pidieron, resistían como nueva la devoción a Teresita. Según ese pobre criterio, ninguna de las grandes devociones debería existir, porque todas ellas, alguna vez fueron *nuevas*. Mas aparte de esto, después de las anteriores consideraciones, podemos fundadamente exclamar: ¡mil veces bendita *esa novedad* que viene a traernos la respuesta de Dios reclamada por todas esas *novedades* que nos deforman el catolicismo y la sociedad!

VI

Plenitud de vida a través de la influencia sobre los individuos

Hay en la piedad moderna, otra gran deficiencia que la devoción a Teresita viene a remediar. Debido a esa falta de

preocupación por los suyos, que en tan duros términos recriminaba San Pablo en los fieles, muchos de los miembros de la propia familia, omiten durante largos períodos de la vida y hasta por toda ella, la práctica de la religión y la percepción de los Santos Sacramentos, conductos divinos de la gracia, como si estuviesen convencidos que no han de morir. Al verles gravemente enfermos, el remordimiento comienza a trabajar la conciencia, y cuando la muerte está cercana ya, y los acecha, no aciertan los negligentes fieles en dar con el medio de ejercer su apostolado tardío. Pídense entonces milagros a Dios, a los Santos y aun a los Sacerdotes, a quienes llaman precipitadamente en la última hora y responsabilizan del descontado fracaso de su misión. Y luego, ¡con qué responsabilidad agravan el dolor de la pérdida de los seres queridos!

¡Véanse, pues, algunos de los beneficios y consuelos de la serie que inaugurará la verdadera devoción a Teresita, influyendo eficazmente en los individuos y por medio de ellos en las familias, en la plenitud de la vida!

VII

En Lisieux. La bendición papal

En mi visita a Lisieux el 18 de abril de 1931, durante una prolongada e inefable conversación mantenida con las tres hermanas de Teresita, aproveché la oportunidad que anhelaba de interiorizarlas del propósito de esta fundación y pedirles su intercesión para con su santa hermanita, a fin de conocer si era de su agrado, y así obtener su protección. En el desarrollo del tema: "Teresita", modelo del amor a la familia, notaba la emoción incontenida de aquellas excepcionales Religiosas y sus reiteradas inclinaciones de cabeza: ¡me encontraba en presencia de tres testimonios presenciales, interesados pero irre-

cusables! Y les dije: ¿no es verdad? — "¡Y hasta qué punto!" — replicaron inmediatamente dos de ellas. La tercera, Sor Genoveva, lloraba en silencio... Continuó luego Sor Inés de Jesús: "¡Es una inspiración providencial! ¿No ha expuesto este pensamiento al Santo Padre? ¡Yo sé cuánto le agradará!" Así lo creo yo también; sobre todo, que este propósito responde enteramente al de su magistral Encíclica sobre la familia. Pero aún no he ido a Roma, lo que haré dentro de quince o veinte días. "Sí, háblele, háblele: de nuestra parte, le prometemos anticiparle su propósito". Mil gracias. Y para la seguridad del éxito, necesito las súplicas de Vds. tres. "Las haremos de una manera fervorosa e insistente". Y una de las interlocutoras agregó: "Le pedimos en cambio que nos prometa la agregación de esa Congregación a nuestra Cofradía". Será para nosotros una garantía y un honor.

El 23 de mayo de 1931, en la audiencia privada que se dignó concederme el Sumo Pontífice Pío XI, pude también cumplir mi deseo vehemente de exponerle en síntesis el mismo propósito, aludiendo de paso a su recordada Encíclica. El Santo Padre escuchó con amable interés y entre otros conceptos emitió éste: "La salvaguardia de la familia a que tenderá la Congregación, es la base y el fundamento de todo". Alentado por la satisfacción que le ocasionaba, le pedí que bendijera el propósito y agregué: Me explico la complacencia que causa a Vuestra Santidad, todo lo que tienda a difundir la devoción a aquella a quien ha llamado "la Estrella querida de su Pontificado". Inmediatamente continuó El: "¡Y cómo me hace sentir su influencia!" De ahí dimanó también la facilidad de la augusta concesión del gran privilegio de la Indulgencia Plenaria para el día 30 de cada mes, aniversario de la muerte de Teresita, otorgado por la Sagrada Congregación de la Penitenciaría el 28 de mayo de 1931.

* * *

Enunciados estos antecedentes, creo que hay razón para repetir que "la hora feliz de establecer en nuestra Parroquia, la Congregación de Santa Teresita del Niño Jesús, ha sonado fuerte y dulcemente, llenando de júbilo nuestras almas".

Ninguna dificultad razonable puede detener a los fieles en su alistamiento en ella, si sinceramente se anhela la imitación de sus virtudes y su protección valiosa.

¿Qué nueva obligación se contrae con su pertenencia? Ninguna. Si alguien preguntara: "Para ser devoto de Teresita y alistarme en su Congregación, ¿qué deberé hacer además de lo que hago?" Nada. Si haces algún mal, lo dejarás de hacer. Y todo lo demás que haces en tu vida normal, lo harás algo mejor, dándole con la gracia de Dios un valor ante El. Pondrás así a las obras de tu vida ordinaria el sello de lo sobrenatural, a fin de que no se pierdan como papel sin valor, privado de circulación en el divino comercio con el cielo. Eso es todo.

* * *

No parecerán fuera de lugar las dos palabras con que deseamos terminar estas consideraciones. La verdadera devoción a Teresita, no debe consistir sólo en pedirle, sino también en darle. Pero nadie se consagra a lo que no se ama. Tal es la esencia de toda verdadera devoción. La otra, la que sólo se hace consistir en pedir y a lo sumo en ofrecer algunas dádivas o algunas flores, como correspondencia, es una de las tantas formas del interés y la falsificación de la devoción. Al que ama de veras, le es más grato dar que pedir. "¡Todo el mundo me amará!", había dicho divinamente inspirada Teresita. Démonos, pues, a su imitación y merezcamos su protección. Ofrendémosle luego todo lo demás porque entonces tendrá su significado. Las flores resultan más gratas, cuando son el

símbolo sensible de las invisibles virtudes que tratamos de cultivar en el alma, bajo la influencia del riego celestial de sus bendiciones. ¡La lluvia de rosas, exige que se prepara el terreno sobre el cual han de aparecer y sonreír!

* * *

Terminaré, reproduciendo las palabras que tuve la dicha de oír a Sor Inés de Jesús, para que sigan resonando indefinidamente: "...Y diga a sus feligreses, diga a todos los creyentes de su lejano y querido país, que ellos no pueden imaginarse la lluvia de rosas que les espera, en recompensa de su devoción a Teresita!" En aquellos mismos días, escribió de su puño y letra al pie de un retrato de la Santita, este pensamiento que es todo un augurio feliz: "¡Yo suplico a mi Santa hermanita que deshoje sus rosas celestes sobre la Argentina!"

Y me serviré como de broche de oro para cerrar estas consideraciones preliminares, de las que el Sumo Pontífice Pío XI pronunció en su Homilía de la Canonización de Santa Teresita: "...la práctica generalizada del camino de la infancia espiritual, augura una saludable reforma de la sociedad humana".

IV
FIGURAS DE LA IGLESIA

1

LA SOCIOLOGIA CATOLICA SEGUN EL PENSAMIENTO DE PIO XI

El Consejo Superior de Hombres Católicos de la Acción Católica Argentina, fundador del Instituto Católico de Conferencias, me ha dispensado el honor de su invitación insistente a ocupar esta tribuna, levantada por su iniciativa y prestigiada por los hombres eminentes que la han ocupado.

Comienzo dedicándole una palabra de gratitud porque ella me enaltece y porque me proporciona la oportunidad de revelarme asociado a la noble tarea que la Acción Católica persigue. Una empresa o una idea emanada del Papa en ejercicio de su augusto Magisterio, reclama no ya la aceptación sino la plena conformidad del católico, y, si es posible establecer gradación a este respecto, la exige mayor aún del Sacerdote y del Obispo. Mi gratitud le alcanza, además, por la designación del tema de esta conferencia en cuyo desarrollo debo referirme a la "Sociología Católica según el pensamiento de Pío XI", con el que, como corresponde, me complazco grandemente no diré en conformar sino en refundir y unificar el mío.

I

Estado actual de la humanidad

En el encabezamiento de la encíclica "Charitate Christi compulsi" dice el Sumo Pontífice Pío XI: "Si recorremos con el pensamiento la larga y dolorosa serie de males que —triste herencia del pecado— han señalado al hombre caído las etapas de su peregrinación terrenal, desde el diluvio en adelante, difícilmente nos encontraremos con un malestar espiritual y material tan profundo, tan universal, como el que sufrimos en la hora actual. Hasta los flagelos más grandes, que han dejado ciertamente en la vida y en la memoria de los pueblos, huellas indelebles, cayeron ora sobre una nación, ora sobre otra. En cambio ahora la humanidad entera se encuentra tan tenazmente agobiada por la crisis financiera y económica, que cuanto más se agita tanto más insolubles parecen sus lazos: no hay pueblo, no hay Estado, no hay sociedad o familia que en una u otra forma, directa o indirectamente, más o menos, no sienta su repercusión".

Así habló a la cristiandad el 3 de mayo de 1932 el hombre cuya mirada abarca el mundo desde el más alto observatorio moral y sobre cuya cabeza pesa la más grande responbilidad.

Y luego, hundiendo la mirada, descubre la causa generadora de la angustiosa perturbación moral y física que tortura a la humanidad, y la denuncia al mundo, diciendo: "La causa es la ambición de los bienes terrenales" emanada del "sórdido egoísmo, que con excesiva frecuencia preside las mutuas relaciones individuales y sociales..."

Más adelante añade: "Aprovechando de tanta estrechez económica y de tanto desorden moral, los enemigos de todo orden social —llamémosles comunistas, o con cualquier otro

nombre, y éste es el mal más terrible de nuestros tiempos, audazmente se dedican a romper todo freno, a despedazar todo vínculo de ley divina o humana".

Nadie como el Papa ha abarcado el problema universal ni en su inconmensurable amplitud ni en su verdadera profundidad; ni los economistas, ni los políticos, ni los sociólogos. En efecto, unos piensan que el problema es exclusivamente económico y que en definitiva sólo se trata de una lucha contra la propiedad o contra el capital. Otros, que es político y que todo depende del partido que triunfe o de la forma de gobierno que se imponga. Estos se persuaden de que es social y que todo depende del exterminio o de la reviviscencia de la democracia. Aquéllos de que es moral y que todo se reduce a la mayor absorción de las libertades, mediante la entronización del fascismo, del nacional-socialismo o de cualquiera de los sistemas cesaristas que centralicen y unifiquen más o menos el ejercicio de la autoridad. Hay quienes sostienen que es un problema patriótico y que la solución está en la vigorización del nacionalismo, especie de "chauvinismo", con la aspiración de que la propia patria llegue a bastarse a sí misma. Y hay por fin, quienes afirman que es esencialmente humano, por lo cual el término de las dificultades sólo vendrá con la total eliminación de las fronteras: son los proselitistas del "humanismo". Todos ellos circunscriben el problema sin abarcarlo ni en su amplitud, ni en su profundidad.

II

La inminente transformación social

Con el especioso propósito de mejorar a la humanidad en no lejano futuro, ha hecho su presentación en el mundo una nueva entidad. Y se ha presentado resueltamente levantando la bandera de una transformación social. Esa entidad ha enun-

ciado su programa y ha iniciado ya la primera etapa de la formidable empresa que viene a cumplir en esta hora de la historia: es el "bolchevismo". No nos hagamos ilusiones, señores; nos encontramos ya frente a su realidad histórica. No es, pues, el caso de detenernos en salvar esta o aquella rama, amenazada por uno u otro de los golpes de hacha. ¡Debemos prepararnos y presurosamente, a defender el tronco mismo, ¿qué digo el tronco? la propia raíz del árbol de la civilización cristiana que está recibiendo los primeros y formidables hachazos de la gran revolución!

Pero pregunto, señores: ¿Se podrá detener la transformación social? De ninguna manera. Y aun cuando por un imposible pudiera lograrse, no debería detenerse. ¿Por qué? Porque la transformación es necesaria; desde que si no se operara, continuarían y se agravarían los males que la humanidad padece. Por lo demás, ya es inútil discutir; es un asunto que ya no depende ni de nuestro asentimiento ni de nuestra oposición. Más aún: nos hallamos ya en pleno período de transición. La incógnita subsiste solamente respecto del proceso que deberá seguir. ¿Se consumará de un salto o se hará de a pasos? ¿Será violenta o será evolutiva? ¿Se establecerá por medio de la revolución o de la evolución? ¿Y una vez operada la transformación, la sociedad que resulte será mejor o será peor? ¡Si peor, la humanidad se habrá convertido en ultrapagana; si mejor, es porque se habrá vuelto esencialmente cristiana!

Todo depende del factor que intervenga en forma preponderante: Si se deja actuar preponderantemente a la sociología bolchevique, la humanidad, por el medio violento de la revolución, será ultrapagana; si se hace intervenir en forma decisiva a la Sociología Católica, la sociedad humana, mediante una transformación evolutiva y pacífica, será esencialmente cristiana.

III

El comunismo - Su esencia - Su finalidad

No sé todavía si todos han advertido que la transformación social intentada por el comunismo es contraria a toda civilización, no ya cristiana, sino humana. He leído en alguna parte esta afirmación: "El comunismo soviético es en toda la extensión de la palabra, el enemigo declarado de Dios y del género humano". No sé si parecerá exagerada esta afirmación. Pero ni la rectifico, ni la atenúo. Antes al contrario, la mantengo, la hago mía y la pruebo. Y la pruebo con esta sola demostración evidente. El bolchevismo se opone directa y obstinadamente a todo principio divino y humano. "En todos los códigos de las naciones civilizadas —como muy bien queda establecido en un artículo de la Dirección de la Revista "Civiltá Cattolica", Nº 1944,— es reconocido el derecho natural, el cual, esclarecido y refirmado por el cristianismo, constituye la fuente y la base de la civilización. La misma Revolución Francesa, bien que con mezcla de errores, proclamó los "Derechos del hombre" y no se atrevió, al menos en general, a negar la existencia y los derechos del "Ente Supremo". Pero la Constitución y la Legislación Soviética, son la conculcación flagrante y radical de los derechos de Dios y de los derechos del hombre, porque están basadas en la negación absoluta de la ley natural. Sólo así se explican la abolición del derecho al dominio de la propiedad individual, al del beneficio del capital o del trabajo, al de la constitución de la familia, al de la autoridad paterna, al de la libre asociación, y al de la libertad de la propia conciencia; ¡todo lo cual implica el absoluto exterminio de todos los derechos naturales del hombre!

Ante tamaña aberración, es el caso de preguntarse: ¿Y

de dónde ha podido dimanar una concepción semejante? ¿Qué ley ha regido esa fundamental subversión? Ninguna, señores; ninguna. "*Sit pro ratione voluntas*". El instinto ha arrebatado el cetro a la razón humana, después de haber renegado de toda ley eterna de justicia y de toda norma de moral cristiana. Tal es la idea de la dictadura propugnada por los padres del Comunismo. Según Lenín, "la dictadura significa un poder ilimitado, no trabado por ninguna ley, por ninguna norma absoluta y directamente establecido sobre la violencia". Son sus textuales palabras. Es decir, una tiranía absoluta con menoscabo de toda ley divina y humana. Por eso el Papa Pío XI ha podido afirmar en su carta al Emmo. Cardenal Vicario de Roma, el 2 de febrero de 1930, que el Comunismo implica en realidad, "la ruina de las inteligencias y de la misma naturaleza humana".

¡Véase, señores, hasta qué extremo se llega, cuando se anda por la senda extraviada del olvido y del menosprecio de las normas eternas de la justicia y la moral en el desenvolvimiento de la vida humana!

Como se ve, la transformación social pretendida por el Comunismo es integral. Conviene añadir una palabra para dejar establecido que es también universal. El bolchevismo, en efecto, tiende sin ocultamientos, a difundir por todo el mundo sus doctrinas y a implantar en todas las naciones su sistema. Su intento hacia la revolución universal, lo ha proclamado en el nombre que ha grabado en su bandera: U. R. S. S., es decir, "Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas". Adviértase que deliberadamente ha sido eliminada toda referencia a la Nación Rusa, para dejar abierta la incorporación a todas las otras repúblicas socialistas que puedan suscitarse en las demás naciones por medio de las sucesivas revoluciones comunistas, para someterlas al yugo de la única tiranía que según su designio debe sojuzgar al mundo: ¡la soviética!

IV

La sociología católica

Bien, señores. Henos aquí en plena opción por el segundo término del dilema. La transformación social debe operarse, y si no queremos que venga por medio de la conculcación de todos los derechos divinos y humanos que proclama la Sociología atea, debemos disponernos a realizarla por medio de la Sociología Católica según el pensamiento de Pío XI. Porque es oportuno advertir que no existe ninguna otra sociología intermedia, que contenga todo un sistema de defensa social en perfecta contraposición al plan revolucionario. Si alguna filosofía o alguna escuela la hubiere descubierto, sería hora de hacerla conocer, antes que la catástrofe magnifique el crimen del ocultamiento. Siendo tan imperiosa y trascendental la misión de la Sociología Católica, ¿cómo es posible que haya católicos responsables que no se interesen por su estudio y su conocimiento, ni se decidan por su aplicación? ¿Es cierto, señores, que sometemos en verdad nuestro interés personal y nuestro modo de ver, al del Papa? Si lo es, mirémoslo como El se nos presenta "ante el lamentable estado de cosas —dice— que hace gemir nuestro corazón de Padre y nos hace sentir siempre más íntimamente la necesidad de imitar en nuestra pequeñez el sublime sentimiento del Corazón Sacratísimo de Jesús: "Tengo compasión de la muchedumbre" (Marc. VIII, 2)". "¡Ay de la humanidad! —dice luego en su encíclica *Charitate Christi compulsi*— ¡ay de la humanidad!, si Dios tan vilipendiado por sus criaturas, diera, en su justicia, libre curso a esa torrentada devastadora y se sirviera de ella como de un flagelo para castigar al mundo! Es por consiguiente necesario, sigue diciendo, que incansablemente "nos pongamos en contra como una muralla para defender la casa de Israel" (Eze-

quiel XIII, 5), uniendo también nosotros todas nuestras fuerzas en un único y sólido frente compacto contra las malvadas falanges, enemigas tanto de Dios como de la humanidad. En efecto, en esta lucha se ventila el problema fundamental del universo y se trata la más importante cuestión sometida a la libertad humana: con Dios o contra Dios; es ésta, nuevamente, la elección que debe decidir el destino de la humanidad: en la política, en las finanzas, en la moralidad, en las ciencias, en las artes, en el Estado, en la Sociedad civil y doméstica, en Oriente y en Occidente, en todas partes asómase este problema como decisivo por las consecuencias que de él se derivan". "Por ello, pues, —añade— os conjuramos en el Señor tanto a los individuos como a las naciones a deponer ante tales problemas y en estos momentos de tan encarnizadas luchas, vitales para la humanidad, ese mezquino individualismo y abyecto egoísmo que ciega aun las inteligencias más perspicaces y hace fracasar cualquier noble iniciativa, por poco que ésta salga de los estrechos límites del restringido cerco de sus pequeños y particulares intereses. Unanse todos, aun con graves sacrificios, para salvarse a sí mismos, y salvar a la humanidad. En tal unión de ánimos y de fuerzas deben ser naturalmente los primeros, quienes se glorían del nombre cristiano, mémores de la gloriosa tradición de los tiempos apostólicos, cuando "la multitud de los creyentes formaba un solo corazón y una sola alma" (Hechos IV, 32). Mas, concurran leal y cordialmente también, todos los otros que todavía admiten un Dios y le adoran, para alejar de la humanidad el grave peligro que amenaza a todos. Porque en efecto, el creer en Dios, es la base indestructible de todo orden social y de toda responsabilidad sobre la tierra; y por ello, todos los que no quieren la anarquía y el terror, deben enérgicamente empeñarse en que los enemigos de la religión no alcancen el objeto que tan abiertamente han proclamado".

V

El pensamiento social católico de Pío XI

No es posible una admonición más severa y una exhortación más vigorosa, señores. Y bien, ¿cuál es el pensamiento del Papa, regulador supremo del conocimiento y la aplicación de la Sociología Católica? Lo dicho hasta ahora nos revela suficientemente la importancia primordial y trascendente que el Santo Padre asigna a la Sociología Católica. Pero, ¿cuál es su pensamiento acerca de sus aplicaciones concretas en las circunstancias actuales? Actualizando y aùn ampliando las directivas de León XIII, las concreta en estas seis conquistas: el derecho de propiedad; las justas relaciones entre el capital y el trabajo; la distribución de los beneficios de la producción; la elevación del proletariado; el salario equitativo y la restauración de todo el orden social por la colaboración de las diversas asociaciones profesionales, por la inteligencia entre las diversas naciones y, sobre todo, por el respeto y la aplicación práctica de la justicia y de la caridad, como norma eterna de moral trascendente en todas las transacciones económicas y en todos los acuerdos internacionales.

VI

La propiedad: Concepto - Finalidad - Abuso

Hoy se ha vuelto más sentida que nunca, la necesidad de una doctrina clara, concreta y perfectamente definida sobre la propiedad. ¿No es acaso su deficiente comprensión y su aplicación equívoca e injusta, la causa generadora de la actual perturbación del mundo? Todos venimos escuchando de labios de hombres adversarios y también de indiferentes y aun

de cristianos cuyas ideas no han sido suficientemente esclarecidas, un sinnúmero de recriminaciones, contenidas en el resumen que de ellas hace el eminente P. Rutten. "Aquello que nos desagrada en vosotros los católicos, dice, es la vaguedad y la timidez de vuestras teorías sobre la propiedad. Parece que fuera éste el punto neurálgico que vosotros no os animáis a tocar sino con infinitas precauciones. Nosotros reconocemos lealmente que en otras épocas habéis combatido con encarnizamiento y con perseverancia los acaparamientos de la especulación y los abusos de la usura, aun cuando eran practicados por quienes no eran judíos. Ahora parece que hubierais encontrado fórmulas más ingeniosas que categóricas y distinciones más sutiles que convincentes. Lejos de nosotros el pensamiento de haceros responsables de lo que está pasando en los países modernos, cuyos gobiernos ya no se inspiran en vuestra doctrina. ¿Pero acaso nos estaría vedado pensar que si vuestra actitud hubiese sido más neta y más vigorosa habríais dado un ejemplo que otros habrían utilizado? El alma de las multitudes, tan bien analizada por los sabios modernos, no es complicada; ella va instintivamente en pos de quien habla con un lenguaje claro y vigoroso. Las soluciones radicales del comunismo ¿no han sido preparadas en Rusia por los abusos del régimen anterior? Una campaña enérgica, iniciada a tiempo contra los latifundios en ciertos países que vosotros conocéis muy bien, os habría conservado la confianza de las masas populares más que muchos bellos sermones y peregrinaciones impotentes. Creedme, si vosotros queréis que el comunismo no hunda a Europa, es tiempo de que rectifiquéis vuestra doctrina acerca de la propiedad".

Si reconcentrándonos dentro de nosotros mismos hacemos un examen de conciencia en la presencia de Dios, no sé si podríamos rechazar como injustificadas esas recriminaciones que se nos dirigen. Pero lo que respecta a la rectificación que

se nos exige de la doctrina acerca de la propiedad, de ninguna manera. La doctrina es inmutable, como la verdad en que se funda. Lo que debe rectificarse es la conducta de muchísimos cristianos y de no pocos católicos, cuyo desconocimiento de la doctrina, –y lo que es peor– cuyos abusos en el ejercicio de la propiedad, la desfiguran y desprestigian. Por lo tanto lo que hoy se requiere es la voluntad de conocer la verdadera doctrina y la decisión de practicarla. Se requiere, pues, una ratificación de la doctrina y una rectificación de la conducta. ¿Cuál es la verdadera doctrina? Dios creó la tierra y la entregó al hombre. Se la confió para que la trabajara y en esa forma obtuviera de ella la satisfacción de todas sus necesidades. Y para ello, dotó al hombre de actividad. De esta suerte Dios creó en el hombre una doble propiedad: la propiedad de la tierra y la propiedad del trabajo. El derecho de propiedad es por lo tanto ingénito, connatural en el hombre. La cuestión puede surgir acerca de otro punto, al tratar de establecer el emplazamiento de este derecho. ¿Tendrá él su asiento en el individuo o lo tendrá en la colectividad? ¿El derecho de propiedad será personal, es decir, propio de cada hombre, o más bien social, es decir, propio de la sociedad? La sociología católica afirma que es originariamente personal. En efecto, la tierra con sus fuentes productoras y el hombre con su actividad personal, existieron antes que la sociedad. El Creador al confiar al hombre la tierra, le dijo: *"Subjicite eam"* – conquístala, domínala. Para ello te doy lo único que te hace falta: la actividad. El ejercicio de esa actividad se llama: el trabajo. El trabajo es tu actividad en acción, y como tu actividad eres tú mismo, no hay en ti derecho más personal que el del trabajo.

Y en cuanto a la tierra, libre de una anterior pertenencia y conquistada por esa actividad, no eres tú mismo, pero te pertenece, es tuya. Es la prolongación de todo tu ser a través

del tiempo. ¡La prolongación de tu alma, porque en ese pedazo de tierra has fundado tus esperanzas, y la extensión de tu cuerpo, porque la has fecundado con tu sudor y quizás también con tus lágrimas y aun con tu sangre! ¡Por eso tu dominio sobre ella, se extenderá más allá de tu vida: lo trasmitirás a tus hijos, y así, pregustando la inmortalidad, gozarás pensando en que más allá de tus días, continuarán ellos alimentándose de tu virtud y tu substancia!

VII

Teoría colectivista

No desconocemos la teoría colectivista: la teoría de la socialización de la tierra y también del trabajo, ideada según sus creadores y sus actuales partidarios, para rectificar las desgraciadas consecuencias de la doctrina de la propiedad personal. Ya veremos si las tales consecuencias son imputables al derecho de propiedad o al abuso de ese derecho, lo que es bien diferente. Entretanto debo anticipar que el conocimiento que tenemos de la teoría colectivista —y ahora podemos agregar: de los resultados que su aplicación ha producido,— nos han evidenciado su funesta aberración. En efecto, despojado el hombre del dominio de su tierra y del derecho a su trabajo, ¿a qué queda reducido? ¡A un esclavo! Puede ser que se prefiera considerarlo como un paria dentro de su propia patria. ¡Pero en todo caso, ese ciudadano no es un hombre libre, sino un criado de la república que —como ha dicho un hombre elocuente— "no podrá sin un crimen de alta traición, tomar sus dos brazos para marcharse con ellos", en busca de las regiones donde al precio de su trabajo pueda reconquistar su perdida libertad!

Señores: hasta hace diez años podíamos llegar a estas con-

clusiones por las deducciones de la lógica; hoy ya no hace falta la lógica: disponemos de otra evidencia más meridiana que la de la lógica: la de los hechos, en virtud de los cuales se está escribiendo una página de historia que constituye la más categórica reprobación de esa teoría, porque el mayor desprestigio de una doctrina es la constatación de los desastres que produce. Y la historia está consignando en páginas que no redundarán en honra de la humanidad, que existe una colectividad —mejor dicho— un hacinamiento de más de ciento cincuenta millones de individuos que por haber sido privados de la propiedad de la tierra y del trabajo, constituyen la más ignominiosa de las servidumbres humanas! ¿Y es esto, señores, es esto lo que se censura que no haya hecho la doctrina sociológica de la Iglesia?

La Iglesia, según se hace necesario puntualizarlo, ha adoptado oficialmente respecto de la propiedad, la doctrina formulada por Santo Tomás, tal cual la acabo de recordar. Es la que ha sido autorizada definitivamente por León XIII en la Encíclica "Rerum Novarum", y por Pío XI en la "Quadragesimo Anno". Las enseñanzas de aquel insuperable Doctor están contenidas bajo la denominación de la "Suma Teológica". Las citadas Encíclicas podrían ser llamadas la "Suma Social". De conformidad con sus enseñanzas, la doctrina de la propiedad queda garantida por la más grande autoridad moral que exista sobre la tierra, y en términos tan claros y categóricos que, según expresa el Sumo Pontífice Pío XI, "la abolición de la propiedad lejos de servir los intereses de la clase proletaria no haría sino comprometerla gravemente". En consecuencia, la estabilidad del orden y la elevación del pueblo no dependen de la abolición, sino por el contrario, de la multiplicación indefinida de la propiedad.

VIII

Los dos escollos en el ejercicio del dominio de la propiedad

Este fundamental principio expuesto y ratificado por el Papa, es precisamente el que ha sido inculpado de adolecer de las deficiencias de la mentalidad pagana favoreciendo aquel absolutismo e individualismo que desconoce el carácter social que debe legitimar a la riqueza.

Pío XI conoce bien esas injustas inculpaciones y les sale al encuentro desentrañando la doctrina contenida en la Sociología Católica: "Ante todo, dice, téngase por cierto que ni León XIII ni los Teólogos que enseñaron bajo la guía y el vigilante magisterio de la Iglesia, jamás negaron ni pusieron en duda el doble aspecto de la propiedad que es individual y al mismo tiempo social, porque guarda relación con los individuos y al propio tiempo con el bien común; sino que siempre y unánimemente han afirmado que el derecho de dominio privado es conferido a los hombres por la naturaleza, es decir, por el mismo Creador, ya sea para que los individuos puedan proveer a sí y a su familia, ya para que gracias a tal institución, siendo los bienes del Creador destinados a toda la familia humana, sirvan en verdad a este fin... Por tanto, es necesario precaverse diligentemente de chocar contra un doble escollo. Ya que, así como negando o debilitando el carácter social y público del derecho de propiedad se cae en el llamado "individualismo", de la misma manera, rechazando o atenuando el carácter privado e individual del mismo derecho, necesariamente se va a dar en el "colectivismo". Con este golpe de luz el Papa resuelve la dificultad que los adversarios de la civilización cristiana oponen al derecho de propiedad, y al mismo tiempo difunde desde lo alto, la luz que

pone en evidencia los abusos que tantos han venido cometiendo en el ejercicio de ese derecho, abusos cuya responsabilidad recae por entero sobre los hombres que en ellos incurren, mas no sobre la Iglesia que enérgicamente los rechaza y condena.

IX

Relaciones entre el capital y el trabajo

Por lo que respecta a las justas relaciones entre el capital y el trabajo y la mejor distribución de los beneficios, me complazco en recordar lo que dice la autorizada Revista en su comentario oficial de la Encíclica "Quadragesimo Anno": "Donde el documento Pontificio, dice, arroja un haz denso de luz, es en los delicados y espinosos problemas de la distribución de la producción entre los que han cooperado en el esfuerzo económico. El Papa reprueba los dos extremos: Aquel en que incurren los que todo lo atribuyen al capital y aquel en que inciden los que lo adjudican todo al trabajo, excluyendo al capital de toda ganancia fuera de la requerida para su reconstitución". A fin de que pueda darse una distribución que corresponda a justicia "es necesario —estas son palabras textuales del Papa— es necesario que las riquezas que acrecen gracias a los progresos económicos y sociales, sean atribuídas a los individuos particulares y a las clases de manera que quede en salvo la utilidad común recomendada por León XIII, o, para decirlo con otras palabras, para que se conserve íntegro el bien común de la entera sociedad. Por esta ley de justicia social no puede una clase excluir a la otra de la participación de los beneficios. Que si esta ley es violada por los ricos, cuando despreocupados en la abundancia de sus bienes, estiman natural ese orden de cosas que todo lo con-

vierte en su favor y nada en favor de los obreros, no lo es menos por la clase proletaria, cuando exasperada por la violación de la justicia y entregada por entero a reivindicar sólo su derecho, exige todo para sí por ser producido por sus manos y por ello combate y desconoce la propiedad y la ventaja y la renta no dimanadas del trabajo".

X

El salario equitativo

En lo referente a la doctrina del salario, la Encíclica de Pío XI establece indicaciones claras y categóricas para su justa determinación, y en este punto avanza mucho más que León XIII, que debió limitarse a indicar el límite mínimo bajando del cual queda violada la justicia. Para retribuir equitativamente el trabajo —continúa diciendo el citado comentarista— es necesario tener en cuenta la familia. En la encíclica "Casti Connubii" y en la "Quadragesimo Anno", Pío XI se hace promotor y defensor del salario familiar. Este es un paso agigantado en el campo de la justicia social y cuyo mérito pertenece por entero al Papa de la Acción Católica y también de la Justicia Social. Adviértase, señores, que esta palabra un tanto recelada en los últimos tiempos y no empleada todavía ni por el gran León XIII, ha recibido carta de ciudadanía en el léxico social de la Iglesia, ya que el primer Pontífice que la ha incorporado, es el actual, que no una, sino reiteradas veces nombra en su monumental Encíclica la "Justicia Social". En su pensamiento del salario familiar se ve lo avanzado de la evolución que propicia para la salvación del orden social, y de tal manera lo considera necesario que dice: "Si en las presentes circunstancias de la Sociedad, no siempre se puede establecer, la justicia social exige que se introduzcan

cuanto antes las transformaciones que sean necesarias para asegurar a todo obrero adulto tales calificados salarios".

XI

Elevación del proletariado

Señores: aun cuando mi alma de Sacerdote y de Obispo esté animada de los sentimientos que han inspirado a Pío XI, los conceptos que voy a proclamar respecto de la elevación del proletariado, tal vez, por circunstancias fáciles de explicar, no me hubiera decidido a enunciarlos yo por carecer para ello de suficiente autoridad. Pero óiganse con reverencia y acéptense con entusiasmo porque son del Papa: "Con ansiedad paterna —dice— hemos venido pensando e investigando cómo haya podido sobrevenir una aberración semejante (se refiere al alistamiento de cristianos en el socialismo) y nos parece oír que muchos de ellos nos responden para justificarse: La Iglesia y aquellos que se proclaman más adictos a la Iglesia, favorecen a los ricos y olvidan a los proletarios, sin preocuparse de su suerte; y para eso con el fin de mirar por sí mismos se adhieren al Socialismo. Y, —continúa diciendo el Papa— lo que nos conmueve hasta las lágrimas es que, entre los que se dicen católicos haya habido y los haya todavía, quienes olvidan la ley sublime de la justicia y de la caridad". "Y hay también quienes abusan de la misma religión convirtiéndola en escudo de sus vejámenes para protegerse contra las reivindicaciones plenamente justificadas de los obreros. Nos, no cesaremos jamás de recriminar una conducta semejante, porque son ésos la causa por la cual la Iglesia, sin merecerlo, ha podido revestir la apariencia, y consiguientemente ser acusada, de tomar el partido de los ricos y de no sentir piedad por las privaciones y las penas de los que viven como deshereda-

dos de la parte de bienestar que en esta vida también les corresponde". "Pero —agrega el Papa— que esta apariencia y esta inculpación sean inmerecidas e injustas, lo demuestra la entera historia de la Iglesia; y la misma Encíclica cuyo cuadragésimo aniversario celebramos, es la prueba más luminosa de la suma injusticia de tales contumelias y calumnias, lanzadas contra la Iglesia y contra su doctrina".

Refiriéndose a esos conceptos dice el anteriormente citado artículo de la "Civiltá": "No; no está con los plutócratas Pío XI, no está con los privilegiados de la fortuna que usufructúan nuestra deficiente contextura económica con no leve daño de los débiles y en particular de los trabajadores".

Por ello, el Papa no vacila en recriminar fuertemente a los católicos que se oponen a la elevación de la clase trabajadora, damnificando con ello no sólo al proletariado, que descuidan, sino también a la religión que profesan. ¡Desde este punto de vista, si la "Rerum Novarum" fué el beso dado por León XIII al mundo obrero, la "Quadragesimo Anno" es el gran abrazo de ternura ennoblecedora que da Pío XI al proletariado de las múltiples actividades del trabajo!

XII

Organizaciones profesionales

Adquiere sumo interés y es de sorprendente actualidad el pensamiento del Papa respecto de las organizaciones profesionales. El expone la evolución de las ideas y de los hechos desde su antecesor León XIII y luego establece con toda precisión el sitio preferente que en la hora actual corresponde a las obras que tienen por objeto el bienestar de las masas populares y la pacificación social. Como los términos han cambiado de significación, es necesario que al proceder a orga-

nizarlas se procure evitar todo equívoco. Es sabido que los términos "Corporación" y "Organización sindical" no son en la actualidad sinónimos de organización profesional. Por eso, Pío XI distingue perfectamente tres agrupaciones: los sindicatos propiamente dichos, la organización profesional y la organización interprofesional. Y una vez perfectamente definidas, señala el gran peligro que para la paz social comporta en la actualidad el hecho de que "en el mercado del trabajo, la oferta y la demanda divida a los concurrentes en dos partidos situados en dos clases como en dos campos, donde los dos ejércitos se hacen una guerra encarnizada". Y dice: "A este grave desorden que lleva la sociedad a la ruina, todo el mundo comprende que es urgente aportar un remedio. Pero no se podría obtener una curación completa sino sustituyendo —a esas clases opuestas— organizaciones bien constituídas entre las profesiones que agrupan a los hombres, no ya según la posición que ocupan en el mercado del trabajo, sino en las distintas ramas de la actividad social a las cuales están vinculados. De igual modo que los ligados por relaciones de vecindad constituyen pueblos y ciudades, así la naturaleza inclina a los miembros de una misma profesión a crear organismos si no esenciales por lo menos naturales en la sociedad". Y para llegar al general ordenamiento de la sociedad, el Papa no se limita a establecer la inteligencia y la colaboración de todos los que pertenecen a la misma profesión. Desea además que esta colaboración exista entre las diversas profesiones. El interés del cuerpo social todo entero exige —son palabras del Papa— que "la actividad colectiva se oriente sin desviaciones hacia el bien común de la Sociedad". Esto revela, además de una gran sabiduría, una gran experiencia, pues como dice muy bien el P. Rutten, hay un egoísmo sindical y un egoísmo corporativo más perjudiciales aún que el egoísmo individual, porque se reviste hábil-

mente de una apariencia de solidaridad que en definitiva hiere de muerte a la confraternidad humana.

XIII

Solidaridad internacional

El desarrollo del tema me ha traído lógicamente al último de los puntos enumerados como complementarios del pensamiento de Pío XI: la solidaridad internacional. Los descubrimientos y los progresos modernos han facilitado y multiplicado singularmente las relaciones internacionales. Por eso, como dice el ilustre sociólogo que acabo de citar y a quien sigo en esta materia, la sociedad internacional adquiere una importancia cada día mayor. La formidable crisis económica que atravesamos nos da una compensación al hacernos tocar con la mano la realidad del fenómeno de la interdependencia económica de todos los pueblos.

La Iglesia Católica por el hecho de ser universal, esto es, supernacional por definición, no puede sino ambicionar el desenvolvimiento progresivo y pacífico de la vida internacional. Pío XI proclama clara y valientemente que los problemas sociales de hoy deben ser encarados y resueltos en función de los derechos y los intereses de todos los países y no a la luz engañosa de un nacionalismo estrecho y mezquino que nada tiene que ver con el patriotismo clarividente que sólo es así, cuando es abnegado y generoso.

¡En adelante cualquiera que quiera preciarse de comprender su tiempo y su medio, no deberá ya poner bajo sus ojos el mapa de su país, el de Europa o el de América, sino el Mapa del Mundo! Todo eso, señores, y nada menos que eso, es lo que comporta y exige esta restauración del orden social cristiano que es el objeto y el fin de la nueva Encí-

clica que por lo mismo viene a ser "la Constitución social de la humanidad".

Esta restauración es entonces, la transformación social evolutiva y pacífica que se propone la Sociología Católica según el pensamiento de Pío XI y que por ello debe merecer la generosa consagración de los esfuerzos de cuantos sean dignos y capaces de ambicionar y asegurar su triunfo.

XIV

Justicia social y caridad social

Hay en la Encíclica "Quadragesimo Anno" un párrafo emocionante con que el Papa cierra el capítulo consagrado al comunismo y al socialismo, en el cual como Padre común invita a volver a él "a los hijos desgraciados que han sido seducidos y llevados tan lejos de la verdad y la salvación". "Mas, añade, para volver a merecer su confianza, los fieles deben esforzarse en restaurar la sociedad según el espíritu de la sociología católica mostrándose "fuertemente unidos por la justicia social y la caridad social". La página en que el Papa explica lo que debe ser esta caridad social netamente distinta, según él, de la justicia social, no puede ser ni resumida ni comentada. Basta que sea leída atenta y reverentemente. Dice así: "Ciertamente el ejercicio de la caridad no puede ser considerado como lugarteniente de los deberes de la justicia que repugnara cumplir. Aun cuando cada uno hubiera obtenido aquello a que tiene derecho queda todavía un ancho campo abierto a la caridad. La justicia sola, aun escrupulosamente practicada, puede, sí, hacer desaparecer las causas de los conflictos sociales; pero ella no opera por su propia virtud el acercamiento de las voluntades y la unión de los corazones.

Ahora bien, todas las instituciones destinadas a favorecer la paz y la mutualidad entre los hombres, por bien concebidas que parezcan, reciben su estabilidad principalmente del vínculo espiritual que une a los miembros entre sí. Cuando ese vínculo falta, una experiencia demasiado frecuente enseña que las mejores fórmulas resultan ineficaces. Una verdadera y general colaboración en vista del bien común, no podrá por tanto establecerse sino cuando todos tengan la íntima convicción de ser los miembros de una gran familia y los hijos de un mismo Padre Celestial, y de formar en Cristo un solo cuerpo cuyos miembros son, de suerte que si uno se siente lastimado, todos sufran con él. Entonces los afortunados y los dirigentes por tanto tiempo insensibles a la suerte de sus hermanos menos favorecidos, les darán pruebas de una caridad efectiva, acogerán con bondadosa simpatía sus justas reivindicaciones, excusarán y perdonarán en su oportunidad sus errores y sus faltas. Y a su vez, los trabajadores depondrán sinceramente sus sentimientos de odio y envidia que los fautores de la lucha de clases explotan con tanta habilidad; aceptarán sin rencor el lugar que la divina Providencia les depara, o mejor, lo estimarán, comprendiendo que todos al cumplir con su respectiva misión, colaboran eficaz y honorablemente al bien común y que siguen más de cerca las huellas de Aquel que siendo Dios, ha preferido ser entre los hombres un obrero y ser tenido por hijo de otro obrero".

XV

Conclusión

Al terminar, agradezco nuevamente al Consejo Superior de Hombres Católicos la invitación para esta conferencia y la asignación de su tema, realzado por la feliz coincidencia

del anuncio de que por resolución del Episcopado la Acción Católica Argentina se dispone a crear el Secretariado Social que ha de impulsar esta acción ordenada por el Papa y reclamada por la Patria.

Señores: en el comentario de la magna Encíclica, he seguido con la fidelidad que ha sido posible y oportuna, al P. Rutten, eminente apóstol social, conocido y amigo desde hace veinte años. ¡Cuántas coincidencias, sugeridoras de tantos y tan encontrados sentimientos! Con él me hallaba yo el 15 de mayo de 1931 en el Patio de San Dámaso, cuando Pío XI rodeado del Colegio Cardenalicio, anunciaba en varios idiomas la inmediata promulgación de la "Quadragesimo Anno". No sin graves razones daba al acto extraordinaria resonancia. Estaba allí representado por sus delegaciones respectivas, todo el mundo católico del trabajo, y, cubriéndolas, flameaban las banderas de todas sus naciones.

¡Bajo sus pliegues evocadores hallábanse muchos hombres que en los últimos años habían soportado en duro y largo silencio, la especie echada a rodar, sabe Dios por qué, de que Pío XI no era afecto a la acción social; y otros que precisamente porque ésta había sido descuidada en su patria, lamentaban ruinas irreparables! ¡Ante el magnífico e intergiversable desmentido del Papa, el abrazo que con su Encíclica daba al pueblo, fuese reproduciendo indefinidamente entre sus apóstoles que reían y lloraban!

Concluyo refirmando que, respecto de la Acción Católica Argentina y de la acción social que la complementa, mi pensamiento no sólo se conforma, sino que además se confunde y se unifica con el del Papa; pudiendo ahora agregar con verdadera fruición, que para ello desde hace mucho tiempo mi ánimo se hallaba predispuesto, como lo prueba, si faltaban otras constancias, mi escudo episcopal y el lema que lo explica: La bandera argentina desplegada sobre el campo en

que se destacan el pelícano, símbolo de la caridad, y la balanza, emblema de la justicia, con lo que el año 1920 quise decir: "con la caridad y la justicia, labremos la paz de la República".

2

LAS IDEAS DEL CARDENAL VERDIER

Oración fúnebre pronunciada en la Catedral de Buenos Aires

Quasi sol refulgens, sic ille effulsit in templo Dei.
Como un sol refulgente brilló en el templo de Dios.

(Eccl., L, 7.)

La sensación causada en el mundo por la muerte del Eminentísimo Señor Cardenal Juan Verdier, ha sido un tanto aminorada por haber coincidido con los gravísimos sucesos que en aquellos momentos producían un estupor universal. Pero la realidad es que con su muerte se apagó un astro de primera magnitud, para la Francia y para el mundo.

Se me ha discernido el honor de subir a esta cátedra para hacer su apología. Si logro cumplir con mi difícil cometido, será porque voy a valerme para ello más que de mis palabras y de mis conceptos, de los suyos propios, extraídos en su mayor parte de su penúltima publicación: *La crisis de la conciencia.*

Durante los años largos y silenciosos, insumidos en el cultivo de su poderosa inteligencia y de su férrea voluntad, como un modesto sulpiciano, y los consagrados a la formación del clero, mediante la enseñanza de la filosofía, de la teología y de la apologética, tal vez nadie pensó que en el recinto de aquel claustro, se estaba plasmando un futuro *Pater Ecclesiæ*

et Pater Patriæ: un padre de la Iglesia y un padre de la Patria. Padre de la Iglesia, porque, entre otras cosas, contribuyó a la formación y al gobierno de un clero cuya virtud, ilustración y patriotismo, lo coloca entre los primeros del mundo. Y padre de la Patria, porque colaboró como el que más, en la creación de la unión espiritual de su querida Francia. Y si esto se logró fué porque desde el Vaticano, que es el más alto observatorio moral del mundo, fueron advertidas su sólida virtud y su ciencia eminente. Y en mérito a ellas fué designado para suceder al Cardenal Dubois en el Arzobispado de París y en la púrpura cardenalicia. Y desde ese alto escenario eclesiástico, desde ese templo de Dios, ha brillado *sicut sol,* como un sol, para su patria y para la humanidad.

El mundo está soportando una crisis cuya gravedad no es fácil exagerar. Estas observaciones pertenecen al Cardenal Verdier. Todas las instituciones se hallan, no ya en un estado de imperfección, propio de las cosas humanas, sino en un estado de crisis orgánica y profunda, que puede ser mortal. Y semejante crisis ha sobrevenido en esta hora de la historia en que la ciencia había hecho tantos descubrimientos y el progreso había conquistado tantos adelantos para mejorar las condiciones materiales de la vida.

Y en el apogeo de las comodidades de la vida material, el hombre se encuentra repentinamente privado de gozarlas.

¿Qué ha pasado? Ahondemos resueltamente la mirada, hasta dar con la causa de este "doloroso contraste y de esta cruel antinomia". Lo que ha pasado es que la humanidad contemporánea ha puesto todo su empeño en el cuidado del cuerpo y sólo del cuerpo, sin darse cuenta de que así se encaminaba hacia la muerte. "El mundo actual, concluye el Cardenal Verdier, es un mundo sin alma". Y únicamente el alma, fuente generadora de la vida verdadera que es la vida integral,

es la que dará a las instituciones humanas, sean cuales fueren, la estabilidad y el bienestar.

El Cardenal Verdier anunció y comprobó la realidad de un mundo sin alma. ¡A nosotros toca ahora reconocer y proclamar que él inmoló su vida para devolver el alma al mundo! ¿Y de qué medio se valió para intentarlo? De la difusión y la aplicación de las enseñanzas sociales de la Iglesia. Fué el proyector y el ejecutor de la doctrina social de Pío XI y de Pío XII, a quienes estuvo unido en una gran intimidad espitual y afectiva.

Se convirtió para ello en el paladín de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, en su significado esencialmente cristiano.

La famosa declaración de los derechos del hombre, no es más que una demarcación imperfecta de la enseñanza tradicional católica.

La primacía del individuo ha sido siempre preconizada y defendida por la Iglesia a costa de los más grandes sacrificios. Los primeros cristianos jamás se inclinaron ante las tiranías, emanadas de arriba o surgidas de abajo, fueran ellas estatales o profesionales. Prefirieron morir antes que ceder, en contra de la ley divina reguladora de su conciencia. ¡Ellos fueron verdaderamente los defensores heroicos, los mártires de los derechos del alma libre y de la primacía del individuo sobre todas las opresiones! ¡Y por eso fueron ellos los creadores de la civilización cristiana, en la cual únicamente, puede florecer la libertad!

Con la misma entereza predicaba y aplicaba la igualdad. Nadie la establece, añadía él, más rigurosamente que la enseñanza de la Iglesia fundada en la doctrina de Jesucristo sobre la identidad del origen humano, sobre la uniformidad de destino, sobre la interdependencia revelada por el dogma de

la Comunión de los Santos y sobre la vinculación y la unidad de todos los miembros del Cuerpo Místico de Jesucristo.

Esa igualdad debe tener una aplicación terrena. Se precipita sobre el mundo una nueva era en la cual serán menos irritantes las diferencias entre los hombres y más equitativa la distribución de la riqueza. Y ella es reclamada por la virtud cristiana de la justicia social. Y se impondrá por las evoluciones o las revoluciones. ¡Una vez terminada la gran contienda entre algunos pueblos, surgirá la gigantesca lucha de clases en todos los pueblos!

El Cardenal Verdier se desveló por evitar las revoluciones. Y al ponerse en contacto con todos los sectores del pueblo, aun con el de los extremistas, para gravitar sobre ellos, sustituyendo el odio por el amor, no dejó de suscitar recelos y creyó necesario hacerse eco de la ligereza con que alguna vez se pretendió llamarlo "el rojo".

Y aludiendo, no tanto a su púrpura cuanto al fuego de su caridad, se le oyó decir en una ocasión memorable: "¡Sí, me siento rojo desde la punta de los pies hasta la coronilla de la cabeza!" Y soportó con magnánima entereza, diría mejor, con jubilosa conformidad las diatribas de la incomprensión.

Fué, finalmente, el gran partidario de la fraternidad. La salvación es eminentemente individual, decía, pero no se puede obtener sino por el doble amor de Dios y del prójimo. ¡Cosa admirable! La Iglesia que coloca tan alto la primacía del individuo es también la gran escuela de la fraternidad humana. Se puede decir que el alcance del mandato divino es todo social, todo internacional. He ahí el secreto de cómo llegó a ser cristiano su indiscutible patriotismo. Desde el Jefe Supremo de la Iglesia, agregaba, hasta el más humilde seminarista, todos nos amamos con un mismo corazón y por eso queremos la paz de la patria y la paz del mundo. No separamos nuestra voluntad de paz, del culto de la justicia y la

verdad. Sabemos predicar el deber de defender al país hasta el supremo sacrificio, cuando es necesario. Nuestros labios no conocieron ni conocerán jamás las blasfemias contra la patria ni los consejos de la lasitud. Pero por encima de todo esto, termina, la Iglesia quisiera crear para la humanidad una atmósfera de confraternidad y de generosa colaboración, porque sólo sobre ella puede florecer la paz. Es éste uno de los más bellos elementos de su mensaje en la tierra: "¡Que sea oído este llamado! ¡Que este ofrecimiento sea aceptado! ¡Que el mundo no mate a los profetas, que no lapide a los mensajeros de la paz que Dios le envía!"

El mundo desoyó este lamento que involucraba una advertencia de aquel gran padre de la Iglesia y de la patria. Los gravísimos sucesos a que me he referido al principio golpearon sorpresivamente, y quebraron su gran corazón. Y los hombres conscientes de la gravedad de esta hora debieron exclamar: ¡En el firmamento de la Iglesia se ha apagado un astro de primera magnitud para su patria y para la humanidad!

Que su espíritu inmortal que ahora ve nuestras angustias y nuestros problemas en la luz de Dios, nos ilumine la senda de la salvación y que descanse en paz, de sus largas fatigas y de sus grandes dolores.

3

EL PENSAMIENTO REPUBLICANO DE FRAY JUSTO SANTA MARIA DE ORO

En homenaje a Fray Justo Santa María de Oro, el 19 de octubre de 1936

Benedictus es Domine Deus patrum nostrorum.
Bendito seas, oh Señor, Dios de nuestros padres.

(De las invocaciones del *Te Deum.*)

La vulgarización de la historia del origen de la nacionalidad, no ha sido leal con la República. Al tratarse de los propios orígenes se explica el propósito de velarlos, cuando son más o menos espúreos. Pero cuando son gloriosos, un intento semejante sólo puede ser inspirado por móviles subalternos.

Todas las naciones del mundo han tenido un principio. Ese principio se funda en una serie de hechos. El fiel relato de éstos forma su historia. Y de la misma manera que cada nación tiene un principio, tiene también una historia, no dos, sino una sola, y ella debe ser inviolable. Si la historia se adultera, se falsea el origen y se desfigura la fisonomía de la patria. Ideologías opuestas a las que inspiraron los hechos que dieron principio a la nuestra, han pretendido desvirtuarlos. Los hechos son objetivos, las ideologías subjetivas. Los hechos se hallan afuera, las ideologías adentro. Y con frecuencia no son aquéllos los que cambian a éstas, sino éstas las

que desfiguran a aquéllos. Pero los hechos son como fueron, no como se quisiera que hubiesen sido.

A la Comisión de Homenaje a *Fray Justo Santa María de Oro* corresponde la gloria de propugnar por los fueros de la verdad. Unamos a sus esfuerzos los nuestros. Estamos en una época de reivindicaciones. Comencemos por la más justa de todas, que es la de la historia. Sea éste el fruto glorioso de esta conmemoración centenaria.

El 9 de julio de 1816 fué declarada solemnemente la independencia de la nueva nación. El acta de su proclamación es la fe del glorioso bautismo de la libertad, legitimando su origen ante las naciones del mundo.

El mérito extraordinario de aquellos congresales ha sido valorado por todos. En medio del caos circundante, fueron los sublimes visionarios. Su firmeza legendaria contra la cual todo conspiraba en la tierra, no vaciló porque tenían la mirada y el corazón puestos en el cielo. "Era el Congreso de Tucumán, según "El Redactor", la única sagrada áncora de la que podían asirse en el naufragio los que veían expuesta la libertad".

"¿Qué quedaba, en efecto, de nuestra independencia?" Pronuncio estas palabras con emoción profunda, porque pertenecen a uno de los más queridos y al más erudito de nuestros prelados en esta materia. "¿Qué quedaba, dice, de nuestra independencia? Una larva. Estábamos peor en 1816, después de seis años de luchas cruentas, que el 25 de mayo de 1810. En este día había entusiasmo y patriotismo. En 1816 división, decaimiento de carácter y egoísmo. El año 10 sacudíamos un yugo; el año 16 mendigábamos otro. No quedaba nada de tanto sacrificio..."

En el Arca de Noé flotante sobre las aguas del diluvio estaba toda la esperanza de la humanidad. Así en la sala del

Congreso de Tucumán se hallaba toda la esperanza de la patria.

*

* *

Pero, ¿cuántos y quiénes fueron los héroes? Quien ve los cuadros que reproducen el hecho o lee los nombres de sus ilustres actores, no adquiere la noción exacta de la verdad histórica. Al citarse los nombres de muchos de los Congresales se suprime la enunciación del estado y al retratarlos en los cuadros se quita la sotana o el hábito a la gran mayoría de los que siendo Padres de la Iglesia también lo fueron de la Patria. ¿Por qué se ha procurado tender ese velo sobre el génesis de la Patria, que tanta gloria refleja sobre la actuación de la Iglesia?

En medio de aquella asamblea de próceres, a la cual los trece Sacerdotes Diputados dan las apariencias de un Concilio más que de un Congreso, según afirma el gran Avellaneda, se destaca un personaje singular. Quiero retratarlo con algunas de las pinceladas maestras de uno de sus más ilustres contemporáneos: "De estatura elevada, de cuerpo enjuto, de frente alta y despejada, de ojos vivos y rasgados, de sienes deprimidas, de pómulos salientes. De mirada inteligente y penetrante, pero dulce y mansa, que a veces relampagueaba por las irradiaciones del corazón abrasado al doble fuego del amor de la religión y de la Patria. De blanca piel empalidecida por la austeridad de la vida. De maneras fáciles emanadas de una distinción nativa. Y todo ello envuelto en la túnica blanca y el manto negro de los Hijos de Domingo de Guzmán".

*

* *

Tal era la figura de Fray Justo Santa María de Oro, que comienza a agigantarse en el momento solemne en que va a proponerse la forma de gobierno que convenga dar a la Nación en germen. El fraile patriota advierte con asombro que está ya hecha la opinión en favor de la monarquía. El momento es decisivo, trascendental. En lo más hondo de su espíritu democrático se forma, de pronto, toda una tempestad que la subleva. Empujado por ella se levanta. Su persona parece la encarnación de la vehemencia patriótica y de la serenidad religiosa. Argentinos que me escucháis, oigamos con emoción esta frase suya que es una sentencia: "No, señores, no. Yo he venido aquí para declarar libre a la Nación Argentina, pero nunca a tratar de gobiernos monárquicos. Protesto y me retiro". Y esta otra, más lapidaria todavía: "¡O República, o nada!"

Señores: Alguien ha dicho con un gran fondo de verdad: "Cada institución es la sombra prolongada de un hombre". Hago la aplicación de esta frase y digo: La República es la prolongación de la sombra, o mejor dicho, de la luz de Fray Justo Santa María de Oro. Y no exagero. La falsificación de la historia es igualmente censurable por causa de exceso y por causa de defecto. Mi afirmación está apoyada entre otras, en la de un hombre que no puede ser sospechado de parcial en favor de las glorias de la Iglesia —de un hombre que fué en el liberalismo una escuela y una bandera. Ese hombre respetuoso de la evidencia, ha dejado escrito lo siguiente: "Cuando se dice que a Fray Justo Santa María de Oro se debe el establecimiento de la República, se expresa una irrefutable verdad histórica... Declarada entonces la monarquía, o nunca más hubiese sido depuesta o habría costado otra jornada revolucionaria tan grande como la primera... En este instante, continúa diciendo, la apacible figura del dominico se eleva sobre sus compañeros y sobre sus contemporáneos con todas

las líneas de los caracteres superiores, y su profunda y santa sinceridad le inspira la conducta inflexible que imprimió a nuestra Nación, y para siempre, el sello de la libertad republicana".

*
* *

Señores: llamo la atención sobre esta frase: "¡Imprimió a nuestra Nación, y para siempre, el sello de la libertad republicana!"

¿Cuáles fueron las razones que indujeron a tantos de los congresales eminentes a propiciar otra forma de gobierno? Las que asimilaron en Europa durante la época en que, por causas diversas y en todo caso transitorias, estaba desprestigiada la forma republicana de gobierno. En cambio, las que movieron a Fray Justo Santa María de Oro fueron las percibidas por él al auscultar el corazón de su pueblo, de quien fué el verbo inspirado. Entrego a la meditación de aquellos de mis contemporáneos que se sintieran vacilantes respecto de la inviolabilidad de nuestras instituciones, la elección del procedimiento que se debe seguir, si se desea acertar.

*
* *

Hablando desde esta cátedra debo añadir una palabra respecto de la virtud religiosa y eclesiástica del Fraile y del Obispo. El océano agitado de la política no desplazó la nave de su vida anclada en el seno de la Iglesia. Prueba de ello fué la mitra con que la Santa Sede ciñó su frente al confiarle el gobierno de la Diócesis de Cuyo, después de su campaña patriótica y republicana. Gracias a su virtud y a la de sus colegas un ex presidente de la República pudo decir: "Van

a emanciparse de su rey y toman todas las precauciones para no emanciparse de su Dios y de su culto".

La muerte lo sorprendió como había despertado a la vida: trabajando por su Dios y por su culto, y le tronchó en los labios la frase dirigida al Deán de la Catedral: "Mi corazón está en Dios, pero necesito mi pensamiento aquí para arreglar la continuación y terminación de mi obra".

Señores: Buenos Aires debe erigir un monumento a Fray Justo Santa María de Oro. Está en deuda con el creador de la República. Entretanto, cada argentino se lo debe levantar en su propio corazón para oírle, sobre todo en estos momentos de vacilación incomprensible, las palabras que uno de sus biógrafos pone en sus labios al interpretar la estatua de la Plaza de San Juan: "Ustedes se equivocan, está diciendo a sus colegas del Congreso: El pueblo no quiere monarquía. Consúltenlo. El lo dirá. En cuanto a mí, pienso, palpito, vivo con él y no sancionaré con mi presencia lo que sé que él no sancionaría con la suya. Vamos al plebiscito. Nosotros no interpretamos ya la suprema voluntad del pueblo".

¡Oh, Señor! El gobierno, el clero y el pueblo, satisfechos y reconocidos vienen a postrarse ante tu altar y te bendicen por los progenitores que nos diste, ¡oh Dios de nuestros padres! Iluminados por el espíritu inmortal del que fué entre ellos el patriota más santo y el santo más patriota, y de rodillas sobre sus gloriosas cenizas, te pedimos que hagas renacer de ellas argentinos de su estirpe. Hoy más que nunca necesitamos santos y necesitamos patriotas. ¡Señor: por la gloria del alma de Fray Justo Santa María de Oro en el cielo y por la conservación indefinida y la gloria de su tan querida República en la tierra!

4

CINCUENTENARIO DE LA VIDA RELIGIOSA DEL R. P. GABRIEL PALAU, S. J.

Hora Santa en la Iglesia del Salvador, el 13 de junio de 1935.

I

Buscad primero el reino de Dios

"Querite primum regnum Dei et Justitiam ejus et hæc omnia adjicientur vobis. Buscad primero el reino de Dios y su Justicia y todo lo demás se os dará por añadidura. S. Math. C. VI, V, 33".

*

* *

¡Rabboni! Tal fué el grito de la Magdalena, oh Jesús, cuando al hablarla te reconoció bajo las apariencias del hortelano entre los destellos de la alborada de la Resurrección.

¡Rabboni, mi buen Maestro!, es también la exclamación que me sale del alma cada vez que te me revelas y me hablas bajo la especie de pan, desde la sombra del sagrario o entre los dorados rayos de la custodia.

Las palabras que con voz humana dirigiste durante tu vida a cuantos tuvieron la dicha de escucharla, ahora sacramentado las repites en mayor silencio y con mayor eficacia a cuantos te rodeamos en esta hora de la historia.

"¡Regnum Dei!" ¡El Reinado de Dios! ¡Cuántas veces,

Rabboni, temblaron tus divinos labios al emitir esas dos palabras! Expresaban ellas la razón de ser de tu vida y de tu muerte. Pero el reinado de Dios, sólo puede establecerse sobre el de la Justicia. Por eso adviertes al mismo tiempo la necesidad de la Justicia.

II

Dios creó al hombre en la justicia

Dios había creado al hombre en la Justicia. ¡El Justo! ¡He ahí el más hermoso entre los elogios del lenguaje humano! ¡Cuán bello debió aparecer el hombre cuando salió de las divinas manos! ¡Era tal su esplendor que Dios no pudo contener la admiración que le causaba la belleza de la primera criatura humana!

Pero pronto perdió el hombre la justicia original. Las dos primeras transgresiones habidas en el mundo fueron debidas a dos flagrantes injusticias. La de Adán y Eva contra el derecho de Dios y la de Caín contra el derecho de Abel. El derecho de Dios a reinar: el derecho de Abel a vivir. Y desde entonces, destronada y quebrantada la Justicia, languidecieron todas las virtudes porque no hay virtud sin justicia. La humanidad, en consecuencia, dejó de ser el reinado de Dios y su decadencia llegó a tal extremo que fueron necesarias las aguas del diluvio para lavar el fango que había enlodado toda la redondez de la tierra.

Pero nos habías hecho a tu imagen, Señor, y habías puesto tanto de lo tuyo en el alma de tus hijos, que hasta los vestigios de las ruinas que en nosotros provocamos, nos hacen sentir nostalgias de la justicia.

Tal es el fondo de la naturaleza humana: no hay hombre por grande que sea su perversión, que no reaccione ante

la injusticia. Y los cristianos gritábamos con la voz de nuestros antepasados: "Cielos, esparcid vuestro rocío y que las nubes nos lluevan al Justo". Y vino el Justo y nos enseñó a reconquistar la dignidad moral y la paz del alma por medio de la rehabilitación de la Justicia.

¡Beati! "Bienaventurados los que sienten hambre y sed de justicia". *¡Beati!* Nuestros corazones laten con desconocida violencia ante la magia de esta palabra que descubre las perspectivas de una felicidad sin límite y sin fin.

¡Dichosos! Pienso que en medio de la muchedumbre que te escuchaba había, como las hay ahora, más de un alma juvenil que se estremecía al oírte, sintiendo primero despertarse y luego agrandarse un grave entusiasmo y una santa ambición de consagrar a la conquista de esta virtud fundamental, su juventud, su mente, su corazón, sus fuerzas, su vida. ¡He ahí el secreto de esa legión de niños, de jóvenes, de ancianos, varones y mujeres de toda condición y de toda edad a quienes luego la fe y el amor elevan a insospechadas virtudes personales y a heroísmos individuales!

Pero, ¿es eso todo? ¡No! Eso es apenas el principio. Si el establecimiento del reinado de Jesucristo quedara confinado dentro de los límites de cada uno de nosotros, quedaría trunco; sería mutilado, permanecería incompleto. Está muy lejos aún de ser una realidad el reinado de Jesucristo en todos los corazones. ¡Demasiado lo sabemos y lo lamentamos! Más aún, cuando reinara en todos los individuos, su reinado estaría en el período de su iniciación: el reinado perfecto es el reinado social.

"El hombre tal como ha sido creado por Dios es un ser esencialmente social. Y el cristiano tal como lo concibe el Evangelio no es, no puede ser, un ente aislado o solitario. Todos formamos partes de un solo conjunto, de cuya suerte no nos podemos desligar. Todo lo que de bueno o de malo

—dice el P. Rutten— arrojamos en el océano inmenso del mundo moral, determina en él ondulaciones que se prolongan y amplifican hasta el infinito, ora empujándonos hacia Dios, ora alejándonos de su influencia; pero sin sumirnos jamás en el aislamiento de la nada, porque, según está escrito, "nuestras obras nos siguen". Los sedientos inventores de la moral de la solidaridad, no han descubierto nada nuevo que no esté contenido en el dogma de la comunión de los Santos y expresado en la frase sublime de San Pablo: "Yo me siento deudor a toda criatura".

En virtud de la ineludible trascendencia de esa solidaridad, véase lo que han logrado los hombres. Jesucristo dice: *Quærite primum regnum Dei et Justitiam ejus, et hœc omnia adjicientur vobis.* Y los hombres sin fe contestaron: ¡No!, nosotros buscaremos primero *"hœc omnia"*, es decir, el bienestar material, las riquezas, las vanidades del mundo, las embriagueces de la vida, que es lo que inmediatamente nos interesa, aun cuando para ello sea necesario conculcar las normas de la justicia y abolir el reinado de Dios de las instituciones humanas. Y es lo que sobrevino en la familia, en la profesión, en la enseñanza y en la legislación. Quedó por lo tanto establecido el laicismo social. Y a este estado de cosas ¡oh, buen Maestro! se le continúa llamando: "¡Civilización cristiana!" ¡No está mal que, aun desaparecida la substancia, conservemos la etiqueta para los buenos tiempos en que aplicadas las directivas pontificias se haya restablecido el reinado social de Jesucristo!

III

En qué consiste la justicia

Pero entretanto, ¿podríamos nosotros considerarnos buenos cristianos, limitándonos a hacer a Jesucristo, Rey destro-

nado, el favor de permitirle que encuentre en nuestro corazón individual, un refugio de proscripto? ¿Pero qué concepto nos hemos formado de la justicia? ¿No consiste la justicia en dar a cada uno lo suyo? ¿No es su misión velar por el respeto o el restablecimiento del derecho? Y ¿creemos o no creemos que Jesucristo tiene derecho de reinar en la sociedad? ¡Si creemos, no nos es lícito desoír el solemne mandato que el Augusto Pontífice Pío XI acaba de dar al mundo católico en su Encíclica "Quadragesimo Anno" sobre la necesidad imperiosa del restablecimiento de la justicia social!

Pero aún hay más para urgir la necesidad del restablecimiento del reinado social de Jesucristo. La justicia comporta una nueva responsabilidad imposible de eludir. Es la que procede de la suerte que aguarda a los individuos que se tiene la obligación de formar.

Oigamos a este respecto lo que nos dice el Papa: "Todos casi unánimemente se impresionan con las perturbaciones, calamidades y ruinas temporales de nuestros días. ¿Y qué es todo esto, comparado con la ruina de las almas? Sin embargo, se puede decir sin temeridad que las condiciones de la vida social y económica son tales, que una gran parte de los hombres encuentran las mayores dificultades para atender a lo único necesario, la salvación eterna. Pastores y defensores de tan innumerables y queridas ovejas hemos sido constituídos por el Príncipe de los Pastores que las redimió con su sangre y no podemos contemplar sin lágrimas en los ojos tan inmensa desgracia..." ¿Cuál es, según estas palabras del Papa que hacen estremecer las almas, la necesidad urgente de la época? El restablecimiento del reinado social de Jesucristo. ¿Por qué? Porque de lo contrario queda en gran parte frustrada la penosa labor de la formación individual. Formar es una tarea larga y difícil; deformar, rápida y fácil. Búsquese en esto más que en la deficiencia de los métodos la des-

consoladora falta de perseverancia. ¡Las madres, los maestros, los directores espirituales los forman y las forman, y los cuadros sociales donde deben actuar, rápidamente los deforman! ¡Cuán incontrastable es el poder del medio! ¡La urgente y sublime misión de modificarlo no atañe al catolicismo individualista, sino al catolicismo social!

IV

Amáos los unos a los otros

Resulta siempre emocionante el recuerdo del Apóstol San Juan, cuando más que octogenario se hacía llevar por sus discípulos a las asambleas de los primeros cristianos para decirles recogiendo sus postreras energías : "Amáos los unos a los otros".

¡Rabboni! ¡Oh, buen Maestro! Asistimos hoy en tu Divina presencia a una reproducción de aquella escena. Un ilustre religioso, venerable más aún que por los años, por su doctrina y por sus obras, ha vivido cincuenta años en tu compañía. Frecuentemente, tú lo sabes, en esa larga etapa ha reclinado en tu divino pecho la cabeza llena de luz y de entusiasmo, de experiencia y de dolor. Y en él, ha bebido tus anhelos.

Ha sido conducido a esta asamblea extraordinaria por sus amigos y discípulos, pero sin lograr las suficientes energías, gastadas en servirte, para dirigirnos la palabra. Y así me ha cabido la satisfacción inefable y la honra inmerecida de servirle de vocero para la ratificación en esta solemne circunstancia de su vida, del testamento en que nos encomienda, según me lo dijo con lengua de fuego, el establecimiento del reinado social de Jesucristo por medio del catolicismo social. Del mismo modo que tu discípulo predilecto pasó a la poste-

ridad como el Evangelista de la caridad paterna, este venerable religioso será considerado, ya es considerado, como precursor de la justicia social. ¡Los tiempos han cambiado! ¡Cómo podría fundarse algo sobre la caridad cuando se está violando la justicia! "¡Como si la caridad –son palabras de Pío XI– debiera encubrir la violación de la justicia!"

¡Bien! Ahora, con el alma llena de gratitud y repleta de esperanza, bendice a la compañía que a su vez satisfecha de ti y agradecida te bendice. Bendice al Papa cuyas supremas directivas consagran y bendicen tus anhelos. Bendice a Jesucristo que desde las manos del insigne representante de su Vicario se dispone a bendecirnos.

Mientras, nosotros quisiéramos fortalecerte la esperanza con la promesa de hacer fructificar con la gracia de Dios la fecunda simiente arrojada en nuestro surco y regada con el sudor de tu frente y con la sangre del corazón que son las lágrimas de tus gastados ojos. ¡Sí, queremos hacernos dignos de servir al establecimiento del reinado social de Jesucristo porque *"volumus hunc regnare super nos* – queremos que El reine en los individuos, en las instituciones, en la sociedad, en todo el mundo! ¡Así sea!

V
ARMONIA INTERNACIONAL

1

LA PAZ PARAGUAYO-BOLIVIANA

En la recepción de los Cancilleres de Bolivia y Paraguay, en la Casa de la Empleada, el día 16 de julio de 1938.

La pasión nobilísima de la paz, ha elevado a nuestros eminentes visitantes por encima de la zona en que actúan los que son susceptibles de alguna exhortación.

Por eso a vosotros, ilustres cancilleres, sólo corresponde una cordial salutación.

Bajo el techo de esta casa que os hospeda con orgullo, puedo deciros que os halláis en brazos de las esposas del trabajo, de las hijas del pueblo. Constituyen la expresión genuina del pueblo. Son su síntesis. Vuestra visita que es auspiciosa y que es histórica, se realiza, pues, en el ambiente popular que deliberadamente se le ha querido mantener para que podamos hablar sin eufemismos en el idioma habitual, en el lenguaje del pueblo, que es en definitiva el mejor de los lenguajes, porque es el del corazón.

El pueblo argentino está contento de vosotros y se siente feliz en vuestra compañía. Declara que ha contraído una deuda de gratitud que pagará guardando vuestros nombres en el relicario de su corazón. La Argentina que el 9 de julio de 1816 pudo presentarse al mundo como una nación independiente, el 9 de julio de 1938, gracias a vuestra abnega-

ción, ha podido presentarse graduada de pacificadora. Pacificadora de América y tal vez, ¡Dios lo quiera! por la orientación promisora que inicia, ¡pacificadora del mundo!

El pueblo que es quien carga con el peso y quien soporta los desastres de la guerra, quiere la paz, necesita la paz, exige la paz. Ha dicho un ilustre paraguayo que se halla presente, que el Derecho Internacional Moderno sigue cultivando el derecho de la guerra que es el derecho de los gobiernos, y nuestro ideal es que las naciones empiecen a crear el Derecho de la Paz, que es el derecho de los pueblos. Por eso dijo brillantemente el presidente Roosevelt: "Debemos defender la paz de los pueblos contra la guerra de los gobiernos".

*

* *

El esfuerzo que vosotros realizáis en favor de la paz de los pueblos, ha asumido proporciones de heroísmo. Pero no del heroísmo con que se obtiene la victoria del uno sobre el otro, sino del heroísmo excepcional con que se conquista la victoria suprema, la más difícil de todas las victorias, la victoria sobre sí mismo. Os corresponde por ello un título mucho más grande que el de beneméritos de la patria, porque lo sois de la humanidad. Habéis tenido la visión clara de lo que es la patria y lo que es la humanidad. ¿Qué es la patria? ¿Es acaso la bandera, el idioma, la sangre, el territorio? No: la patria es más. La bandera es su símbolo, el idioma su expresión, la sangre su savia, el territorio su dominio. Y quien haga consistir en esto sólo la patria, incurre en materialismo político.

Lo que hace en realidad la patria es ese conjunto inefable de historia y de ideal, de civilización y de creencias, de recuerdos y esperanzas, de penas y alegrías, de tradición y de

progreso que constituyen la característica del patrimonio común que se llama el alma nacional. Y el alma ni se mide con el metro, ni se destruye con las balas, ni se mutila con la espada. Y puesta en salvo la integridad inviolable del alma nacional, habéis hallado, a fuerza de abnegación y sacrificios, la manera de hacer prevalecer el bien de la humanidad. Habéis recordado con ello al mundo, tan inclinado al interés material y a decidirlo siempre por la fuerza, que los pueblos no son rebaños destinados a alimentar la ambición discrecional de los gobiernos; que el precepto divino de no matar ha sido intimado a los individuos y a las comunidades y que en los consejos de los hombres, cuya soberanía es delegada, antes de resolver la siega de las vidas y el derroche casi siempre estéril de la sangre, es necesario hacer intervenir a Dios, único soberano absoluto de la vida.

Os corresponde, por lo tanto, de parte del pueblo, una sincera, entusiasta y universal salutación. Y si aún quedaran quienes fueran susceptibles de alguna exhortación serían los que guiados por miras materiales, limitadas y no siempre confesables, se dejaran llevar de la tentación de oponer obstáculos al éxito definitivo de vuestra gestión tan humanitaria y tan cristiana. ¡Pero a ésos el pueblo les haría recordar que la paz es más fecunda que la guerra, que la vida es más preciosa que la hacienda y que la sangre es infinitamente más sagrada que la tierra!

*

* *

Excelentísimo Señor Nuncio Apostólico:

Podéis proporcionar al Padre Santo un consuelo inefable y una compensación divina en medio de tantos dolores humanos. En la celebración del Día de la Empleada en la plaza

de los dos Congresos, bajo un cielo azul y sobre un suelo blanco, el sol fulgurante bañaba de claridad auspiciosa un altar, levantado sobre los corazones de diecisiete mil quinientas empleadas y rodeado de las banderas de dos naciones hermanas en litigio, flanqueadas por la bandera de la patria, símbolo de la libertad, y la bandera de la Iglesia, emblema de armonía.

En tales circunstancias, la bendición del Papa de la paz de Cristo en el reino de Cristo, descendió sobre todos los allí congregados como lluvia de amor, y en ese instante para siempre memorable, coronando los grandes esfuerzos preparatorios que se venían realizando, estos dos cancilleres beneméritos pronunciaron las palabras creadoras: *fiat pax,* ¡y nació la paz! La paloma simbólica se elevó desde el altar; abarcó con su mirada la América sin descubrir ni un charco de sangre ni un sitio capaz de soportarlo, y esa paloma impelida por el soplo de Dios, se dispone a tender su vuelo a través del océano para llevar a todos los hombres de la tierra el mensaje argentino, el mensaje cristiano, de que el ideal de la humanidad no debe ser la fuerza, sino la libertad, que la vida no debe buscarse en el odio, sino en el amor, que el progreso no debe esperarse de la guerra, sino de la paz, y ¡que el heroísmo necesario para lograrlo no consiste en poder matar, sino en saber morir!

2

LA AMISTAD ARGENTINO-BRASILEÑA

Alocución en el solemne Te Deum de la Catedral de Buenos Aires el 25 de mayo de 1935

Excelentísimos señores Presidentes de la Nación Argentina y de los Estados Unidos del Brasil; Excelentísimo Señor Nuncio Apostólico; Excelentísimos señores Arzobispos de Buenos Aires y de Montevideo; Excelentísimos señores Arzobispos y Obispos; Excelentísimos señores Embajadores y Ministros; Venerable Cabildo Metropolitano; señoras; señores:

Salvum fac populum tuum Domine, et benedic hæreditati tuæ. Señor, salva a tu pueblo y bendice a tu heredad. (Palabras del Tedéum.)

¡El hombre cuando piensa calla, cuando se comunica habla y cuando se entusiasma canta! La Iglesia interpreta el entusiasmo del pueblo y del Gobierno y canta hoy el Te Deum Laudamos, el himno de los grandes júbilos bendiciendo a Dios en el día aniversario de aquel en que asomó la aurora de nuestra libertad.

¡Hijos del Brasil, hermanos nuestros, que encabezados por el primer Magistrado de vuestra gran Nación, compartís hoy el júbilo de la nuestra; prestad vuestra alma exquisitamente sensible a vuestra gloriosa bandera para que pueda estremecerse viéndose junto a la nuestra, que fué la primera en saludarla el día en que transformada en símbolo de la República, sin haberse manchado con sangre, nació a la libertad! La

libertad es para el hombre el don esencial de Dios porque es la base insustituíble de su grandeza moral. ¡Y lo es también para el pueblo porque es la medida de su soberanía!

Pero el júbilo de hoy compartido por los representantes de las naciones amigas del mundo, desborda de la medida del júbilo por la libertad. ¿De qué sirve a los pueblos la libertad aislada si no se establece entre ellos la confraternidad?

¡Y bien: Brasil y la Argentina que dos veces juntaron sus banderas para derrocar la tiranía y para salvar la libertad, hoy vuelven a unirlas para completar la obra estableciendo la confraternidad!

¡Retumben los cañones, repiquen las campanas, resuenen los himnos, flameen las banderas, brillen las luces, desfilen los ejércitos, congréguense las muchedumbres, porque también ha despuntado la aurora del día del bautismo de la confraternidad!

Grandes y entusiastas fueron los homenajes prodigados por Brasil a la Argentina, en la persona de nuestro ilustre Presidente. No sean menores los que tribute la Argentina a la Nación hermana en la persona de su Supremo Magistrado. ¡Y estos pueblos jóvenes enseñen de esa manera al mundo que prefieren superarse en carreras de fraternales agasajos, a vencerse y agotarse en desenfrenadas carreras de armamentos! ¡Y qué coincidencia, señores, que sean estos pueblos, los mismos que consagraron sus respectivos territorios erigiéndolos en altares al Príncipe de la paz y coronándolos el uno con el Cristo del Corcovado y el otro con el Cristo de los Andes!

*

* *

La Iglesia, señores, por ser católica, es decir, universal, es la institución que más se interesa por la confraternidad

humana. Es uno de sus dogmas. Enseñada por su Divino Fundador, vuélvese a Dios para decirle: ¡Padre Nuestro! Enunciando en la primera palabra el dogma de la paternidad divina y en la segunda el de la fraternidad humana. No desconocemos la escuela filosófica que exagerando el humanismo pretendió condenar el amor a la Patria, en nombre del amor a la humanidad. Esos detractores de la Iglesia y a su vez de la Patria nos decían: Vosotros, los que trabajáis por la Iglesia Universal, no podéis servir a una Patria Nacional. Esto nos decían, dirigiéndonos reconvenciones injustas a las cuales toda nuestra historia había respondido de antemano. ¡Y luego resultó que en lugar de la Iglesia pretendieron colocar la humanidad, para sacrificarle a nuestros ojos, no sólo el interés sino también el honor y aun la estabilidad de la Nación!

En oposición al humanismo no tardó en aparecer la reacción. Toda reacción es por naturaleza violenta y su impulso la lleva al otro extremo. Y surgió un nacionalismo encerrado, excluyente y agresivo. ¡No, señores, no! ¡Ni lo uno ni lo otro! Deben evitarse los excesos. Se puede y se debe amar a la Nación sin detrimento del amor a la humanidad, como se puede y se debe amar a la familia sin menoscabo del amor a la Nación.

*

* *

¡Este ideal conjunto de amor nacional y de confraternidad humana inspira en estos momentos a los representantes de las diversas naciones cuyos esfuerzos generosos han de verse coronados por el abrazo que deponiendo las armas se darán al fin, dos queridas naciones hermanas para que nazca de él la paz continental! ¡Es el voto de la Madre Iglesia! ¡Es el voto de las naciones del mundo! ¡La grandeza del talento y del corazón de los hombres queda consagrada por los pue-

blos, cuando se muestran capaces de captar las oportunidades que facilitan la realización de los grandes hechos de su historia!

¡Quiera Dios inspirarlos en sus próximas deliberaciones a fin de que los bienvenidos de las otras naciones, junto con los bien hallados de la nuestra, logren echar las bases de la paz americana en la capital de la Nación Argentina, que ha demostrado al mundo no sólo con palabras, sino con renunciamientos, la necesidad superior de proceder de acuerdo con el convencimiento de que es siempre más fecunda la paz que la victoria y más preciosa la sangre que la tierra!

*
* *

¡Rey de los Reyes y Señor de los que gobiernan! El frontispicio de nuestra Catedral ostenta como una plegaria secular esta frase del Te Deum:

"Salvum fac populum, tuum Domine, et benedic hæreditati tuæ". Salva, Señor, a tu pueblo y bendice a tu heredad.

En esta solemne circunstancia patriótica e internacional, el pueblo de Dios es el nuestro, y el pueblo de América y el pueblo de Europa y el pueblo del mundo porque todo el mundo es su heredad. ¡Que las banderas de todas las naciones de la tierra, como ahora en este sagrado recinto, se aproximen al fin, sobre el escenario del mundo, en una afectuosa inteligencia y sus diversos y gloriosos colores formen el arco iris de la paz, bajo el cual siga su marcha en "orden y progreso" con la democracia americana, la democracia del mundo!

3

LA SALVACION DE ROMA

Entre los grandes hechos que deberá consignar la historia de nuestro tiempo repleto de tragedias sorpresivas y de acontecimientos al parecer inconexos, figurará el acaecido el 5 de junio de 1944: el de la salvación de Roma.

Y no es posible que quienes lo hemos vivido lo dejemos pasar sin extraer las trascendentales enseñanzas que contiene. Mirémoslo de frente a la luz natural de la razón y a la sobrenatural de la fe.

Para medir su magnitud recordemos uno de los acontecimientos más sorprendentes del antiguo Testamento. El pueblo escogido hallábase en tales circunstancias que su salvación se hacía humanamente imposible. Dios interviene y en su nombre Moisés, conductor del pueblo, le dice: "No tengáis miedo; Dios pugnará por vosotros y vosotros esperad y callad". Moisés reza. Dios escucha su plegaria y le dice: "Levanta tu vara y extiende tu mano sobre el océano y divídelo en dos para que los hijos de Israel pasen por el medio sobre seco. Y yo endureceré los corazones de los egipcios para que os sigan: y de Faraón y de sus ejércitos y de sus caballerías y de sus carros de guerra surgirá mi gloria. Y todos sabrán que yo soy el Señor".

Y el ángel que guiaba a Israel fuese a colocar a retaguardia y con él la columna de nube. Y la nube se colocó entre el campamento de los israelitas y el de los egipcios. Y durante la noche se volvió tan deslumbrante que el uno no podía aproximarse al otro. Y mientras Moisés extendía la

mano sobre el océano, sopló un viento impetuoso y como de fuego durante toda la noche y se secó la parte de océano que tenían por delante y quedaron divididas las aguas. Y pasaron los hijos de Israel por medio del mar que se había secado, y el agua había quedado inmóvil como una muralla del lado izquierdo y del derecho. Y aquel día el Señor libertó a Israel. Y entonces Moisés con los hijos de Israel cantaron este salmo: "Cantemos al Señor, que ha querido, a la vista de todos, revestirse de gloria. El Señor es mi fortaleza y a El corresponde mi alabanza".

Escuchemos ahora lo que el día de la liberación dijo el Papa: "Roma temía ayer por la vida de sus hijos e hijas y por la suerte de sus incomparables tesoros de religión y de cultura. Se hallaba frente al temido espectro de la guerra y de una destrucción que habría sobrepujado todo lo imaginable. Hoy ha visto su salvación con renovada esperanza y confianza serena".

¿Qué ha pasado? Dos días antes, el 2 de junio, día de su onomástico, en presencia del Sacro Colegio, había levantado la vara como Moisés. Los dos océanos de la beligerancia se hallaban próximos a chocar y todo hacía presentir el arrasamiento de la ciudad eterna y sagrada. Y el Augusto Pontífice los conjura: "Ante esta amenaza, dice, no vacilamos en repetir con imparcialidad absoluta pero con la debida firmeza: cualquiera que se atreviese a levantar la mano contra Roma se convertiría en reo de parricidio a los ojos del mundo civilizado y ante los juicios eternos de Dios". Y después levanta los ojos y las manos al cielo para implorar la intercesión del Señor. Era la oficialización por parte de la Iglesia de la plegaria que se había sostenido a iniciativa suya durante todo el mes de mayo en todos los puntos del universo. Y los océanos sosegaron sus furias a sus pies y Roma quedó salva. Y en lugar de metrallas se vieron flores, y en vez del

tronar de los cañones se oyó el repique de las campanas y fueron los gritos de desesperación reemplazados por un coro formidable de bendiciones. Y el pueblo de Dios al sentirse salvo se volcó hacia San Pedro y allí se congregó como abrazado por las columnatas de Bernini y el Papa apareció en alto. Y levantando los ojos y las manos al cielo, dijo: "Con profunda gratitud elevamos nuestras mentes y corazones en plegaria y adoración a Dios. Con inenarrable gratitud veneramos a la Madre de Dios, nuestra Madre María, quien ha agregado una nueva prueba de su bondad maternal que será perpetuada en los anales de la Ciudad y sumada a los siglos de la gloria romana". Y agrega el Papa: "Arriba pues los corazones: sursum corda". Y presiente que su pueblo le contesta: "Ya los tenemos puestos en el Señor: Habemus ad Dominum".

¿A qué se deben estos inesperados acontecimiento, estas intervenciones sobrenaturales que tuercen en un momento dado la marcha que parece incontenible de los ímpetus humanos? A la eficacia infalible que ha asignado Jesucristo a la súplica que en su nombre se dirige al Padre que vela desde el cielo por el destino de los hijos que viajan por la tierra. Y en este caso, la plegaria de los niños y de los ancianos, de las mujeres y los hombres que llenan hasta desbordarlos los recintos sagrados de los templos de Roma, prestigiada por la del Vicario de Jesucristo.

Procuremos extraer de este hecho trascendente, las enseñanzas que contiene.

Sería una omisión condenable dejarlas pasar inadvertidas o sin utilizarlas para su aplicación en la vida.

Los grandes hechos de la historia hablan mejor que las palabras. Por medio de éste, Dios ha querido evidenciar a los individuos, a los pueblos y a los gobiernos de nuestra época, estas dos realidades: El mundo durante mucho tiempo

ha venido poniendo toda su confianza en los valores puramente materiales; y en medio de las ruinas que éstos causan y los fracasos que experimentan, Dios comprueba que los únicos que cuentan son los morales.

El mundo desde hace mucho tiempo ha venido adquiriendo el convencimiento de que la grandeza sólo puede asentarse sobre la fuerza y Dios acaba de hacernos ver con nuestros ojos y tocar con nuestras manos que es infinitamente superior a la fuerza la eficacia del derecho.

Pío XII se esfuerza por sacar partido de ese hecho histórico y dice con acento conmovido al pueblo desde los balcones de San Pedro, palabras que deben considerarse como dirigidas *"urbi et orbi"*, a la ciudad y al universo: "Vosotros hijos de Santos y herederos de un pasado único en la historia, demostrad ser dignos de la gracia que habéis recibido y adaptad vuestras vidas y costumbres a la gravedad de la presente hora y a los enormes deberes que os esperan en el futuro. Dominad vuestros impulsos de discordia internos o externos con un espíritu de generosa fraternidad, controlando los instintos de rencor, venganza y egoísmo, con sentimientos de noble, prudente y reverente afán de una ayuda aún más generosa a todos los necesitados".

Y empeñándose en revelar al mundo las trascendentales enseñanzas que contiene, dice a más de cien periodistas en la audiencia que acaba de concederles el último jueves 8 de junio: "Haced todo cuanto podáis en el sentido de que vuestros escritos colaboren en la causa de la paz. La guerra puede y debe ser solamente un medio para alcanzar la paz. Y escribid en favor de una paz que pueda ser sellada con la aprobación de todos los individuos que piensan bien y de todos los pueblos; una paz que asegure a cada uno y a todos, las condiciones necesarias para vivir de una manera adecuada a la dignidad de sus naturalezas humanas..." Y una

paz así no puede ser sino la que se establezca sobre la caridad y la justicia.

¿Dejarán de aprovechar esta enseñanza los individuos, los partidos, las clases, los pueblos, los gobiernos? Dios no lo permita. Sus designios de encaminarlos hacia ella, quedan bien manifiestos al preservar milagrosamente la Diócesis del Obispo de Roma y la Sede de la más alta autoridad moral del mundo.

En momentos en que gran parte de la tierra queda arrasada por un total exterminio, ha dispuesto Dios que ante las miradas atónitas de todos los vivientes el Arca de la nueva Alianza permanezca flotante sobre el nuevo diluvio de fuego y de sangre. ¡En esa Arca puesta en salvo, que flota sobre la ciudad asentada sobre las siete colinas, se hallan también en salvo y en su integridad absoluta los gérmenes de una civilización más cristiana y de una paz más humana!


INDICES

SUMARIO

I

LA PERTURBACIÓN SOCIAL CONTEMPORÁNEA

1. — Las Causas

2. — Su estado actual

3. — Fatales consecuencias

III

EUROPA, LA ARGENTINA, LA FAMILIA

(Conferencias pronunciadas en la Wagneriana)

IV

FIGURAS DE LA IGLESIA

V

ARMONÍA INTERNACIONAL

INDICE ANALITICO

D

E

F

G

H

I

J

K

L

Obras de Editorial Difusión

VENGA A NOS EL TU REINO

por *Mons. Tihamer Toth*

•



En Pert, Austria Hungría, nacía el 14 de enero de 1889, un niño que sin otras armas que las de su talento y de su fe iba a ejercer una gran influencia, no sólo en la Europa Central, sino en todo el viejo continente y aun en el nuevo mundo. Consagrado sacerdote, se incorporó, al comienzo de la guerra del 14, a un regimiento de su país. Puesto en contacto con los complejos problemas espirituales de los jóvenes pudo así componer "El joven de carácter", manual de inapreciable valor para los adolescentes. En 1920 viajó por Inglaterra y Holanda, y luego pasó a los Estados Unidos. Traducidos al alemán, luego al francés, en seguida al inglés y al español, sus libros "Castidad y Juventud", "La Redención", "Venga a nos el tu reino", "Padrenuestro", "Prensa y Cátedra", "La Eucaristía" y muchos otros, recorren todo el mundo y son guía preciosa para la juventud.

"Venga a nos el tu reino", que se continúa en este volumen con "Hágase tu Voluntad" y se epiloga con "Pensamientos" es el análisis más acabado que ha podido hacerse de una petición del Padrenuestro. Si el Doctor Angélico, en la disciplina teológica, había redactado un libro con la Oración enseñada por Jesucristo, Mons. Tóth se reduce a una de sus peticiones y detalla por qué, cómo, dónde y cuándo podemos trabajar para cumplir los deseos del Altísimo y alcanzar, en ese acatamiento la paz del alma.

Profundo conocedor de la psicología juvenil, Mons. Tóth no ha escrito, propiamente, un libro piadoso. "Venga a nos el tu reino" es un manual práctico, tan ameno como instructivo, en el que las citas bíblicas se hermanan con las jugosas anécdotas contemporáneas.

Volumen Enc. $ 4; — En rúst. $ 3.

En venta en las buenas librerías y en Editorial Difusión, Tucumán 1859.

EDICIONES DE SOCIOLOGIA

SELLO "DIFUSION"

Principios básicos para un orden internacional, por G. Gonella	$ 4.—
La Verdadera Vida, (Sociología de lo Sobrenatural), por Luis Sturzo	„ 2.50
Discursos, de José Manuel Estrada	„ 1.50
Escuchando al Papa (conversaciones jocistas), por P. Saurage	„ 1.25
Cómo conciliar libertad y autoridad, por el R. P. Ives Leroy de la Briere	„ 1.20
Manual del sindicalismo obrero católico, por Arsenio Torres, Pbro.	„ 0.95
Un gran rgentino, Pedro Goyena	„ 0.60
Pensamiento y Carácter de Estrada	„ 0.50
La constitución de la sociedad y del Estado, por S. S. León XIII	„ 1.25
Hacia un nuevo sistema de gobierno, por Jarcques Maritain	„ 0.20

Estos libros se hallan en venta en las buenas librerías y en la

EDITORIAS DIFUSION S. A. — **Tucumán 1859 — Buenos Aires**

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos "JOSE MANUEL ESTRADA" Soc. de Resp. Ltda., Humberto I 1050 Buenos Aires, el día 8 de noviembre de 1944



PRECIO

$ 2.50 M./Arg.

Impreso en la Argentina
Printed in Argentine